Las praderas del cielo
JOHN STEINBECK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO PRIMERO

Cuando se estaba construyendo la Misión Carmelo, de Alta California, allá por el año 1776, un grupo de veinte indios convertidos decidió una noche abandonar la religión y a la mañana siguiente se marchó de sus chozas. Además de ser un mal precedente, este pequeño cisma descabaló el trabajo en los hoyos donde se moldeaban los adobes.

Después de un breve concilio de las autoridades religiosas y civiles, un cabo español, con un pelotón de soldados de caballería, partió para restituir estas criaturas descarriadas al seno de la Madre Iglesia. La tropa realizó una marcha difícil hasta Valle Carmelo y, a través de las montañas de más allá, una no menos azarosa excursión, porque los fugitivos disidentes habían resultado maestros de la estratagema al ocultar las huellas de su viaje. Transcurrió una semana antes de que la soldadesca los encontrara, pero al fin fueron descubiertos en el fondo de un desfiladero abundante en heléchos, por el cual fluía un arroyo; es decir, los veinte herejes estaban profundamente dormidos en actitudes de abandono.

La ultrajada milicia los detuvo y, a pesar de sus aullidos, los ató a una larga y fina cadena. Luego la columna volvió atrás y se dirigió de nuevo a Carmelo, para brindar a los pobres neófitos Una oportunidad de arrepentimiento en los moldes de barro.

Avanzada la tarde del segundo día, un cervatillo se alzó delante de la tropa y desapareció bruscamente al otro lado de una colina. El cabo se separó de la columna y cabalgó en su persecución. Su pesado caballo subió la empinada cuesta tropezando y dando tumbos. Un zarzal extendió sus agudas garras en busca del rostro del cabo, pero él lo atravesó en pos de su presa. En pocos minutos llegó a la cima de la colina, y allí se detuvo, ma. ravillado por lo que vio: un largo valle alfombrado de verdes pastos, donde pacía una manada de ciervos. Encinas perennes, perfectas, crecían en el prado del encantador lugar, y los cerros lo guardaban celosamente de la niebla y el viento.

El severo cabo se sintió débil ante una belleza tan serena. Él, que había azotado espaldas morenas hasta hacerlas jirones; é cuya rapaz valentía estaba fundando una raza nueva para California; este barbudo y salvaje portador de civilización, se deslizó de la montura y se quitó el casco de acero.

- ¡Madre de Dios! -murmuró-. Éstas son las verdes praderas del cielo, a las cuales nos conduce Nuestro Señor.

Los descendientes son todos casi blancos ahora. Sólo podemos reconstruir la sagrada emoción de su descubrimiento, pero el nombre que el cabo dió al dulce valle entre los cerros permanece. Se le conoce hasta hoy como *Las Praderas del Cielo*[1].

Por algún accidente jurídico estas tierras quedaron fuera del feudo. Ningún noble español llegó a ser su poseedor mediante el préstamo de su dinero o del de su esposa. Durante largo tiempo permanecieron olvidadas entre los cerros que las envolvían. El cabo español, el descubridor, siempre pensó en volver. Como la mayoría de los hombres violentos, ansió con sentimental avidez un breve instante de paz antes de morir, una casa de adobe junto a un arroyo y ganado husmeando las paredes durante la noche.

Una india le regaló la lúes, y cuando su rostro comenzó a marchitarse, buenos amigos lo encerraron en un viejo granero para prevenir la infección de los otros, y allí murió tranquilamente, pues la lúes, aunque horrible a la vista, no es mala amiga para su huésped.

Después de mucho tiempo, unas cuantas familias de colonos usurpadores se trasladaron a Las Praderas del Cielo, levantaron cercas y plantaron árboles frutales. Como nadie era dueño de la tierra, riñeron mucho por su posesión. Después de cien años, había allí veinte familias en veinte pequeñas granjas. Cerca del centro del valle había un almacén general y una oficina de correos, y media milla más arriba, al lado del arroyo, una escuela llena de cortes e iniciales.

[1] En español en el texto original.

Las familias, al fin, vivieron prósperamente y en paz. Su tierra era rica y fácil de labrar. Los frutos de sus huertos fueron los mejores de California central.

Librodot

CAPÍTULO II

Para las gentes de Las Praderas del Cielo, la granja Battle estaba maldita, y para sus niños, hechizada. Aunque era buena tierra, bien regada y fértil, nadie en el valle la codiciaba, nadie quería vivir en aquella casa, pues tierras y casas que fueron cuidadas, queridas y labradas, y finalmente abandonadas, parecen siempre saturadas de tristeza y de amenaza. Los árboles que crecen alrededor de una casa abandonada son árboles obscuros y la sombra que arrojan sobre el suelo tiene formas sugestivas.

Durante cinco años, la vieja granja de Battle había permanecido vacía. Las malezas, con una energía festiva, libres del miedo al azadón, crecieron altas como arbustos. En el huerto, los árboles frutales estaban nudosos, fuertes y retorcidos. Aumentaron la cantidad de sus frutos y disminuyeron su tamaño. Las zarzas crecían junto a sus raíces y se tragaban las frutas caídas.

La misma casa, un local cuadrado, bien construido, de doi pisos, había sido digna y hermosa cuando su blanca pintura ei fresca; pero una singular historia posterior le había dejado ei torno un aire intolerablemente solitario. Las malezas alabearon el entablonado de los pórticos y las paredes estaban grises por desgaste atmosférico. Los chicos, lugartenientes del tiempo en guerra contra las obras del hombre, habían roto todos los cristales y acarreado toda cosa movible. Los niños creen que todos los artículos portátiles que carecen de dueño evidente, si los llevan a sus casas, pueden destinarse a algún uso divertido. Los muchachos habían destripado la casa, llenado los pozos con diversas especies de basuras, y un día, por casualidad, mientras fumaban en secreto tabaco de verdad, habían quemado el viejo granero hasta sus cimientos. El incendio se atribuyó unánimemente a algunos vagabundos.

La abandonada granja no estaba situada muy lejos del centro del estrecho valle. A ambos lados, limitaba con las mejores y más prósperas granjas de Las Praderas del Cielo. Era una mancha de maleza entre dos pedazos de tierra primorosamente cultivados y satisfechos. Las gentes del valle la consideraban un sitio de curioso maleficio, pues un suceso horrible y un misterio impenetrable habían tenido lugar allí.

Dos generaciones de Battles habían vivido en la granja. George Battle vino al Oeste desde el Estado de Nueva York, o desde más allá, en 1863; era muy joven cuando llegó: tenía exactamente la edad de la conscripción. Su madre le proporcionó el dinero para comprar la granja y construir la gran casa cuadrada. Una vez acabada la casa, George Battle quiso que su madre fuera a vivir con él. Aquella anciana, que creía que el espacio cesaba a diez millas de su aldea, trató de ir. Vio lugares mitológicos: Nueva York, Río y Buenos Aires. Murió más allá de la Patagonia y un vigía del buque la enterró en el océano gris con un pedazo de vela por mortaja y tres eslabones de cadena de ancla atados a sus pies; a ella, que había deseado la apretada compañía del cementerio de su aldea.

George Battle buscaba una buena inversión en una mujer. En Salinas encontró a Miss Myrtle Cameron, una solterona de treinta y cinco años con una pequeña fortuna. Miss Myrtle había sido Rinconada a causa de una leve propensión a la epilepsia, una enfermedad llamada entonces «espasmos» y atribuida generalmente al enojo de alguna deidad. A George no le importó la epilepsia. Sabía que no podía tener todo lo que quería. Myrtle se convirtió en su esposa, le dio un hijo, y después de tratar de quemar su casa en dos ocasiones, fue encerrada en una pequeña prisión particular llamada Sanatorio Lippman, en San José. Pasó el resto de su existencia tejiendo una simbólica vida de Cristo con hilo de algodón.

Luego, la casona de la granja Battle fue gobernada por una serie de irascibles amas de llaves, de esas que ponen este tipo de anuncios: «Viuda, 45 años, desea puesto de ama de llaves en granja. Buena cocinera. Opónese matrim.». Una a una llegaron y fueron suaves y tristes durante unos días, hasta que descubrían lo de Myrtle. Después de eso iban por la casa pisando con fuerza, los ojos relampagueantes, sintiendo que habían sido abstractamente violadas.

George Battle era viejo a los cincuenta años. Encorvado por el trabajo, desagradable y hosco. Sus ojos nunca abandonaban el terreno que había trabajado con tanta paciencia. Sus manos aparecían duras y negras y cubiertas de pequeñas hendeduras, como las huellas de un oso. Y su granja era hermosa. Los árboles del huerto se hallaban podados y cuidados, y cada uno resultaba la copia del otro. Las hortalizas crecían tersas y verdes en sus rectas hileras. A George le gustaba la casa y cultivaba el jardín delantero. El piso superior de la casa nunca había sido habitado. Aquella granja era un poema del hombre inarticulado. Pacientemente construyó su escena y esperó una Silvia. Jamás llegó Silvia alguna, pero el jardín siguió esperándola. Durante los años en que su hijo crecía, George Battle le prestó muy poca atención. Sólo los árboles frutales y las frescas y verdes hileras de hortalizas eran vitales. Cuando John, su hijo, se fue de misionero en una caravana, George ni lo extrañó siquiera. Siguió en su trabajo, encorvando año tras año su cuerpo sobre la tierra. Sus vecinos nunca le hablaban porque él no escuchaba cuando le dirigían la palabra. Sus manos eran permanentemente como garfios: se habían hecho receptáculos en los cuales los mangos de las herramientas encajaban con toda precisión. A los setenta y cinco años murió de vejez y de tos.

John Battle volvió al hogar para reclamar la granja. De su madre había heredado tanto la epilepsia como el mal conocimiento de Dios. La vida de John se consagró a una lucha con los demonios. Había ido por los campamentos de asamblea en asamblea, invocando a los demonios y luego fulminándolos con palabras, exorcizando y despellejando el mal encarnado. Cuando llegó a su casa, los demonios todavía reclamaban su atención. Las hileras de legumbres se convirtieron en semillas, y contribuyeron voluntariamente unas cuantas veces; pero luego sucumbieron ante las malezas. La granja retornó a la naturaleza, mientras los demonios se hicieron más fuertes e importunos.

Para protegerse, John Battle cubrió sus ropas y su sombrero con pequeñas cruces de agua bendita y, armado así, se lanzó a la guerra contra obscuras legiones. En el crepúsculo gris se arrastraba por la granja provisto de un pesado palo. Atacaba la maleza, zurraba con su arma aquí y allá y profería maldiciones hasta que los demonios eran expulsados de su guarida. Por la noche, serpeaba entre los matorrales, sobre una congregación de demonios; luego se alzaba intrépidamente, golpeando rencorosamente con su arma. Ya de día entraba en su casa y dormía, pues los demonios no trabajan cuando hay luz.

Un día, mientras se obscurecía el ocaso, John gateó cuidadosamente por entre un arbusto de lilas, en su propio terreno. Sabía que el arbusto albergaba una secreta asamblea de espíritus malignos. Cuando estuvo tan cerca que éstos no podían escapar, pegó un salto y arremetió contra las lilas, sacudiendo su palo y chillando. Despertada por los cortantes golpes, una serpiente cascabeleó soñolienta y levantó su chata y dura cabeza. John dejó caer el palo y se estremeció, pues el anuncio seco y agudo de una serpiente es un sonido aterrador. Se puso de rodillas y oró un momento. Repentinamente gritó: «Ésta es la condenada serpiente. Fuera, demonio», y se abalanzó con los dedos crispados. La serpiente le hirió tres veces en la garganta, donde no había cruces que le protegieran. Luchó un instante y murió.

Los vecinos no le hallaron hasta que los cuervos comenzaban a desaparecer del cielo, y lo que hallaron les hizo sentir pavor por la granja Battle.

Durante diez años la granja quedó en barbecho. Los chicos decían que la casa estaba hechizada y realizaban excursiones nocturnas para asustarse. Había algo temible alrededor de la vieja casa deshabitada, con sus llamativas ventanas vacías. La pintura blanca se desprendió en largas escamas; las ripias se alabearon hirsutamente. La granja misma se volvió completamente montaraz. Y se convirtió en dueño un primo lejano de George Battle, que jamás la había visto.

En 1921, los Mustrovic tomaron posesión de la granja Battle. Su llegada fue repentina y misteriosa. Una mañana aparecieron allí un hombre viejo y su vieja esposa, gente extenuada, de prieta piel amarilla, tensa y brillante sobre sus altos pómulos. Ninguno de ellos hablaba inglés. La comunicación con el valle era llevada a cabo por su hijo, un hombre de

elevada estatura con los mismos pómulos altos, cabello grueso rapado, que le nacía en la mitad de la frente, y ojos negros, apagados y sombríos. Pronunciaba el inglés con acento, y sólo hablaba de lo que necesitaba.

En el almacén la gente le interrogaba cortésmente, pero no recibía información alguna.

-Siempre creímos que ese lugar estaba hechizado. ¿No ha visto ningún fantasma todavía? - preguntó T. B. Allen.

-No - dijo el joven Mustrovic.

-Es una buena granja, claro, siempre que se le quiten las malezas.

Mustrovic se volvió y salió del almacén.

-Hay algo en ese lugar - dijo Allen -. Todos los que viven allí aborrecen conversar.

A los viejos Mustrovic se les veía raramente, pero el joven trabajaba todas las horas del día en la granja. Él solo limpió terreno y lo sembró, podó los árboles y los regó. A cualquier hora se le podía ver trabajando febrilmente, casi corriendo tras sus tareas, como si temiera la detención del tiempo antes de que se presentara una cosecha.

La familia vivía y dormía en la cocina de la casona. Las demás habitaciones estaban cerradas y vacías; las ventanas rotas, sin componer. Habían pegado papel cazamoscas en los agujeros de las ventanas de la cocina para que no entrara el aire. No pintaron la casa ni se cuidaron de ella en ningún sentido, pero gracias a los desesperados esfuerzos del joven, la tierra comenzó a embellecerse de nuevo. Durante dos años fue un esclavo del suelo. En el gris del alba salía de la casa, y tenía que apagarse la última luz del crepúsculo para que abandonara su labor.

Una mañana, mientras se dirigía al almacén, Pat Humbert notó que no salía humo de la chimenea de los Mustrovic.

-El lugar parece abandonado otra vez - dijo Allen -. Claro que nunca vimos a nadie sino a ese joven por aquí; pero algo malo ocurre. Lo que quiero decir, es que el lugar da impresión de estar desierto.

Durante tres días los vecinos observaron la chimenea aprensivamente. No les gustaba investigar y aparecer como tontos. Al cuarto día, Pat Humbert y John Whiteside se dirigieron hacia la casa. Estaba susurrantemente silenciosa. Parecía realmente abandonada. John Whiteside golpeó en la puerta de la cocina. Al no obtener respuesta ni ver movimiento alguno, dio vuelta a la manija. La puerta se abrió. La cocina estaba inmaculadamente blanca, y sobre la mesa había vajilla, platillos de potaje y huevos fritos y pan cortado en rebanadas. Sobre la comida se había formado moho. Unas cuantas moscas revoloteaban, sin rumbo, en un rayo de sol, que se filtraba a través de la puerta abierta. Pat Humbert gritó:

-¿Hay alguien aquí?

Sabía que era un tonto al obrar así.

Registraron la casa minuciosamente. Estaba vacía. No había muebles en ninguna habitación, excepto en la cocina. La granja Estaba absolutamente desierta; la habían dejado así.

Más tarde, cuando se informó al comisario, éste no descubrió nada revelador. Los Mustrovic habían pagado la granja al contado; y ai marcharse no habían dejado ningún rastro. Nadie los vio irse, y nadie los volvió a ver jamás. No hubo siquiera un crimen en los límites de la región para haber podido suponerlos víctimas. Repentinamente, en el mismo instante en que se disponían a sentarse para el desayuna, una mañana, los Mustrovic habían desaparecido. Muchas, muchas veces se discutió el caso en el almacén, pero nadie pudo ofrecer una solución razonable.

Las malezas brotaron de nuevo en la tierra, y las enredaderas de bayas silvestres treparon por las ramas de los árboles frutales. Como si la práctica la hubiera hecho experta, la granja retrocedió rápidamente al estado de selva. Fue vendida a una compañía de bienes raíces de Monterrey en pago de sus impuestos; y las gentes de Las Praderas del Cielo, lo admitieran o no, se convencieron de que la granja Battle soportaba una maldición. «Es una buena tierra - decían -, pero yo no sería su dueño aunque me la regalaran. No sé lo que

ocurre, pero seguramente hay algo extraño en aquel lugar, algo tan pavoroso que no le resultaría difícil a nadie creer en aparecidos.»

Un estremecimiento de placer recorrió a los habitantes de Las Praderas del Cielo cuando se enteraron de que la vieja granja Battle iba a ser ocupada otra vez. El rumor llegó al Almacén General por boca de Pat Humbert, quien había visto automóviles frente a la vieja casa. T. B. Allen, el almacenero, hizo circular la noticia ampliamente. Allen imaginó todas las circunstancias que rodeaban la nueva posesión y las contó a sus clientes, iniciando todas sus confidencias con «dicen»:

-Dicen que el sujeto que compró la finca de Battle es una de esas personas que andan buscando fantasmas y escribiend sobre ellos.

El «dicen» de T. B. Allen era su protección. Lo empleaba del mismo modo que los periódicos emplean la palabra «afírmase».

Antes de que Bert Munroe tomara posesión de su nueva propiedad, circularon una docena de historias acerca de él por Las Praderas del Cielo. Sabía que las personas que iban a ser sus vecinos lo miraban a hurtadillas, como si él no pudiera sorprenderlos. Esta secreta observación llega al grado de un arte superior entre los campesinos. Ellos han visto todo lo que lleva encima y han recontado y aprendido de memoria las ropas que usted lleva, han notado el color de sus ojos y la forma de su nariz y, finalmente, han reducido su figura y su personalidad a tres o cuatro adjetivos, y todo el tiempo creyó usted que su presencia pasaba inadvertida.

Después que hubo comprado la vieja finca, Bert Munroe se puso a trabajar en el «supervegetalizado» terreno, mientras una cuadrilla de carpinteros rehacía la casa. Todos los muebles fueron sacados y quemados en el patio. Las paredes se empapelaron de nuevo y la casa volvió a techarse con ripias de asbesto. Por último, en la fachada se aplicó una nueva capa de pintura color amarillo pálido.

El mismo Bert cortó todas las enredaderas y todos los árboles del terreno, para dejar entrar la luz. En tres semanas la vieja casa había perdido todos los vestigios de su apariencia abandonada, hechizada. Con cuatro toques geniales se había logrado que se asemejara a cien mil otras casas del Oeste.

Tan pronto como la pintura interior y exterior estuvo seca, llegó el nuevo mobiliario: sillas rellenas, y un canapé, una estufa esmaltada, camas pintadas para simular madera y que proveían una comodidad matemática garantizada. Había espejos con mareos festoneados, alfombras Wilton y reproducciones de cuadros de un artista moderno que había popularizado el azul.

Con los muebles vinieron Mrs. Munroe y los tres niños Munroe. Mrs. Munroe era una mujer regordeta que usaba lentes sin aro con una cintilla. Era una buena ama de casa. Repetidamente cambió de sitio el nuevo mobiliario, hasta que se sintió satisfecha y, una vez que había contemplado un mueble con mirada concentrada, cabeceando y sonriendo sucesivamente, aquel mueble se quedaba fijo para siempre; sólo podía movérsele para su limpieza.

Su hija Mae era una bonita muchacha, de mejillas tersas y redondas, y labios rojos. Poseía una cara voluptuosa, pero bajo la barbilla había una linda y suave curva que indicaba una futura opulencia, como la de su madre. Los ojos de Mae eran cordiales y candidos; no inteligentes, pero de ningún modo tontos. Imperceptiblemente, crecía como una copia de su madre, una buena ama de casa, madre de niños sanos, buena esposa sin pena alguna.

En su nuevo cuarto, Mae pegó programas de baile en los cristales y en el espejo. En las paredes colgó fotografías enmarcadas de sus amigos de Monterrey y depositó su álbum y su diario cerrado en la mesita de noche. El diario ocultaba a los ojos curiosos una crónica insubstancial de bailes, fiestas, recetas de caramelos y ligeras preferencias por determinados muchachos. Mae compró y cosió las cortinas de su habitación, de una gasa teatral rosa pálido, para tamizar la luz, y una doselera de cretona floreada. Sobre su cubrecama de raso plegado, arregló cinco almohadones *boudoir* en posiciones de abandono, y apoyó contra ellos una

muñeca francesa de largas piernas, cabellos rubios recortados y un cigarrillo de paño pendiente de los lánguidos labios. Mae consideraba que esta muñeca demostraba su amplitud de criterio, su tolerancia por ciertas cosas que no aprobaba del todo. Le gustaba tener amigas con pasado, con historia, pues el poder escucharlas destruía en ella cualquier pesar por el hecho de que su vida hubiese sido impecable. Tenía diecinueve años y pensaba en el matrimonio la mayor parte del tiempo. Cuando salía con muchachos, hablaba de ideales con un poco de emoción. Tenía un concepto muy pobre de lo que eran los ideales; pero sabía que de alguna manera rigen la clase de besos que una recibe cuando regresa de los bailes.

Jimmie, de diecisiete años, recién salido del colegio secundario, era inmensamente cínico. En presencia de sus padres, su modo de ser era habitualmente adusto y reservado. Sabía, con su conocimiento del mundo, que no podía confiar en ellos, pues no lo comprenderían: pertenecían a una generación que no poseía ningún conocimiento del pecado ni del heroísmo. Una firme intención de entregar su vida a la ciencia, después de despojarla de posibilidades emocionales, no sería benévolamente acogida por sus padres. Por ciencia, Jimmie entendía: radios, arqueología y aeroplanos. Se imaginaba a sí mismo desenterrando jarrones de oro en el Perú. Soñaba con encerrarse en un taller semejante a una celda y, tras años de agonía y ridículo, emerger con un aeroplano de nuevo tipo y velocidad devastadora.

El cuarto de Jimmie en la nueva casa se transformó inmediatamente en un alboroto de máquinas. Tenía un equipo de radio a galena con auriculares, una magneto a mano que operaba una llave telegráfica, un telescopio de bronce e innumerables aparatos, en parte desarmados. Jimmie tenía también un depósito secreto, una caja de roble cerrada con un pesado candado. En la caja había media lata de cartuchos de dinamita, un revólver viejo, un paquete de cigarrillos Melachrino, tres estampas llamadas Viudas Alegres, un frasquito de aguardiente de melocotón, un cortapapeles en forma de daga, cuatro fajos de cartas de cuatro chicas distintas, dieciséis lápices de labios birlados a compañeras de baile, una caja que contenía recuerdos de amores corrientes (flores secas, pañuelos y botones) y, lo más apreciado de todo: una liga redonda cubierta de encaje negro. Jimmie había olvidado dónde obtuvo realmente la liga. Lo que recordaba era mucho más satisfactorio, de todas maneras. Siempre se encerraba con llave en su dormitorio antes de abrir la caja.

En el colegio secundario el record de pecados de Jimmie había sido igualado por muchos de sus amigos y superado también Por algunos de ellos. Poco después de trasladarse a Las Praderas del Cielo, descubrió que sus iniquidades eran únicas. Llegó a considerarse como un libertino reformado, pero hasta cierto punto. Le otorgaba una poderosa ventaja ante las chicas más jóvenes del valle el haber vivido tan plenamente. Jimmie era un muchacho más bien apuesto, delgado y proporcionado, de cabellos y ojos obscuros.

Manfred, el menor, llamado comúnmente Manny, era un niño serio de siete años, cuyo rostro aparecía delgado y estirado por las amígdalas. Sus padres sabían lo de las amígdalas; habían hablado, incluso, de extirparlas. A Manny llegó a aterrorizarle la operación, y su madre, viendo aquello, echó mano de tan persuasiva amenaza cada vez que se portaba mal. La sola mención de arrancarle las amígdalas ponía a Manny histérico de terror. Mr. y Mrs. Munroe le consideraban un chico meditativo, quizá un genio. Jugaba solo, habitualmente, o se quedaba sentado durante horas, la vista clavada en el espacio, «soñando», como decía su madre. No supieron durante algunos años que su desarrollo cerebral estaba detenido por la amigdalitis. De ordinario, Manny era un buen chico, tratable y fácil de reducir a la obediencia, pero si se le atemorizaba demasiado, le provocaban una histeria que lo privaba de su autodominio y hasta de su sentido de conservación. En tales casos, solía llegar a golpearse la frente contra el suelo, hasta que la sangre afluía a sus ojos. Bert Munroe vino a Las Praderas del Cielo porque estaba cansado de batallar contra una fuerza que invariablemente lo derrotaba. Se había comprometido en muchas empresas y todas habían fracasado, no por descuidos de Bert, sino por desgracias que, tomadas en sí, eran accidentes. Bert vio todos los accidentes juntos y le parecieron los actos de un destino adverso. Estaba cansado de luchar contra la cosa innominada que le obstruía todo acceso al triunfo. Bert sólo tenía cincuenta y

cinco años, pero quería descansar; estaba medio convencido de que una maldición pesaba sobre él.

Años atrás había abierto un garaje en el límite de un pueblo. El negocio era bueno; el dinero comenzó a afluir. Cuando se juzgó seguro, el camino real del Estado pasó por otra calle y lo dejó varado, sin negocio. Vendió el garaje más o menos un año después y abrió una tienda de comestibles. De nuevo logró prosperidad. Pagó sus deudas y comenzó a guardar dinero en el Banco. Una cadena de almacenes cayó sobre él, inició una guerra de precios y lo obligó a alejarse del negocio. Bert era un hombre impresionable. Cosas como éstas le habían sucedido una docena je veces. Justamente cuando su éxito parecía permanente, lo hería la maldición. Su confianza en sí mismo menguó. Cuando estalló la guerra, su espíritu estaba casi apagado. Sabía que podía hacerse dinero con la guerra, pero tenía miedo, después de haber sido vapuleado tantas veces.

Tuvo que animarse mucho antes de efectuar su primer negocio de habas en el campo. El primer año de trabajo ganó cincuenta mil dólares; el segundo, doscientos mil. El tercer año firmó contratos por miles de acres de habas antes de que se plantaran siquiera, comprometiéndose a pagarlas a razón de diez centavos la libra. La guerra terminó en noviembre y vendió su cosecha a cuatro centavos la libra. Se quedó con menos dinero que cuando había empezado el negocio.

Esta vez estuvo seguro de la maldición. Su espíritu se hallaba tan terriblemente quebrantado, que no salía casi de su casa. Trabajaba en el jardín: plantó unas cuantas hortalizas, y caviló sobre la adversidad de su destino. Lentamente, a lo largo de algunos años de estancamiento, se incubó en él la nostalgia de la tierra. En la labranza, pensó, yacía el único plan de esfuerzos que no se cruzaba con su destino. Creyó que quizá podría encontrar reposo y tranquilidad en una pequeña granja.

La finca de Battle fue puesta en venta por una compañía de bienes raíces de Monterrey. Bert inspeccionó la granja, vio los cambios que podían efectuarse, y la compró. Al principio, su familia se opuso al traslado, pero cuando hubo limpiado el terreno, instalado luz eléctrica y teléfono en la casa, y la arregló hasta dejarla cómoda, con mobiliario nuevo, llegó casi a entusiasmarse. Mrs. Munroe creyó deseable cualquier cambio que pudiera acabar con el abatimiento que Bert sufría en Monterrey.

Inmediatamente después de haber comprado la granja, Bert se sintió libre. La condena había terminado. Sabía que estaba a salvo de su maldición. En menos de un mes, sus hombros se enderezaron, y su rostro perdió el aire obsesionado. Se transformó en un granjero entusiasta; leyó exhaustivamente todo lo que se relacionaba con los métodos agrícolas, contrató un ayudante y trabajó desde la mañana hasta la noche. Cada día era una nueva emoción para él. Cada semilla que brotaba de la tierra parecía renovarle una promesa de inmunidad. Era feliz, y al sentirse otra vez confiado, comenzó a hacerse amigos en el valle y a consolidar su posición.

Es difícil y requiere gran tacto llegar a tener rápida acogida en una comunidad rural. Las gentes del valle habían observado la llegada de la familia Munroe con cierta animosidad. La granja de Battle estaba hechizada. Siempre la habían considerado así, aun aquellos que se burlaban de la idea. Ahora venía un hombre y les probaba su error. Más que eso, cambiaba el aspecto de la región suprimiendo la siniestra granja y substituyéndola por una granja inofensiva y fértil. La gente se había acostumbrado a la finca de Battle tal como era. Secretamente, se resintieron por el cambio.

El hecho de que Bert pudiera poner fin a esta animosidad resultaba notable. En tres meses se había convertido en una parte integrante del valle, en un hombre sólido, un vecino. Pedía prestadas y al mismo tiempo facilitaba herramientas a las gentes. Al cabo de seis meses, le eligieron miembro de la junta escolar. La felicidad de Bert al verse libre de sus Furias, hacía que el puet gustara de él. Además, era un hombre bondadoso; gozaba brindando favores a sus amigos y, lo más importante, no vacilaba en solicitar favores.

En el almacén explicó su posición a un grupo de labradores, y ellos admiraron la honestidad de su explicación. Fue poco después de llegar al valle, cuando T. B. Allen formuló su antigua pregunta.

-Siempre creímos que ese lugar estaba maldito. Muchísimas cosas curiosas han sucedido allí. ¿Ha visto ya algún fantasma?

Bert se rió.

.- Si usted saca toda la comida de un sitio, las ratas se alejarán - dijo -. Yo saqué toda la vejez y la obscuridad de ese sitio. De eso viven los fantasmas.

-Usted lo ha transformado en un sitio de aspecto agradable, desde luego - admitió Allen -. No hay lugar mejor en Las Praderas, cuando está cuidado.

Bert fruncía el ceño a medida que un nuevo pensamiento comenzó a insinuarse en su mente.

-He tenido muy mala suerte - dijo-. He trabajado en gran cantidad de negocios y todos salieron mal. Cuando llegué aquí, experimentaba la sensación de estar bajo una maldición.

De súbito se rió alegremente ante la idea que le había asaltado.

-¿Y qué hago? La primera cosa que se nos antoja: compro una finca que pasa por estar bajo el peso de una maldición. Se me acaba de ocurrir que tal vez mi maldición y la maldición de la granja entraron en combate y se aniquilaron. Estoy enteramente seguro de que han desaparecido ya.

Los hombres rieron junto con él. T. B. Allen golpeó el mostrador con su mano.

-Ése es un buen chiste - exclamó -. Pero he aquí uno mejor. Tal vez su maldición y la maldición de la granja se han casado y se han marchado a un agujero de topo, como un par de crótalos. Tal vez habrá una cantidad de pequeñas maldiciones arrastrándose por Las Praderas cuando menos lo pensemos.

Los hombres reunidos lanzaron estruendosas carcajadas, y T. B. Allen aprendió de memoria la escena íntegra a fin de poder repetirla. «Esto es como el diálogo de una obra teatral», pensó.

CAPITULO III

Edward Wicks vivía en una casita triste, junto al camino del condado, en Las Praderas del Cielo. Detrás de la casa había un huerto de melocotoneros y una gran huerta de hortalizas. Mientras Edward Wicks cuidaba los melocotones, su esposa y su hermosa hija cultivaban el jardín y preparaban los guisantes, ¡as habichuelas y las fresas tempranas para venderlas en Monterrey.

Edward Wicks tenía una cara embotada y morena, y unos ojillos fríos, casi desprovistos de pestañas. Era conocido como el hombre más tramposo del valle. Gestionaba tratos miserables y nunca era tan feliz como cuando podía arrancar unos centavos más de sus melocotones que sus vecinos. Cuando podía, engañaba éticamente en negocios de caballos, y a causa de su agudeza se ganó el respeto de la comunidad; pero, cosa rara, no se enriqueció. Sin embargo, le gustaba simular que invertía dinero en títulos. En las reuniones de la junta escolar pedía el consejo de lo demás miembros sobre diversos valores, y de esta manera se ingeniaba para darles la impresión de que sus ahorros eran considerables. Las gentes del valle lo llamaban Tiburón Wicks.

- ¿Tiburón? - decían-. ¡Oh, yo creería que vale alrededor de veinte mil, si no más! No es ningún tonto.

Y lo cierto era que Tiburón nunca había tenido más de quinientos dólares a la vez en su vida.

El mayor placer de Tiburón era que le consideraran un hombre rico. Gozaba tanto con ello que la riqueza misma se volvió real para él. Habiendo fijado su imaginaria fortuna en cincuenta mil dólares, mantenía un libro mayor en el cual calculaba sus intereses y asentaba sus distintas inversiones. Estas operaciones constituían la alegría fundamental de su vida.

En Salinas se formó una compañía petrolífera con el propósito de perforar un pozo en la parte sur del condado de Monterrey. Cuando lo supo, Tiburón se encaminó a la granja de John Whiteside para discutir el valor de sus acciones.

-He estado meditando sobre esa South Country Oil Company - dijo.

-Pues el informe del geólogo parece bueno - manifestó John Whiteside-. Siempre he oído decir que había petróleo en esa zona. Lo oí años atrás.

John Whiteside era consultado a menudo en asuntos de este tipo.

Tiburón se dobló el labio superior con los dedos y reflexionó un momento.

-He estado dándole vueltas en mi cabeza - dijo -. Me parece una proposición muy buena. Tengo alrededor de diez mil distribuidos por ahí, que no me producen lo que deberían producir. Es mejor que lo examine cuidadosamente. He pensado ver cuál era su opinión.

Pero la decisión de Tiburón ya estaba tomada. Cuando llegó a su casa, bajó el libro mayor y retiró diez mil dólares de su imaginaria cuenta bancaria. Luego dio entrada a mil acciones del capital comercial de la South Country Oil Company en su lista de títulos. Desde ese día observó febrilmente las listas de acciones. Cuando los precios subían un poco andaba por ahí silbando monótonamente, y cuando los precios bajaban, sentía que se le formaba en la garganta un nudo de aprensión. A la larga, cuando sobrevino una rápida alza en la cotización de la South Country, se alborozó tanto que fue al Almacén General de Las Praderas del Cielo y compró un reloj para repisa, de mármol negro, con columnas de ónix a cada lado del cuadrante, y un Caballo de bronce para colocarlo encima. Los hombres que se hallaban en la tienda cambiaron miradas inteligentes y murmuraron que Tiburón estaba a punto de obtener grandes beneficios.

Una semana después, las acciones desaparecieron de la circulación, y la compañía se esfumó. En el momento en que oyó ia noticia, Tiburón sacó violentamente su libro mayor y dio entrada al hecho de que había vendido sus acciones el día antes de la quiebra, con un beneficio de dos mil dólares.

Pat Humbert, al regresar de Monterrey, detuvo su coche en el camino del condado, frente a la casa de Tiburón.

Librodot

-Me he enterado de que lo han desnudado a usted con ese negocio de la South Country - dijo.

Tiburón sonrió tranquilamente.

-¿Quién cree usted que soy, Pat? Las vendí hace dos días.

Debe saber tan bien como cualquier otra persona que no soy un tonto. Sabía que ese capital estaba bloqueado; pero sabía también que sufriría un alza, para que los tenedores pudieran salir ilesos. Cuando ellos se deshicieron de la mercancía, yo los imité.

-¡Diablo! ¿De veras? - dijo Pat admirativamente.

Y cuando entró en el Almacén General transmitió la información. Los hombres movieron sus cabezas y formularon nuevas conjeturas acerca del montante de la fortuna de Tiburón. Admitieron que les disgustaría enfrentarse con él en un trato comercial.

Por aquel tiempo Tiburón solicitó un préstamo de cuatrocientos dólares en un Banco de Monterrey y compró un tractor *Fordson* de segunda mano.

Gradualmente su reputación de hombre juicioso y previsor tornóse tan grande que ningún hombre de Las Praderas del Cielo pensaba en comprar un título o un pedazo de tierra, ni un caballo siquiera, sin consultar primero a Tiburón Wicks. Con cada uno de sus admiradores Tiburón ventilaba cuidadosamente el probl ma y terminaba dando consejos asombrosamente buenos.

En pocos años su libro mayor demostró que había acumulado ciento veinticinco mil dólares a través de sagaces inversiones, fiando sus vecinos vieron que vivía como un hombre pobre, le respetaron más, porque sus riquezas no le envanecían. No era ningún tonto. Su esposa y su hermosa hija cuidaban aún las hortalizas y las preparaban para su venta en Monterrey, mientras Tiburón atendía los mil quehaceres del huerto.

En la vida de Tiburón no hubo ningún romance literario. A los diecinueve años llevó a Katherine Mullock a tres bailes, porque ella estaba libre. Esto puso en marcha la máquina del precedente y se casó con ella porque su familia y todos sus vecinos lo esperaban. Katherine no era bonita, pero poseía la firme frescura de una semilla nueva y el reprimido vigor de una yegua joven. Después de su matrimonio perdió su vigor y su frescura, lo mismo que una flor que ha recibido el polen. Su cara se hundió, sus caderas se ensancharon, y entró en su segundo destino: el del trabajo.

En su manera de tratarla, Tiburón no era ni tierno ni cruel. La manejaba con la misma inflexibilidad gentil que empleaba para los caballos. La crueldad le hubiese parecido tan tonta como la indulgencia. Nunca le hablaba como a un ser humano, nunca se refería a sus esperanzas o fracasos, a su fortuna de papel ni a la cosecha de melocotones. Katherine se habría quedado perpleja y preocupada si hubiera sido así. Su vida era suficientemente complicada sin la carga adicional de los pensamientos y problemas de otro.

La casa parda de los Wicks era lo único que no era bonito de la granja. La hojarasca y el desorden de la naturaleza desaparecen en el interior de la tierra al pasar cada año, pero el desorden del hombre tiene más permanencia. El terreno se salpicó de sacos viejos, papeles, fragmentos de vidrios rotos, y marañas de alambre de enfardar. El único lugar de la granja donde el césped y las flores no crecían, era el barro endurecido que rodeaba la casa, barro estéril y perjudicial, a causa del agua jabonosa vertida de las tinas. Tiburón regaba su huerto, pero no veía ninguna razón para desperdiciar agua buena alrededor de la casa.

Cuando nació Alicia, las mujeres de Las Praderas del Cielo acudieron en tropel a la casa de Tiburón, prontas a exclamar que era un niño precioso. Cuando vieron que era una niña hermosa no supieron qué decir. Las exclamaciones femeninas de júbilo destinadas a asegurar a las madres jóvenes que las horribles criaturas reptilianas que llevan en sus brazos son humanas y que no crecerán para ser monstruos, perdieron su sentido. Además, Katherine había mirado a su hija con ojos no corrompidos por el entusiasmo artificial con que la mayoría de las mujeres sofocan sus decepciones. Cuando Katherine vio que la niña era hermosa, se exaltó de admiración, de pavor y de recelo. El hecho de la belleza de Alicia era demasiado maravilloso para carecer de retribución. Los bebés lindos, se decía Katherine, se

transforman habitualmente en hombres y mujeres feos. Al decirse esto, ella rechazaba algo de recelo, como si hubiese aprisionado al Destino en sus artimañas y lo hubiese despojado de su poderío mediante su conocimiento previo.

En aquel primer día de visitas, Tiburón oyó que una de las mujeres manifestaba a otra en un tono de incredulidad:

- Realmente es una hermosa niña. ¿Cómo supone usted que pudo ser tan bonita?

Tiburón volvió al dormitorio y miró largo rato a su hijita. Afuera, en el huerto, meditó sobre el asunto. La nena era realmente hermosa. Resultaba tonto creer que él o Katherine o cual quiera de sus parientes tuviera algo que ver con ello, pues todos eran groseramente uniformes, como sucede con las personas vulgares. Evidentemente, le habían concedido una cosa muy preciosa, y puesto que las cosas preciosas son universalmente codiciadas, Alicia tenía que ser protegida. Tiburón creía en Dios, cuando pensaba en ello, como en ese ser indefinido que hacía todo lo que él no podía comprender.

Alicia creció y se volvió más y más hermosa. Su piel era tan resplandeciente y viva como las amapolas; su cabello negro tenía el suave rizado de las hojas de los helechos; sus ojos eran brumosos cielos de promesa. Uno miraba dentro de los graves ojos de la niña y empezaba a pensar: «Hay algo allí que yo conozco, algo que creo recordar vívidamente, o algo que he pasado buscando toda mi vida». Entonces Alicia volvía la cabeza. «¡Vaya! Es sólo una niñita encantadora.»

Tiburón comprobó que este reconocimiento ocurría en muchas personas. Vio que los hombres se sonrojaban cuando la miraban, vio que los chiquillos luchaban como tigres cuando ella andaba por ahí.

Creyó leer la codicia en todo rostro masculino. A menudo, cuando trabajaba en el huerto, se torturaba imaginando escenas en las que los gitanos secuestraban a la chiquilla. Una docena de veces por día la prevenía contra cosas peligrosas: las patas traseras de los caballos, la altura de las cercas, el peligro que acechaba en las hondonadas y el absoluto suicidio de cruzar un camino sin fijarse cuidadosamente si se aproximaban automóviles. Todo vecino, todo buhonero, peor aún, todo extraño, era ante sus ojos un posible secuestrador. Cuando en Las Praderas del Cielo se informó de la aparición de unos vagabundos, nunca perdió de vista a la niña. Los que iban de excursión al campo se admiraban de la ferocidad de Shark cuando les ordenaba que salieran de su terreno.

En cuanto a Katherine, la belleza en constante ascenso de Alicia aumentaba sus recelos. El destino tardaba en golpear, y ello sólo podía significar que el destino acumulaba energías para un golpe más violento. Se transformó en esclava de su hija; rondaba y efectuaba pequeños servicios como los que uno podría acordar a un inválido que pronto ha de morir.

A pesar de esta adoración, de los temores y del avaro gozo de los Wicks ante la belleza de su hija, ésta crecía como una niña increíblemente tonta, torpe y retardada. En Tiburón, esta comprobación se sumaba a sus temores, pues estaba convencido de que Alicia no podía cuidar de sí misma y se convertiría en una presa fácil para cualquiera que deseara aprovecharse de ella. par Katherine, la imbecilidad de Alicia era una cosa agradable, ya que venía a ser una de las tantas causas por las cuales su madre podía ayudarla. Ayudándola, Katherine demostraba su superiori. dad y disminuía hasta cierto punto la gran brecha existente entre ellas. Katherine se alegraba de todas las debilidades de su hija puesto que cada una de ellas la hacía sentirse más cercana y más valiosa.

Cuando Alicia bordeaba los catorce años, una nueva responsabilidad se agregó a las muchas que su padre sentía respecto a ella. Antes de ese instante, Tiburón sólo había temido su pérdida o su afeamiento, pero después le aterrorizó la idea de que pudiera perder su castidad. Poco a poco, tras mucho cavilar sobre el tema, este último temor absorbió a los otros dos. Llegó a considerar la posible desfloración de su hija tanto una pérdida como un afeamiento. Desde entonces se ponía inquieto y suspicaz cuando cualquier hombre o muchacho merodeaba por la granja.

El tema se transformó en una pesadilla para él. Una y otra vez advirtió a su mujer que no perdiera nunca de vista a Alicia.

-Tú no sabes lo que puede ocurrir - repetía con sus ojos sin brillo encendidos de sospecha-. No sabes lo que puede pasar.

La imperfección mental de su hija aumentaba enormemente su miedo. Cualquiera, pensaba, podía seducirla. Cualquiera que se encontrara a solas con Alicia podía abusar de ella. Y ella no podría protegerse porque era estúpida. Ningún hombre guardó nunca a su perra de presa más estrechamente de lo que Tiburón vigilaba a su hija.

Al cabo de un cierto tiempo, a Tiburón ya no le satisfacía su pureza a menos que se la aseguraran. Cada mes importunaba a su mujer. Sabía las fechas mejor que Katherine.

-¿Está bien? - preguntaba vorazmente.

Katherine contestaba despectivamente:

-Todavía no.

Unas horas más tarde:

-¿Está bien?

Seguía así hasta que por último Katherine respondía:

-Claro que está bien. ¿Qué creías tú?

Esta respuesta satisfacía a Tiburón durante un mes, pero no por ello disminuía su desvelo. La castidad estaba intacta, por consiguiente tenía que ser custodiada aún.

Tiburón sabía que Alicia desearía alguna vez casarse, pero él alejaba una y otra vez tal pensamiento tratando de olvidarlo; pues consideraba el matrimonio con no menos repugnancia que la seducción. Alicia era una cosa preciosa, que debía ser cuidada y protegida. Para él no había en ello un problema moral, sino estético. Una vez que fuera desflorada, ya no sería la cosa preciosa que tanto atesoraba. No la quería como un padre quiere a su criatura. Más bien la escondía como a un tesoro, y se deleitaba con la posesión de un objeto fino, único. Gradualmente, a medida que formulaba su pregunta ¿está bien?, mes a mes, esta castidad llegaba a simbolizar su salud, su resguardo, su integridad.

Un día, cuando Alicia tenía dieciséis años, Tiburón se puso delante de su esposa con un aire preocupado en el rostro.

-Tú sabes que realmente no podemos decir si está bien... esto es... no podemos estar realmente seguros a menos que la llevemos para que la examine un médico.

Durante un momento Katherine lo miró fijamente, tratando de comprender qué significaban aquellas palabras. Luego se encolerizó por vez primera en su vida.

-Eres una mofeta sucia y desconfiada - le dijo-. ¡Vete de aquí! Y si alguna vez vuelves a hablar de eso, yo.., yo me marcharé.

Tiburón se sorprendió un poco, pero no llegó a asustarse ante tal arranque. Sin embargo, abandonó la idea de un examen médico, y se contentó meramente con su pregunta mensual.

Entretanto, la fortuna del libro mayor de Tiburón continuaba creciendo. Todas las noches, después que Katherine y Alicia se acostaban, bajaba el grueso libro y lo abría bajo la lámpara colgante. Entonces sus ojos sin brillo se contraían y su obtuso rostro asumía un aire ladino, mientras planeaba sus inversiones y calculaba sus intereses. Sus labios se movían levemente, pues ahora estaba telefoneando una orden de compra de mercancías. Un aire severo aunque triste cruzaba su rostro cuando entablaba un juicio hipotecario contra una buena granja. «Odio hacer esto - murmuraba-. Ustedes, amigos, deben comprender que se trata simplemente del negocio.»

Tiburón mojaba la pluma en el frasco de tinta y asentaba el juicio hipotecario en su libro mayor. «Lechuga - meditaba-. Todos plantan lechuga. El mercado se va a inundar. Me parece que podría plantar patatas, así ganaría algún dinero. Ésta es una excelente tierra baja.» Anotó en el libro la plantación de trescientos acres de patatas. Sus ojos recorrían la línea. Trescientos mil dólares yacían en el Banco devengando nada más que intereses bancarios. Era una vergüenza. El dinero estaba prácticamente ocioso. Un ceño de concentración se posó

sobre sus ojos. Se preguntó cómo era la Compañía de Construcciones y Préstamos San José. Pagaba el seis por ciento. No serviría entrar precipitadamente en aquello sin analizar la compañía. Mientras cerraba su libro mayor por esa noche, Tiburón decidió conversar con John Whiteside sobre el particular. «A veces esas compañías quiebran, los funcionarios desaparecen», pensó inquieto.

Antes de que la familia Munroe se trasladara al valle, Tiburón sospechaba en todos los hombres y muchachos malas intenciones hacia Alicia, pero una vez que hubo puesto sus ojos en e joven Jimmie Munroe, su temor y sospecha se estrecharon, hastí depositarse enteramente sobre el sofisticado Jimmie. El muchacho era delgado y fino de cara; su boca, bien formada y sensual y sus ojos refulgían con esa insultante soberbia que se arrogan lo muchachos del colegio secundario. Se decía que Jimmie bebía ginebra; usaba trajes de ciudad, de lana... nunca monos. Su cabello brillaba, engomado, y sus maneras y su actitud eran tan libres que provocaban las burlas y los gestitos cohibidos de las chicas de Las Praderas del Cielo. Jimmie las contemplaba con ojos tranquilos y cínicos, y trataba de aparecer disipado para obtener su beneplácito. Sabía que las jovencitas se ven fuertemente atraídas por los jóvenes con pasado. Jimmie tenía un pasado. Se había emborrachado varias veces en el Riverside Dance Palace; había besado por lo menos a cien chicas y, en tres ocasiones, tuvo aventuras pecaminosas en los sauces, junto al río Salinas. Jimmie se esforzaba para que su rostro confesara su vida viciosa, pero, temiendo que su aspecto no fuera suficiente, soltó una cantidad de rumorciilos maliciosos que volaron como dardos por Las Praderas del Cielo con una deleitable velocidad.

Tiburón Wicks oyó esos rumores y acto seguido alentó en él un odio violento contra Jimmie Munroe. ¿Qué defensa, pensó Tiburón, podría tener la hermosa e imbécil Alicia contra un personaje tan empapado en el conocimiento de lo mundano?

Antes de que Alicia conociera al muchacho, Tiburón le prohibió que lo viera. Y le habló con tal vehemencia que, en el embotado cerebro de la niña, se despertó un leve interés.

-¡Que nunca te sorprenda charlando con ese Jimmie Munroe! - dijo.

-¿Quién es Jimmie Munroe, papá?

-No te importa quién sea. Que no te sorprenda charlando con él. ¿Me has oído?, ¡Ca! Te desollaré viva si lo miras siquiera.

Tiburón nunca había puesto una mano encima de Alicia por la misma razón que no hubiese azotado a un jarrón de Dresde. Hasta vacilaba en acariciarla por miedo a dejar una mancha. Nunca fue necesario el castigo. Alicia había sido siempre una mña buena y dócil. La maldad debe originarse en una idea o en una ambición. Ella nunca había experimentado ni una ni otra cosa.

Y de nuevo:

-¿No has estado charlando con ese Jimmie Munroe, verdad?

-No, papá.

-Bien, que no te sorprenda haciéndolo.

Después de una cantidad de repeticiones de esta clase, en las espesadas células del cerebro de Alicia se deslizó la convicción de que realmente le gustaría ver a Jimmie Munroe. Incluso soñó con él, lo cual probaba hasta qué punto se encontraba excitada Alicia muy raras veces soñaba con algo. En su sueño, un hombre que se parecía al indio del calendario de su habitación, y cuyo nombre era Jimmie, llegó conduciendo un automóvil reluciente y le regaló un melocotón grande y jugoso. Cuando ella mordió el melocotón, el jugo cayó por su barbilla y la turbó. Su madre vino a despertarla en ese instante porque estaba roncando. Katherine se alegraba de que su hija roncara. Era una de sus imperfecciones niveladoras. Pero, al mismo tiempo, aquello no era elegante.

Tiburón Wicks recibió un telegrama:

Tía Nellie falleció anoche. Funeral sábado.

Se metió en su *Ford* y se acercó a la granja de John Whiteside para comunicarle que no podría asistir a la reunión de la junta escolar. John Whiteside era secretario de la junta. Antes de partir, Tiburón miró inquieto durante un momento y luego dijo:

-He estado deseando preguntarle qué opinaba sobre la Compañía de Construcciones y Préstamos San José.

John Whiteside sonrió.

-No sé mucho sobre esa compañía en particular - dijo.

-Bueno, tengo treinta mil descansando en el Banco y devengan el tres por ciento. Pensé que podía obtener un poco más de interés si buscaba por ahí.

John Whiteside infló las mejillas y sopló suavemente, moviendo su índice en la corriente de aire.

-Así, de improviso, diría que Construcciones y Préstamos es el mejor riesgo.

-Oh, ése no es mi modo de realizar negocios. No quiero riesgos - intercaló Tiburón -. Si no veo un beneficio seguro en algo, no entro. Demasiadas personas se arriesgan.

-Es sólo una manera de hablar, Mr. Wicks. Pocas compañías de construcciones y préstamos quiebran. Y pagan buenos intereses.

-Lo estudiaré, de todos modos - decidió Tiburón-. Me voy a Oakland, al funeral de tía Nellie; pararé unas horas en San José y examinaré esa compañía.

En el Almacén General de Las Praderas del Cielo, aquella noche se formularon nuevas conjeturas sobre el montante de la fortuna de Tiburón, pues éste había pedido el consejo de varias personas.

-Bien; sin embargo, hay una cosa que puede afirmarse - concluyó T. B. Allen -. Tiburón Wicks no es ningún tonto. Pedirá el consejo a uno y también a otro; pero no va a guiarse de ninguna opinión hasta que la estudie por sí mismo.

-Oh, no es ningún tonto - convino la asamblea.

Tiburón fue a Oakland el sábado por la mañana, dejando a su esposa e hija solas por vez primera en su vida. La noche del sábado, Tom Breman se presentó para llevar a Katherine y a Alicia al baile del edificio de la escuela.

-Oh, no creo que eso le gustara a Mr. Wicks - dijo Katherine con un tono estremecido, asustado.

-Él no le dijo que no fuera, ¿verdad?

-No, pero... nunca ha estado ausente antes. No creo que le gustase.

-No tiene nada de incorrecto - aseguró Tom Breman-. ¡Vamos! Prepárese.

-Vayamos, mamá - dijo Alicia.

Katherine sabía que su hija podía tomar una decisión tan fácilmente porque era demasiado estúpida para tener miedo. Alicia no juzgaba las consecuencias. No podía pensar en las semanas de interrogatorio torturante que seguirían cuando Tiburón regresara. Katherine ya lo oía: «¿Cómo es posible que hayas ido cuando yo no estaba aquí? Al irme, supuse que ambas cuidaríais de la casa, y lo primero que hicisteis fue correr a un baile» Y luego las preguntas: «¿Con quién bailó Alicia? Bueno... ¿qué dijo él? ¿Por qué no lo oíste? Debiste oír». No habría ira en Tiburón, pero durante semanas y semanas hablaría del asunto y continuaría hablando simplemente hasta que ella detestara todo tema de bailes. Y cuando viniera el momento exacto del mes, sus preguntas zumbarían como mosquitos, hasta que estuviera seguro de que Alicia no iba a tener un hijo. Katherine creyó que no valía la pena divertirse concurriendo al baile si debía escuchar después todas esas alharacas.

-Vamos, mamá - rogó Alicia -. Nunca fuimos solas a ningún sitio en nuestra vida.

Una ola de piedad surgió en Katherine. La pobre niña jamás había dispuesto de un momento de independencia en su vida. Nunca había hablado de tonterías con muchacho alguno, porque su padre no la dejaba conversar estando fuera del alcance de su oído.

-Muy bien - decidió, ya sin aliento -. Si Mr. Breman nos espera, iremos.

Se sentía muy valiente dando pábulo a la ansiedad de Tiburón.

Una belleza excesiva es casi una desventaja tan grande para una chica campesina como la fealdad. Cuando los muchachos campesinos miraban a Alicia, se les hacía un nudo en la garganta, sus manos y sus pies se tornaban inquietos y enormes, y sus cuellos enrojecían. Nada podía obligarles a conversar a bailar con ella. En cambio, bailaban furiosamente con chicas menos hermosas y se ponían turbulentos como chicos faltos de naturalidad y alardeaban desesperadamente. Cuando Alicia no les veía, ellos la atisbaban, pero si no se esforzaban por dar impresión de ignorar su presencia. Alicia, que siempre había sido tratada de esta manera, no tenía conciencia alguna de su belleza. Casi se había resignado a la situación de una flor mural en los bailes.

Jimmie Munroe estaba apoyado contra una pared con elegante indiferencia y espléndido hastío cuando Katherine y Alicia entraron en la escuela. Los pantalones de Jimmie tenían botones de veintisiete pulgadas y sus zapatos de charol, puntas cuadradas, como ladrillos. Una corbata negra de lazo excéntrico aparecía en el cuello de una camisa de seda blanca, y su cabello estaba relucientemente pegado a la cabeza. Jimmie era un mozo de ciudad. Cayó sobre su presa como un halcón perezoso. Antes que Alicia se hubiese quitado el abrigo, él estaba a su lado. Con la voz cansada que había adquirido en el colegio secundario, requirió:

-¿Bailamos, nena?

-¿Cómo? - dijo Alicia.

-¿Le gustaría bailar conmigo?

-¿Bailar, dice?

Alicia posó sobre él sus ojos húmedos y prometedores, y la tonta pregunta se tornó jocosa y deleitante, insinuadora de otras cosas que conmovían y animaban hasta al cínico Jimmie.

Pensó que ella quería decir: «¿Solamente bailar?» Y a pesar de su experiencia de colegio secundario, su garganta se estrechó, sus pies y manos se movieron nerviosamente y la sangre afluyó a su rostro.

Alicia volvióse hacia su madre, quien ya había iniciado con Mrs. Breman ese peculiar parloteo culinario de las amas de casa, y dijo:

-Mamá, ¿puedo bailar?

Katherine sonrió.

-Anda - contestó, y luego-: Diviértete por una vez.

Jimmie descubrió que Alicia bailaba pésimamente. Cuando la música cesó dijo él:

-Hace calor aquí, ¿no es cierto? Caminemos por afuera -sugirió.

Y la sacó de allí, llevándola bajo los sauces, en el patio de la escuela.

Entretanto, una mujer que había estado parada en el pórtico de la escuela entró y murmuró algo al oído de Katherine quien, levantándose bruscamente, salió de prisa.

-¡Alicia! - llamó salvajemente-. ¡Alicia, ven aquí en seguida!

Cuando los dos descarriados emergieron de las sombras, Katherine dirigióse a Jimmie:

-Aléjese, ¿me oye? Aléjese de esta niña o se llevará un disgusto.

La virilidad de Jimmie se fundió. Sentíase como un chico enviado a su casa. Odiaba aquello, pero no podía vencerlo.

Katherine llevó a su hija dentro de la escuela otra vez.

-¿No te dijo tu padre que no te juntaras con Jimmie Munroe? ¿No te lo dijo? - preguntó Katherine, aterrorizada.

-¿Era él? - murmuró Alicia.

-Claro que sí. ¿Qué estabais haciendo los dos allí fuera?

-Besándonos - dijo Alicia con una voz despavorida.

Katherine quedóse boquiabierta.

-¡Oh, Señor! - exclamó-. ¡Oh, Señor!, ¿qué haré?

-¿Es malo eso, mamá?

Katherine frunció el ceño.

-No..... no, naturalmente, no es malo - exclamó-. Es.., bueno. Pero que jamás lo sepa tu padre. ¡No se lo digas aunque te lo pregunte! Él... en fin, se enfurecería. Y tú te sientas aquí, a mi lado, el resto de la noche, y no verás más a Jimmie Munroe, ¿quieres? Quizá tu padre no lo sabrá. ¡Oh, Señor, espero que no lo sepa!

El lunes, Tiburón Wicks descendió del tren nocturno en Salinas y tomó un ómnibus hasta el cruce de caminos que desembocaba, desde la carretera real, en Las Praderas del Cielo. Tiburón asió su maleta y comenzó las cuatro millas que lo conducirían a su casa.

La noche era clara, dulce y grávida de estrellas. Los débiles sonidos misteriosos de los cerros le daban la bienvenida y llenaban de ensueños su imaginación; de manera que se olvidó de sus pasos.

El funeral le había complacido. Las flores eran preciosas, y había muchísimas. El llanto de las mujeres y el solemne marchar en puntillas de los hombres habían producido en Tiburón un suave dolor, que estaba lejos de ser desagradable. Hasta el profundo ritual de la iglesia, que nadie entiende ni escucha, había sido una droga que vertía dulces jugos misteriosos en su cuerpo y su mente. La iglesia se abrió y cerró para él por una hora, y de su contacto había traído la soporífera paz de las flores fuertes y el incienso flotante, y el brillo del contacto con la eternidad. Estas cosas se forjaron en él por la inmensa sencillez del entierro.

Tiburón nunca había conocido a su tía Nellie muy bien, pero había gozado a fondo de su funeral. De algún modo sus parientes se habían enterado de su fortuna, pues lo trataron con deferencia y dignidad. Ahora, mientras volvía a su casa, pensó de nuevo en estas cosas y su placer apresuró el tiempo, acortó el camino y lo llevó rápidamente al Almacén General de Las Praderas del Cielo. Tiburón entró, sabiendo que podía encontrar a alguien en el local que le informaría sobre el valle y sus asuntos durante su ausencia.

T. B. Allen, el propietario, sabía todo lo que ocurría, y lo contaba realzando el interés de cada noticia por más insignificante que fuera.

Sólo el dueño se hallaba en la tienda cuando Tiburón entró. T. B. despegó de la pared el respaldo de su silla, y sus ojos refulgieron de interés.

-Supe que estuvo ausente - sugirió en un tono que invita a la confidencia.

-Estuve en Oakland - dijo Tiburón -. Tuve que asistir a un funeral. Creí, además, que podría llevar a cabo algún negocio al mismo tiempo.

T. B. esperó el informe tanto tiempo como juzgó prudente.

-¿Pasó algo, Tiburón?

-Bueno, no sé si usted lo llamaría así. Investigué acerca de una compañía.

-¿Invirtió dinero? - preguntó T. B., respetuosamente.

-Un poco.

Ambos hombres miraron el suelo.

-¿Sucedió algo mientras estuve ausente?

Un aire de desgana cruzó inmediatamente por el rostro del anciano. Se leía su disgusto por decir exactamente lo que había sucedido, su natural aversión por el escándalo.

-Baile en el edificio de la escuela - admitió por último.

-Sí, lo sabía.

T. B. mostrábase confuso. Evidentemente se realizaba una lucha en su cerebro. ¿Debía contar a Tiburón lo que sabía, por el propio bien de Tiburón, o debía reservar para sí todo conocimiento? Tiburón observaba la lucha con interés. Había visto otras como ésta muchas veces antes.

-Bien. ¿Qué sucede? - aguijoneó.

-Oí decir que tal vez habrá una boda pronto.

-¿Sí? ¿Quién?

-Bueno, muy cerca de su casa, creo.

-¿Quién? - volvió a preguntar Tiburón.

T. B. luchaba vanamente y perdió.

Librodot

-Usted - admitió.

Tiburón se rió entre dientes.

-¿Yo?

-Alicia.

Tiburón se puso rígido y miró al anciano de hito en hito. Luego se adelantó y plantóse a su lado amenazadoramente.

-¿Qué quiere significar? ¡Dígame lo que quiere significar... usted!

T. B. supo que se había excedido. Se escurrió de Tiburón.

-¡Pues nada, Mr. Wicks! ¡Nada, nada!

-¡Dígame a qué se refiere! Cuéntemelo todo.

Tiburón agarró a T. B. de un hombro y lo sacudió violentamente.

En fin, fue sólo en el baile... simplemente en el baile.

-¿Alicia se hallaba en el baile?

-Ahá.

-¿Qué hacía allí?

-No sé. Quiero decir, nada.

Tiburón lo arrancó de su silla y lo afirmó bruscamente sobre sus tambaleantes pies.

-¡Cuénteme! - exigió.

El viejo plañió:

-Sólo salió al patio con Jimmie Munroe.

Tiburón lo asía ahora por los hombros. Sacudió al aterrorizado almacenero como a un saco.

-¡Cuénteme! ¿Qué hicieron?

-Yo no sé, Mr. Wicks.

-¡Cuénteme!

-Bueno. Miss Burke... Miss Burke dijo... que estaban besándose.

Tiburón soltó al otro y se sentó. Lo sobrecogió una sensación de derrota. Mientras miraba fijamente a T. B. Allen, su mente luchaba con el problema de la impureza de su hija. No se le ocurría que el episodio había acabado con un beso. Tiburón movió su cabeza y sus ojos vagaron sin esperanza alrededor del local T. B. vio que pasaban por el escaparate frontal de las armas.

-No haga nada, Tiburón - gritó-. Esas armas no son suyas.

Tiburón no había visto las armas en absoluto, pero ahora que su atención había sido dirigida hacia ellas, saltó, abrió de par en par la puerta corrediza de vidrio y sacó un pesado rifle. Rompió la etiqueta del precio y metió en su bolsillo una caja de municiones. Luego, sin mirar siquiera al comerciante, se introdujo a grandes trancos en la obscuridad. Y el viejo T. B. se lanzó al teléfono antes de que los rápidos pasos de Tiburón se hubieran acallado en la noche.

Mientras Tiburón caminaba aprisa hacia la finca de los Munroe, sus pensamientos corrían sin esperanza. Estaba seguro de una cosa, sin embargo, ahora que había caminado un poco: no quería matar a Jimmie Munroe. Ni siquiera había pensado en disparar contra él hasta que el comerciante sugirió la idea. Después había obrado sin pensar. ¿Qué podía hacer ahora? Trató de representarse lo que haría cuando llegara a la casa de los Munroe. Quizá tendría que disparar sobre Jimmie Munroe. Tal vez las cosas sucederían de tal manera que lo obligaran a cometer un crimen para mantener su dignidad en Las Praderas del Cielo.

Tiburón oyó que se aproximaba un coche y penetró en el matorral mientras aquél pasó rugiendo con el escape abierto. Llegaría muy pronto, y no odiaba a Jimmie Munroe. No odiaba nada excepto la vacía sensación que se había apoderado de él cuando oyó hablar de la pérdida de la virtud de Alicia. Ahora sólo podía pensar en su hija como en alguien que estuviera muerto.

A lo lejos, podía ver ya las luces de la casa de los Munroe. Y Tiburón sabía que no podría disparar sobre Jimmie. Aunque se rieran de él, no podría disparar sobre el muchacho.

No estaba el crimen en él. Decidió mirar por la puerta e irse luego a su hogar. Tal vez la gente se reiría de él, pero sencillamente no podía disparar contra nadie.

De pronto un hombre avanzó desde la sombra de un arbusto y le gritó:

-Deponga esa arma, Wicks, y levante las manos.

Tiburón depositó el rifle en el suelo con una especie de cansada obediencia. Reconoció la voz del comisario delegado y dijo:

-¡Hola, Jack!

Luego hubo gente alrededor. Tiburón vio el rostro aterrado de Jimmie al fondo. Bert Munroe estaba aterrado también. Dijo:

-¿Por qué quería matar a Jimmie? Él no lo ofendió. El viejo T. B. me telefoneó. Tengo que encerrarle a usted donde no pueda causar ningún daño.

-Usted no puede encarcelarle - dijo el delegado -. No ha hecho nada. Lo único que puede hacer es colocarlo bajo fianza para mantener la paz.

-¿Es así? Creo que eso es lo que debo hacer entonces.

La voz de Bert temblaba.

-Pida mejor una fianza grande - continuó el delegado-. Tiburón es un hombre muy rico. ¡Vamos! Lo llevaremos a Salinas ahora, y usted puede presentar su queja.

A la mañana siguiente Tiburón Wicks entró indiferentemente en su casa y se tiró sobre la cama. Sus ojos estaban apagados y rendidos, pero los mantuvo abiertos. Sus brazos yacían a su lado, flojos, como los brazos de un cadáver. Permaneció así horas y horas.

Katherine, desde la huerta, lo vio entrar en la casa. Se alegró cruelmente al ver el hundimiento de aquellos hombros y el débil porte de su cabeza; pero cuando entró para preparar el almuerzo, anduvo de puntillas y advirtió a Alicia que se moviera en silencio.

A las tres, Katherine miró por la puerta de la alcoba.

-Alicia está perfectamente - dijo-. Debiste haberme preguntado antes de haber hecho nada.

Tiburón no le contestó ni cambió de posición.

-¿No me crees? - La pérdida de vitalidad de su marido la asustó -. Si no me crees, podemos llamar a un médico. Enviaré por uno ahora mismo si no me crees.

Tiburón no volvió la cabeza.

-Te creo - dijo sin vigor.

Mientras Katherine permanecía en el vano de la puerta, un sentimiento que nunca había experimentado se insinuó en ella. Hizo algo que anteriormente nunca había hecho. Un valor cálido Se agitó en su interior. Katherine se sentó en el borde de la cama y con mano segura, tomó la cabeza de Tiburón en su regazo. Esto era instintivo, y el mismo instinto fuerte y firme impulsó su mano a acariciar la frente de Tiburón. El cuerpo de éste parecía sin huesos, vencido.

Sus ojos no se movían del cielo raso, pero, bajo la caricia empezó a hablar ininterrumpidamente.

-No tengo dinero - dijo con voz monótona -. Me llevaron y me pidieron una fianza de diez mil dólares. Tuve que declararlo ante el juez. Todos lo oyeron. Todos saben que... no tengo dinero. Nunca lo tuve. ¿Comprendes? Ese libro mayor no era sino una mentira. Cada uno de sus renglones era una mentira. Yo lo inventé. Ahora todos lo saben. Tuve que contárselo al juez.

Katherine acariciaba su cabeza suavemente y un gran valor continuó creciendo en su interior. Se sintió más grande que el mundo. El mundo entero yacía en su regazo y ella lo consolaba. La piedad parecía elevar su estatura. Sus senos generosos sentían compasión por el dolor del mundo.

-No fue mi intención herir a nadie - siguió Tiburón-. No hubiese disparado sobre Jimmie. Me atraparon antes de que pudiera volverme. Pensaron que quería matarlo. Y ahora todos lo saben. No tengo dinero.

Y seguía blandamente con la vista clavada arriba.

Repentinamente el valor de Katherine se transformó en poder y el poder se derramó en su cuerpo y la inundó. En ese instante supo qué era ella y qué podía hacer. Estaba triunfalmente feliz y muy hermosa.

-No has tenido nunca una oportunidad para ello - dijo dulcemente -. Toda tu vida te has agotado en esta vieja granja y no se presentó nunca la ocasión para ti. ¿Cómo sabes que no puedes ganar dinero? Yo creo que sí puedes. Sé que puedes.

Sabía ella que él podía hacer esto. Mientras se hallaba sentada, el conocimiento de tal poder había nacido en ella, y supo que su vida entera estaba orientada hacia este solo momento, en que era una diosa, una pregonera del destino. No se sorprendió cuando el cuerpo de Tiburón se puso gradualmente rígido. Continuó acariciándole la frente.

-Nos iremos de aquí - dijo-. Venderemos este rancho y nos iremos de aquí. Entonces tú lograrás la oportunidad que nunca tuviste. Verás. Sé lo que eres. Yo creo en ti.

Los ojos de Tiburón revivieron. Su cuerpo encontró fuerza para volverse. Miró a Katherine y vio que estaba hermosa en este momento, y, mientras miraba, el valor de ella pasó a él. Tiburón apretó estrechamente su cabeza contra las rodillas de gatherine.

Ella inclinó la cabeza y lo miró. Estaba asustada ahora que el poder la abandonaba. De pronto, Tiburón se sentó en la cama. Había olvidado a Katherine, pero sus ojos brillaban con la energía que ella le había dado.

-Me iré pronto - exclamó -. Me iré tan pronto como pueda vender el rancho. Entonces lograré hacer unas cuantas ganancias. Entonces atraparé mi oportunidad. Les mostraré quién soy a la gente.

CAPITULO IV

El origen de Tularecito yace en la obscuridad, mientras su descubrimiento es un mito que las gentes de las Praderas del Cielo se niegan a creer, lo mismo que se niegan a creer en fantasmas.

Franklin Gómez tenía un peón, un indio mejicano llamado Pancho, y nada más. Una vez cada tres meses, Pancho tomaba sus ahorros y se dirigía a Monterrey para confesar sus pecados, cumplir la penitencia y emborracharse, en el orden citado. Si se ingeniaba para salvarse de la cárcel, Pancho subía a su carro y se iba a dormir cuando las cantinas cerraban. El caballo lo arrastraba a su casa, llegando exactamente antes del alba, y a tiempo para que Pancho se desayunara y empezase a trabajar. Pancho estaba siempre dormido cuando llegaba; por eso provocó tanto interés en el rancho cuando, una mañana, entró en el corral a galope, no sólo despierto, sino gritando a toda voz.

Franklin Gómez se vistió y salió para ver a su peón. La historia, cuando fue desenredada de su maraña de incoherencia, era ésta: Pancho volvía a su casa, muy sereno, como siempre. Cerca de la finca de Blake, oyó llorar a un niño en un matorral de salvia junto al camino. Detuvo el caballo y fue a investigar, pues uno no se encuentra a menudo con niños en esa forma. Y así descubrió un chiquillo abandonado en un claro de la salvia. «Tendrá unos tres meses, a juzgar por su tamaño», pensó Pancho. Lo levantó y encendió un fósforo para ver simplemente qué clase de objeto había hallado, cuando -¡horror de los horrores!- el bebé guiñó un ojo maliciosamente y dijo con voz profunda: «Mira. Tengo unos dientes muy agudos». Pancho no miró. Arrojó aquello lejos de sí, saltó a su carro y galopó hacia la casa, castigando al viejo caballo con el mango del látigo y aullando como un perro.

Franklin Gómez se tiró de las patillas durante un buen rato. La naturaleza de Pancho, consideró, no era histérica ni aun bajo la influencia del licor. El hecho de que se hubiera despertado del todo probaba que debía haber algo en el matorral. Por fin, Franklin Gómez ordenó ensillar un caballo, montó, salió y trajo al niño, quien no volvió a hablar durante casi tres años; ni tenía tampoco ningún diente; pero ninguno de estos hechos logró convencer a Pancho de que no había formulado aquella primera y feroz observación.

El niño tenía los brazos cortos y regordetes, y las piernas largas y de articulaciones flojas. Su gran cabeza descansaba, sin intervalo de cuello, entre unos hombros deformadamente anchos. La cara chata del niño, junto con su cuerpo peculiar, motivó automáticamente que se le llamara Tularecito (Ranita), aunque Franklin Gómez a menudo lo llamaba Coyote, alegando que había en la cara del muchachito «esa antigua sabiduría que uno encuentra en la cara de un coyote».

-Pero sin duda las piernas, los brazos, los hombros, señor, son de una rana- le recordaba Pancho.

Y así le quedó el nombre de Tularecito. Nunca se descubrió quién había abandonado a la deforme criaturita. Franklin Gómez lo aceptó en el patriarcado de su rancho, y Pancho lo cuidó. Sin embargo, el peón jamás pudo perder cierto temorcillo hacia el Diño. Ni los años, ni una rigurosa penitencia extirparon el efecto de la primera expresión de Tularecito.

El muchacho se desarrolló rápidamente; pero después del quinto año, su cerebro no se desarrolló más. A los seis años Tularecito podía realizar el trabajo de un adulto. Los largos dedos de sus manos eran más diestros y fuertes que los dedos de la mayoría de los hombres. En el rancho todos utilizaban los dedos de Tularecito. Los nudos difíciles no podían desafiarlo largo tiempo. Tenía manos de plantador, dedos tiernos que nunca dañaban a una planta joven ni magullaban las superficies de una rama injertada. Sus despiadados dedos podían retorcer la cabeza de un pavo sin esfuerzo. También tenía Tularecito un don divertido. Con su pulgar podía modelar en la piedra arenisca animales notablemente correctos. Franklin Gómez conservaba muchas efigies pequeñas de coyotes y leones de montaña, de pollos y ardillas, por toda la casa. La imagen bípeda de un halcón revoloteando colgaba por medio de alambres del cielo raso del comedor. Pancho, que nunca había considerado del todo humano

al muchacho, incluyó su habilidad para el modelado en una creciente categoría de rasgos diabólicos definidamente atribuíbles a su origen sobrenatural.

Si bien las gentes de Las Praderas del Cielo no creían en el origen diabólico de Tularecito, se sentían inquietas en su presencia. Sus ojos aparecían viejos y secos; había algo de troglodita en su rostro. La enorme fuerza de su cuerpo y sus extraños y obscuros dones lo apartaban de los demás chicos, hombres y mujeres.

Sólo una cosa podía provocar la ira en Tularecito. Si cualquier persona, hombre, mujer o niño, tocaba descuidadamente o rompía uno de los productos de sus manos, se ponía furioso. Sus ojos brillaban y atacaba violentamente al profanador. En tres ocasiones en que esto había sucedido, Franklin Gómez ató sus manos y lo dejó solo hasta que retornó a su buen natural ordinario.

Tularecito no concurrió a la escuela cuando llegó a los seis años de edad. Durante cinco años, a partir de aquella fecha, el oficial cantonero del condado y el superintendente de escuelas trabajaron esporádicamente sobre el caso. Franklin Gómez coincidió en que debía ir a la escuela y hasta llegó al extremo de animarlo a la fuerza varias veces; pero Tularecito se resistía obstinadamente. Temía que la escuela pudiera resultarle desagradable, de modo que simplemente desaparecía un día o algo así. Sólo cuando el muchacho tuvo once años, con unos hombros de levantador de pesas y unas manos y antebrazos de estrangulador, las fuerzas concertadas de la ley lo atraparon y metieron en la escuela.

Como había intuido Franklin Gómez, Tularecito no aprendió absolutamente nada, pero evidenció de inmediato un nuevo don. Podía dibujar tan bien como modelar la piedra. Cuando Miss Martin, la maestra, descubrió su habilidad, le dio un pedazo de tiza y le dijo que hiciera una procesión de animales a lo largo de la pizarra. Tularecito trabajó mucho después de terminadas las clases, y a la mañana siguiente apareció un asombroso desfile en las paredes. Todos los animales que Tularecito había visto alguna vez, estaban allí: todos los pájaros de los cerros volaban sobre ellos. Una serpiente de cascabel se arrastraba detrás de una vaca; un coyote, con su peluda cola orgullosamente en alto, olfateaba en pos de un cerdo. Había gatos y cabras, tortugas y topos, cada uno dibujado con sorprendente detallismo y veracidad.

Miss Martin estaba subyugada por el genio de Tularecito. Lo elogió delante de la clase y pronunció una breve conferencia acerca de cada una de las criaturas que había dibujado. En su imaginación consideraba la gloria que le sobrevendría por haber descubierto y alentado a este genio.

-Puedo hacer muchísimos más - le informó Tularecito.

Miss Martin palmoteo su ancha espalda.

-Pues los harás - dijo-. Dibujarás todos los días. Es un gran don que Dios te ha brindado.

Entonces comprendió la importancia de lo que acababa de decir. Se inclinó y miró escrutadoramente dentro de los duros ojos mientras repetía lentamente:

-Es un *gran don* que Dios te ha brindado.

Miss Martin echó un vistazo al reloj y pregonó con vigor:

- Aritmética, cuarto grado... a la pizarra.

El cuarto grado forcejeó, tomó los borradores y empezó suprimir los animales para dejar lugar a los números. No había efectuado dos movimientos cuando Tularecito atacó. Fue un gran día.

Miss Martin, ayudada por la escuela entera, no pudo sujetarlo, pues el enfurecido muchacho poseía la fuerza de un hombre, y de un hombre encolerizado, además. La batalla subsiguiente destrozó el aula, tumbó los pupitres, derramó ríos de tinta, tiró los ramos de flores de la maestra por toda la habitación. El vestido de Miss Martin salió desgarrado a jirones, y los alumnos mayores sobre quienes cayó el peso de la batalla, fueron golpeados y apaleados cruelmente. Tularecito luchó con manos, pies, dientes y cabeza. No admitía ninguna regla honorable, y al final ganó. La escuela entera, con Miss Martin custodiando la

retaguardia, huyó del edificio, dejándolo en poder del enfurecido Tularecito. Cuando se retiraron, cerró la puerta con llave, limpió la sangre de sus ojos y se puso al trabajo para reparar los animales que habían sido destruidos.

Aquella noche Miss Martin visitó a Franklin Gómez y exigió que el niño fuera azotado.

Gómez encogió los hombros.

-¿Realmente desea que lo azote, Miss Martin?

El rostro de la maestra estaba arañado; su boca, amarga.

-Lo deseo ciertamente - dijo -. Si usted hubiera visto lo que hizo hoy, no me censuraría. Le repito que necesita una lección.

Gómez encogió de nuevo los hombros y llamó a Tularecito, que se hallaba en el dormitorio de los peones. Descolgó de la pared un látigo pesado. Luego, mientras Tularecito sonreía blandamente a Miss Martin, Flanklin Gómez le cruzó varias veces la espalda. La mano de Miss Martin efectuaba involuntarios movimientos agresivos. Cuando aquello terminó, Tularecito palpó con sus dedos largos y exploradores y siempre sonriendo regresó al cobertizo.

Miss Martin había observado con horror el final del castigo.

-Pero si es un animal - exclamó -. Fue exactamente como azotar a un perro.

-Un perro hubiera aullado - dijo Gómez -. Ahora ha visto, Miss Martin, que es un animal, pero es seguramente un animal bueno. Usted le ordenó que hiciera dibujos y luego se los destruyó. A Tularecito no le gusta eso...

Miss Martin trató de interrumpirlo, pero él se apresuró:

-Este Ranita no debería ir a la escuela. Sabe trabajar, sabe hacer cosas maravillosas con sus manos, pero no puede aprender las cositas sencillas de la escuela. No es un loco; es uno de aquellos seres a quienes Dios no terminó como es debido. Yo le dije al superintendente todo esto, y contestó que la ley requiere que Tularecito vaya a la escuela hasta que tenga dieciocho años. Faltan siete años. Durante siete años mi Ranita se sentará en el primer grado porque la ley dice que debe sentarse. Eso está fuera de

mi alcance.

-Debería encerrarlo - interrumpió Miss Martin -. Esta criatura es peligrosa. Debiera haberlo visto hoy.

-No, Miss Martin; debe gozar de su libertad. No es peligroso. Nadie sabe hacer un jardín como él. Nadie sabe ordeñar tan rápidamente ni tan suavemente como este chico. Es una buena criatura. Sabe domar un caballo salvaje sin montarlo; puede amaestrar a un perro sin azotarlo. Pero la ley dice que debe sentarse en el primer grado repitiendo «m-a-m-á, mamá», durante siete años. Si hubiera sido peligroso, fácilmente podría haberme matado cuando lo zurré.

Miss Martin sintió que había cosas que no comprendía, y, por este motivo, odió a Franklin Gómez. Pensó que ella había sido mezquina y él generoso. Cuando llegó a la escuela, a la mañana siguiente, encontró ante sí a Tularecito. Todo el espacio disponible en la pared estaba cubierto de animales.

-¿Ve? - dijo, mirándola por encima del hombro, rebosante de alegría -. Muchísimos más. Y tengo un libro con otros todavía, pero no hay lugar para ellos en la pared.

Miss Martin no borró los animales. Los deberes de clase se efectuaron en hojas de papel, pero al final del período renunció a su puesto, alegando que se encontraba mal de salud.

Miss Morgan, la nueva maestra, era muy joven y muy bonita; demasiado joven y peligrosamente bonita, pensaron los hombres maduros del valle. Algunos de los muchachos de ios grados superiores tenían diecisiete años. Se dudaba seriamente de que una maestra tan joven y tan bonita pudiera mantener alguna especie de orden en la escuela.

Traía consigo un inmenso entusiasmo por su profesión. La escuela estaba asombrada, pues se había acostumbrado a las viejas solteronas cuyas caras parecían reflejar pies

permanentemente cansados. Miss Morgan gozaba enseñando y transformó la escuela en un sitio atrayente, donde sucedían cosas inusitadas.

Desde el principio Miss Morgan se impresionó inmensamente con Tularecito. Conocía su profesión, había leído libros y seguido cursos sobre todas las cuestiones pedagógicas. Habiéndose enterado de la pelea, delineó una franja de un lado a otro de los pizarrones para que él los llenara de animales, y cuando hubo terminado su desfile, compró con su dinero un enorme tablero de dibujo y un lápiz blando. A partir de entonces, Tularecito no se fastidió con el deletreo. Todos los días trabajaba en su tablero, y todas las tardes obsequiaba a la maestra con un animal maravillosamente realizado. Ella fijaba sus dibujos en la pared del aula, encima de los pizarrones.

Los alumnos recibieron las innovaciones de Miss Morgan con entusiasmo. Las clases se tornaron animadas, y hasta los chicos que habían adquirido envidiables reputaciones de acosar a sus maestras, se interesaron menos en el posible incendio de la escuela.

Miss Morgan introdujo una práctica que impulsó a los alumnos a adorarla. Todas las tardes les leía durante media hora los episodios de *Ivanhoe* y *El Talismán*; las narraciones de pesca de Zane Grey; las narraciones de caza de James Oliver Curwood; *El Lobo Marino, La llamada de la Selva*... no cuentos infantiles sobre la gallinita roja y el zorro y los gansos, sino cuentos apasionantes, de adultos.

Miss Morgan leía bien. Hasta los muchachos más rudos fueron conquistados, hasta el punto de que no jugaban nunca al hokey, por miedo a perder un episodio, y permanecían inclinados y absortos de interés.

Pero Tularecito continuaba sus cuidadosos dibujos, deteniéndose de vez en cuando sólo para parpadear en dirección a la maestra y tratar de entender cómo aquellos distantes relatos de las acciones de extraños podían ser de interés para alguien. Para él, eran crónicas de sucesos reales; si no, ¿por qué se ponían por escrito? Las historias eran como las lecciones. Tularecito no las escuchaba.

Después de cierto tiempo, Miss Morgan sintió que había sido demasiado complaciente con los chicos mayores. A ella misma le gustaban los cuentos de hadas, pensar en poblaciones enteras que creían en duendes y, por consiguiente, los veían. En el innocuo círculo de sus probadas y eruditas relaciones, solía a menudo decir que «la decadencia cultural de América se debía en parte a su negación grosera y supersticiosa de la existencia de las hadas». Durante cierto tiempo, dedicó la media hora de la tarde a leer cuentos de hadas.

Entonces sobrevino un cambio en Tularecito. Gradualmente, Mientras Miss Morgan leía acerca de trasgos y geniecillos, hadas, duendes y enanitos, su interés se concentró y su activo lápiz yació ociosamente en su mano. Luego ella leyó algo acerca de los gnomos, sus vidas y hábitos, y él dejó caer el lápiz del todo y se inclinó hacia la maestra para no perder ni una palabra.

Después de clase, Miss Morgan caminaba media milla en dirección a la granja, donde se alojaba. Le agradaba caminar por el sendero sola, cortando corolas de cardos con una vara, o arrojando piedras al matorral para hacer chillar a las codornices Pensaba conseguir un perro, que pudiera compartir sus emociones y comprender el encanto de los hoyos del suelo, y las huellas diseminadas de garras sobre las hojas secas, de los extraños y melancólicos silbidos de los pájaros y los alegres perfumes que salen secretamente de la tierra.

Una tarde, Miss Morgan ascendió por la ladera de un risco de creta para grabar sus iniciales en la cima. Caminó hacia la altura, se arañó el dedo en un espino, y en vez de iniciales, garabateó: «Aquí estuve y dejé esta parte de mi persona», y oprimió su dedo sangrante contra la absorbente roca cretácea.

Esa noche, en una carta, escribió: «Después de las simples necesidades de vivir y reproducirse, el hombre quiere sobre todo dejar alguna constancia de su ser, una prueba, quizá, de que ha existido realmente. Deja su huella sobre madera, o piedra, o en las vidas de otras personas. Este profundo anhelo existe en todos, desde el muchacho que escribe malas palabras en un retrete público hasta el Buda que graba su imagen en la mente de la raza. La

vida es tan irreal... Pienso que nosotros dudamos seriamente de que existimos y damos rodeos tratando de demostrarlo». Conservó una copia de la carta.

Una tarde en que había leído algo sobre gnomos, las hierbas del camino se agitaron durante un momento mientras volvía a casa y la fea cabeza de Tularecito apareció.

-¡Oh! Me asustaste - exclamó Miss Morgan-. No debes saltar así, de improviso.

Tularecito se puso de pie y sonrió tímidamente mientras se golpeaba el muslo con su sombrero. Repentinamente, Miss Morgan sintió miedo. El camino estaba desierto... había leído cuentos de imbéciles. Con dificultad dominó su temblorosa voz.

-¿Qué... qué quieres?

Tularecito sonrió más ampliamente y se golpeó más fuertemente con su sombrero.

-¿Estabas simplemente acostado allí, o quieres algo?

El muchacho pugnó por hablar, y luego reincidió en su sonrisa perfecta.

-Bien, si no quieres nada, seguiré.

Estaba realmente preparada para la huida.

Tularecito pugnó de nuevo.

-Quiero hablarle de esa gente.

-¿Qué gente? - inquirió agudamente-. ¿De qué gente?

-Acerca de esa gente del libro...

Miss Morgan se rió aliviada, hasta sentir que el cabello se le aflojaba en la parte posterior de la cabeza.

-¿Quieres decir... quieres decir... los gnomos?

Tularecito asintió.

-¿Qué quieres saber de ellos?

-Nunca vi ninguno - dijo Tularecito. Su voz no se elevaba ni descendía, sino que continuaba en la misma nota grave.

-Bueno, creo que muy pocas personas los ven.

-Pero yo los conozco.

Los ojos de Miss Morgan miraron de soslayo, con interés.

-¿De veras? ¿Quién te habló de ellos?

-Nadie.

-¿Nunca los viste, y nadie te contó nada? ¿Cómo puedes conocerlos entonces?

-Los conozco, solamente. Los oí, quizá. Los reconocí en el libro muy bien.

Miss Morgan pensó: «¿Por qué negar la existencia de los gnomos a esta criatura extraña e inacabada? ¿Su vida no sería más rica y feliz si creyera en ellos? ¿Y qué daño podría causarle?»

-¿Los has buscado alguna vez? - preguntó.

-No, nunca. Sólo los conocía. Pero ahora los buscaré.

Miss Morgan se encontró encantada con la situación. Allí había papel sobre el cual escribir, allí había un risco sobre el cual grabar. Podía grabar un delicioso cuento que sería mucho más real de lo que sería nunca un cuento en un libro.

-¿Dónde buscarás? - preguntó.

-Cavaré hoyos - dijo Tularecito juiciosamente.

-Pero los gnomos sólo salen de noche, Tularecito. Debes esperarlos por la noche. Y tienes que venir y decirme si encontraste alguno. ¿Lo harás?

-Lo haré.

Lo dejó mirando fijamente detrás de ella. Durante todo el camino, hasta su casa, se lo imaginó escudriñando en la noche El cuadro le gustó. Podía incluso encontrar gnomos, vivir y charlar con ellos. Con unas cuantas palabras sugestivas había sido capaz de volver irreal y maravillosa la vida de Tularecito, y separarla de las estúpidas vidas que la rodeaban. Lo envidiaba profundamente.

Al atardecer, Tularecito se puso el abrigo y tomó una pala. El viejo Pancho se le acercó cuando abandonaba el depósito de herramientas.

-¿Adonde vas, Ranita? - preguntóle.

Tularecito movió los pies, impacientemente. Luego dijo:

-Salgo a la obscuridad. ¿Es algo nuevo esto, acaso?

-¿Pero por qué llevas la pala? ¿Hay oro, tal vez?

El rostro del muchacho endurecióse por la seriedad de su propósito.

-Voy a cavar en busca de los pequeños seres que viven en el interior de la tierra.

Entonces Pancho se horrorizó.

-¡Ranita, no vayas! ¡Escucha a tu viejo amigo, tu padrino, y no vayas! Allá, en la salvia, te encontré y te salvé de los demonios, tus parientes. Eres un hermanito de Jesús ahora. No retorne con los tuyos. ¡Escucha a un anciano, Ranita!

Tularecito clavó la vista en el suelo y taladró sus viejos pensamientos con esta nueva información:

-Has dicho que son mi gente - exclamó -. Yo no soy con los demás de la escuela o de aquí. Lo sé. Tengo nostalgia de los míos que viven en lo profundo de la fresca tierra. Cuando paso por un agujero de ardilla, deseo arrastrarme dentro y ocultarme. Los míos son como yo, y me han llamado. Debo volver donde ellos, Pancho.

Pancho retrocedió y entrecruzó sus dedos.

-Vuelve donde vive el diablo, tu padre. No soy lo bastante bueno para combatir este mal. Se requeriría ser un santo. Pero ¡mira! Por lo menos hago el signo contra ti y contra tu raza.

Y trazó en el aire la cruz de la protección frente a él.

Tularecito sonrió tristemente, y volviéndose, se fue, trabajosamente, hacia los cerros.

Su corazón desbordaba de alegría ante el regreso al hogar. Toda su vida había sido un extraño, un paria solitario, y ahora volvía al hogar. Como siempre, oyó las voces de la tierra... el lejano tintineo de los cencerros de las vacas, el canto de las perturbadas codornices, los lamentos de un coyote, los nocturnos de un millón de insectos. Pero Tularecito acechaba otro sonido: el movimiento de criaturas bípedas, las apagadas voces de seres ocultos.

Una vez se detuvo y llamó: «Padre mío, he vuelto a casa», y no oyó ninguna respuesta. Dentro de los agujeros de ardilla murmuró: «¿Dónde estás, pueblo mío? Soy yo, Tularecito, que vuelve a casa», pero no hubo contestación. Peor; no tenía la sensación de que los gnomos estuvieran próximos. Sabía que una liebre y un cervatillo se alimentaban cerca de él; sabía que un gato montes andaba al acecho de un conejo detrás de un arbusto, aunque no podía verlos, pero de los gnomos no recibía ningún mensaje.

Una luna de azúcar surgió de los cerros.

- Ahora los animales saldrán a comer - dijo Tularecito, con el susurro monótono de los imbéciles -. Ahora saldrá la gente, también...

El matorral se interrumpía al borde de un vallecito y un huerto lo substituía. Los árboles estaban cubiertos de hojas, y el terreno primorosamente cultivado. Era el huerto de Bert Munroe. Antes, cuando la tierra estaba abandonada a los fantasmas Tularecito solía ir allí, de noche, para tenderse en el suelo, bajo los árboles, y asir las estrellas con dedos suaves.

Al entrar en el huerto, supo que estaba aproximándose a su hogar. No podía oírlos, pero sabía que los gnomos se hallaban cerca. Una y otra vez los llamó, pero ellos no acudieron.

-Quizá no les guste la luz de la luna - dijo.

Al pie de un melocotonero cavó su hoyo: tres pies de largo y muy hondo. Toda la noche trabajó así; deteniéndose para escuchar un instante y seguir cavando más y más en la fresca tierra. Aunque no oyó nada, estaba convencido de que se acercaba a ellos. Sólo cuando llegó la luz del día abandonó su labor y se retiró a los arbustos para dormir.

Cuando mediaba la mañana, Bert Munroe salió a mirar una trampa de coyote y descubrió el hoyo al pie del árbol.

-¡Qué diablos! - exclamó -. Algunos chicos deben haber estado cavando un túnel. ¡Es peligroso! Se hundirá sobre ellos, o alguien se caerá dentro y se lastimará.

Volvió a su casa, trajo una pala y tapó el hoyo.

-Manny - dijo a su hijo menor -, tú no has estado cavando en el huerto, ¿verdad?

-¡Ahá! - contestó Manny.

-Bien. ¿Sabes quién fue?

-¡Ahá! -contestó Manny.

-Bien, alguien cavó un hoyo profundo allí afuera. Es peligroso. Di a los muchachos que no caven o se hundirán.

Vino la obscuridad y Tularecito emergió del matorral para cavar de nuevo su hoyo. Cuando lo encontró relleno, gruñó salvajemente, pero después cambió de idea y se rió.

-Estuvieron aquí - dijo alegremente-. No sabían quién era y se asustaron. Rellenaron el hoyo como los topos. Esta vez me esconderé, y cuando vengan a llenar el agujero, les diré quién soy. Entonces me acogerán.

Y Tularecito abrió el hoyo, y lo ahondó mucho más que antes, porque la mayor parte de la tierra estaba blanda. Antes de amanecer, se retiró al matorral, en el borde del huerto, y se tendió en el suelo para observar.

Bert Munroe salió antes del desayuno a fin de mirar su trampa otra vez. Y otra vez descubrió el hoyo abierto.

-¡Diablillos! -gritó-. Insisten, ¿eh? Apuesto a que Manny está metido en esto, después de todo.

Inspeccionó el hoyo durante un momento y luego, con el filo del pie, empezó a tirar tierra dentro. Un salvaje gruñido le hizo girar sobre sí mismo. Tularecito venía al ataque, saltando como una rana sobre sus largas piernas y blandiendo su pala como un garrote.

Cuando Jimmie llegó con el propósito de llamar a su padre para el desayuno, lo encontró tendido sobre el montón de barro. Sangraba por la boca y la frente. Paladas de tierra salían volando del foso.

Jimmie creyó que alguien había matado a su padre y se disponía a enterrarlo. Corrió a su casa con un frenesí de terror, y por teléfono llamó a una partida de vecinos.

Media docena de hombres se inclinaron junto al foso. Tularecito luchó como un león herido, y resistió hasta que lo golpearon en la cabeza con su propia pala. Luego lo ataron y condujeron a la cárcel.

En Salinas, una junta médica examinó al muchacho. Cuando los médicos le formularon preguntas, les sonrió dulcemente y no contestó. Flanklin Gómez manifestó a la junta lo que sabía y pidió su custodia.

-Realmente no podemos, Mr. Gómez - manifestó finalmente el juez -. Usted dice que es un buen muchacho. Ayer, sin embargo, trató de matar a un hombre. Debe comprender que no podemos dejarlo en libertad. Tarde o temprano conseguirá matar a alguien.

Tras breve deliberación, la junta internó a Tularecito en el asilo para locos criminales de Napa.

CAPITULO V

Helen Van Deventer era una mujer alta, de cara afilada y fina, y ojos trágicos. Una fuerte experiencia de tragedia atravesaba su vida. A los quince años parecía una viuda, después que envenenaron a su gatito de Persia. Llevó luto por él durante seis meses, no pomposamente, sino en voz baja y de una manera apacible. Cuando murió su padre, al final de los seis meses del gatito, el luto continuó ininterrumpido. Por lo visto le hacía falta tragedia, y la vida se la había concedido pródigamente.

A los veinticinco años se casó con Hubert Van Deventer, un cazador coloradote que pasaba seis meses cada año tratando de matar una u otra clase de animales. Tres meses después de la boda se mató a sí mismo cuando un enredado zarzal le echó una zancadilla. Mientras yacía agonizante, bajo un árbol, uno de sus compañeros le preguntó si quería dejar algún mensaje para su esposa.

- Sí - dijo Hubert -. Dile que me entierre en la biblioteca, entre el anta macho y el carnero.

Helen Van Deventer clausuró la sala de los trofeos. Desde entonces la biblioteca se consagró al espíritu de Hubert. Las cortinas permanecieron corridas. Cualquiera que sintiese la necesidad de hablar en la sala lo hacía suavemente. Helen no lloró, pues no estaba en su naturaleza llorar, pero sus ojos se agrandaron, y miraba fijamente, con la mirada vacía del que viaja por otros tiempos. Hubert le había dejado la casa sobre Russian Hill, en San Francisco, y una fortuna bastante espléndida.

Su hija Hilda, nacida seis meses después que muriera Hubert, era una linda chiquilla, con aspecto de muñeca y los grandes ojos de su madre. Hilda nunca se encontraba bien; contraía todas las enfermedades infantiles con asombrosa facilidad. Su genio, que al principio se agotaba en gritos, se volvió destructivo apenas pudo moverse por todos lados. Destrozaba toda cosa rompible que apareciera ante ella. Helen Van Deventer la apaciguaba y acariciaba, solamente logrando, por lo general, aumentar su mal humor.

Cuando Hilda cumplió seis años, el Dr. Phillips, médico de la familia, dijo a Mrs. Van Deventer lo que ella había sospechado durante largo tiempo.

-Usted debe comprenderlo - dijo-. Hilda no está bien de la cabeza. Le aconsejo que la lleve a un psiquiatra.

Los obscuros ojos de la madre se dilataron de pena.

-¿Está seguro, doctor?

-No soy un especialista. Tendrá que llevarla a alguien que sepa más que yo.

Helen apartó su vista.

-Así lo he pensado yo también, doctor, pero no puedo llevarla a otra persona. Usted nos ha atendido siempre. Yo le conozco. Jamás estaría segura con otra persona.

-¿Qué quiere decir con «segura»? - estalló el Dr. Phillips -. ¿No sabe que es posible curarla si la asistimos en seguida?

Las manos de Helen se alzaron un poco y luego cayeron, faltas de esperanza.

-Nunca se curará, doctor. Nació antes de tiempo. La muerte de su padre... fue demasiado para mí. No tuve la fuerza para dar a luz una niña perfecta, ya ve.

-Entonces, ¿qué piensa hacer? Su idea es absurda, si me permite decírselo.

-¿Qué hay que hacer, doctor? Puedo aguardar y confiar. Sé que puedo resistir esto hasta el fin, pero no puedo llevarla a otra persona. Sólo la vigilaré y cuidaré. Tal parece ser mi vida. -Sonrió muy tristemente y sus manos volvieron a alzarse.

-Me parece que usted misma se abruma de cargas - dijo el médico, impertinentemente.

-Tomamos lo que nos dan. Yo puedo soportarlo. Estoy segura de ello, y estoy orgullosa. Ninguna suma de tragedia puede quebrar mi resistencia. Pero hay una cosa que no he de tolerar, doctor. A Hilda no me la pueden quitar. La conservaré conmigo, y usted vendrá como siempre, pero nadie más debe inmiscuirse.

Librodot

El Dr. Phillips abandonó la casa disgustado. El innecesario sufrimiento de la mujer lo sacaba siempre de quicio.

-Si yo fuera el destino - musitó -, estaría tentado de aplastar su plácida resistencia, también.

No transcurrió mucho tiempo antes de que una serie de visiones y sueños comenzaran a asaltar a Hilda. Terribles criaturas de la noche, con garras y dientes, trataban de matarla y rechinaban los dientes en su odio. Y Helen Van Deventer aceptó las visiones como nuevas personalidades que venían a probarla.

-Vino un tigre y tiró de las cobijas - gritaba Hilda por la mañana.

-No debiste dejar que te asustara, querida.

-Pero trató de desgarrar la frazada con sus dientes, mamá.

Comenzó a quedarse sentada al lado de la cama de la niña hasta el amanecer. Sus ojos se tornaron más brillantes y febriles por la frenética resistencia de su espíritu.

Una cosa la incomodaba más que los sueños. Hilda había empezado a decir mentiras.

-Esta mañana salí al jardín, mamá. Un viejo estaba sentado en la calle. Me pidió que fuera a su casa, y fui. Tenía un gran elefante de oro, y me permitió montar en él-. Los ojos de la niña se perdían en la lejanía mientras inventaba el relato.

-No digas esas cosas, vidita - rogaba su madre -. Tú sabes que no hiciste nada de eso.

-Pero sí, mamá. Y el viejo me regaló un reloj. Te lo mostraré. Aquí está.

Y enseñó un reloj de pulsera adornado con diamantes. Las manos de Helen temblaron de terror al tomar el reloj. Durante un segundo, su rostro perdió su aire de resistencia, para dar paso al de la cólera.

-¿Dónde lo conseguiste, Hilda?

-El viejo me lo regaló, mamá.

-No..., ¡dime dónde lo hallaste! ¿Tú lo hallaste, verdad?

-El viejo me lo regaló.

En el reverso del reloj había un monograma grabado, iniciales desconocidas para Helen. Miró fija e impotentemente las letras grabadas.

-Mamá se encargará de esto - dijo severamente. Aquella noche se deslizó hasta el jardín y ocultó el reloj en la tierra, muy hondo. Aquella misma semana ordenó construir una alta verja de hierro alrededor del jardín e Hilda no volvió a salir sola después de aquello.

Cuando tenía trece años, Hilda se escapó y desapareció. Helen contrató detectives privados para encontrarla; pero al cabo de cuatro días un agente de policía descubrió a Hilda durmiendo en una abandonada oficina de bienes raíces de la comarca, en Los Ángeles. Helen recogió a su hija en la comisaría.

-¿Por qué huíste, mi vida? - preguntó.

-Porque quería tocar el piano.

-Pero tenemos uno en casa. ¿Por qué no tocaste allí?

-¡Oh, yo quena tocar en los otros, los altos!

Helen tomó a Hilda en su regazo y la abrazó estrechamente.

-¿Y qué hiciste después, querida?

-Estaba afuera, en la calle, y un hombre me pidió que pagara en coche con él. Me regaló cinco dólares. Luego encontré algunos gitanos, y me fui a vivir con ellos. Me nombraron reina. Luego me casaron con un joven gitano, e íbamos a tener un bebé, pero me cansé y me escapé. Luego, un agente de policía me llevó.

-Vidita, pobre vidita - dijo Helen-. Tú sabes que eso no es cierto. Nada de ello es cierto.

-Pero sí que lo es, mamá.

Helen llamó al doctor Phillips:

-Dice que se casó con un gitano. ¿Usted cree,.., de veras; cree que haya podido hacerlo? Yo no lo podría resistir.

El doctor miró cuidadosamente a la niña. Al terminar su examen, casi habló con rencor.

-Le he dicho que debe pasar a manos de un especialista. - Se acercó a la niña-. ¿Ha estado recientemente en tu alcoba la vieja mala, Hilda?

Las manos de Hilda se crisparon:

-Anoche vino con un mono, un mono enorme. Trató de morderme.

-Bien, recuerda que no puede herirte nunca porque yo te cuido. Esa vieja me teme. Si vuelve, dile sólo que te atiendo yo y verás cuan rápidamente huye.

La niña sonrió, cansada:

-¿El mono también huirá?

-Naturalmente, y mientras pienso en ello, aquí tienes una cañita dulce para tu hijo. - Sacó una barrita de menta rayada -. Dale esto mejor a Babette, ¿no es ése su nombre?

Hilda arrebató el caramelo y salió corriendo del cuarto.

-Bueno - dijo el médico a Helen -, me falta conocimiento y experiencia, pero algo conozco de esto. Hilda se pondrá muchísimo peor. Está llegando a su madurez. El período del cambio, con su concomitante desborde emocional, intensifica invariablemente el trastorno mental. No puedo decir lo que sucederá. Tal vez se vuelva homicida o huya con el primer hombre que vea. Si usted no la pone en manos expertas, si no la hace vigilar cuidadosamente, quizá ocurra algo que usted lamentaría siempre. Esta última escapada es sólo un anuncio. Sencillamente, esto no puede seguir así. No es justo...

Helen se hallaba rígidamente sentada ante él. En su semblante se reflejaba esa resistencia que tanto enfurecía al médico.

-¿Qué me aconseja? - preguntó secamente.

-Un hospital de alienados - dijo él, y le encantó que su réplica fuera brutal.

La cara de ella se contrajo. Su resistencia se hizo más tensa.

-No lo haré - exclamó-. Es mía, y soy responsable de ella. Me quedaré con ella, doctor. No la perderé de vista, pero no la enviaré fuera.

-Usted sabe ya las consecuencias - dijo él, ásperamente.

Luego lo anonadó la imposibilidad de razonar con esta mujer.

-Helen, hace años que soy su amigo. ¿Por qué tiene usted que llevar esta carga de miseria y peligro sobre sus espaldas?

-Puedo soportar cualquier cosa, pero no puedo enviarla fuera.

-A usted le gusta el cilicio - refunfuñó-. Su pena es un placer. No abandonará ni una pizca de su tragedia. -Se puso furioso-. Helen, todos los hombres, tarde o temprano, desean golpear a una mujer. Yo, que soy un hombre, ahora mismo deseo golpearle la cara con mis puños.

* * *

Miró en el fondo de sus obscuros ojos y vio que sólo había dejado un nuevo sufrimiento en ella; sólo la había cargado de una nueva preocupación. Al fin dijo:

- Me retiro. No me llame más. ¡Sí!... comienzo a odiarla.

El pueblo de Las Praderas del Cielo supo con sobresalto y resentimiento que una mujer rica venía a vivir al valle. Vieron camiones cargados de troncos y maderas aserradas subiendo Christmas Canyon, y se rieron un poco desdeñosamente ante el gasto de acarrear leños para construir una cabaña. Bert Munroe anduvo Christmas Canyon arriba, y durante medio día contempló a los carpinteros construyendo una casa.

-Va a ser muy bonita - informó en el Almacén General-. Todos los troncos son perfectos, y, ¡qué les parece!, ya tienen jardineros trabajando. Traen grandes plantas y árboles en flor y los plantan en el suelo. Esta Mrs. Van Deventer debe ser muy rica.

-Seguro que dispone bien las cosas - coincidió Pat Humbert -. La gente rica dispone bien sus cosas.

-Y escuchen esto - continuó Bert-. No es propio de una mujer. Adivinen qué pusieron en algunas ventanas.., ¡rejas! No rejas de hierro, sino unas grandes y gruesas rejas de roble. Barrunto que a la vieja la espantan los coyotes.

-Me pregunto si traerá un montón de sirvientes. - T. B. Allen habló esperanzadamente-; pero supongo que ha de comprar sus cosas en el pueblo. A todas las personas les gusta comprar sus cosas en el pueblo.

Cuando la casa y el jardín estuvieron terminados, Helen Van Deventer e Hilda, una cocinera china y un criado filipino se dirigieron a Christmas Canyon. Era una hermosa casa de troncos. Los carpinteros habían curado los troncos con ácidos y los jardineros habían conseguido que aquello pareciera un jardín antiguo. Dejaron laureles y robles en el prado, y debajo de ellos crecían cinerarias púrpuras, blancas y azules. Los senderos se circundaron de lobelias de un azul increíble.

La cocinera y el criado corrieron a sus puestos, pero Heleí tomó a Hilda del brazo y caminó por el jardín durante un rato.

-¿No es hermoso? - exclamó Helen. Su rostro había perdido algo de su resistencia-. Querida, ¿no crees que es hermoso vivir aquí?

Hilda arrancó una cineraria y azotó el tronco de un roble, diciendo:

-Me gusta más vivir en casa.

-¿Pero por qué, querida? No teníamos flores tan lindas, y había árboles grandes. Aquí podremos pasear por los cerros todos los días.

-Me gustaba más vivir en casa.

- ¿Pero por qué, querida?

-Pues todos mis amigos estaban allí. Podía mirar a través de la verja y ver pasar a la gente.

-Te gustará más aquí, Hilda, cuando te acostumbres.

-No, no me gustará. Nunca me gustará vivir aquí, nunca.

Hilda se echó a llorar, y luego, sin transición, gritó de rabia. De repente recogió un palo del suelo y golpeó a su madre en el pecho. Silenciosamente acudió el criado y por detrás maniató los brazos a la niña, llevándola luego a la casa, mientras ella chillaba y pataleaba.

En el cuarto que le habían destinado, Helen destrozó metódicamente los muebles. Cortó a cuchilladas los almohadones y esparció las plumas alrededor de la habitación. Por último rompió los cristales de las ventanas, golpeó las rejas de roble y chilló de rabia. Helen sentóse en su habitación, apretados los labios. Una vez incorporóse súbitamente como para ir al cuarto de Hilda, y luego dejóse caer de nuevo en la silla. Durante un momento la muda paciencia estuvo a punto de agotarse, pero instantáneamente se instaló más firmemente que nunca, y los chillidos provenientes de la habitación de Hilda no surtieron efecto. El criado se deslizó en la alcoba.

-¿Cierro las persianas, Missie?

-No, Joe; estamos bastante lejos de todo el mundo. Nadie puede oír.

Bert Munroe vio pasar el automóvil que llevaba a los nuevos vecinos a Christmas Canyon, a la cabaña de troncos.

-Será muy duro para una mujer organizarse sola - dijo a su esposa -. Creo que debo subir y ver si necesita algo.

-Eres muy curioso - dijo su esposa, zumbonamente.

-No es eso; pero no iré si lo juzgas mejor.

-Bromeaba, eso es todo, Bert - protestó-. Pienso que sería una fina cortesía de vecino. Después procuraré que Mrs. Whiteside vaya a visitarla conmigo. Ése es el modo de obrar. Pero tú corre ahora a ver cómo les va.

Él empezó a caminar a lo largo del agradable arroyo que cantaba al fondo del Christmas Canyon. «No es lugar para el cultivo - pensaba -, pero sí un bonito lugar para vivir. Yo podría estar viviendo en un sitio como éste: simplemente viviendo... si el armisticio no se

hubiese producido cuando se produjo.» Como de costumbre, se sintió avergonzado de desear que la guerra hubiese continuado durante cierto tiempo.

Los gritos de Hilda llegaron a sus oídos cuando se hallaba todavía a un cuarto de milla de la casa. Pensó: «¡Qué diablos! Parece como si estuvieran matando a alguien». Se dio prisa por el camino para averiguar.

La ventana enrejada de Hilda daba al sendero que conducía a la entrada delantera de la casa. Bert vio a la niña pegada a las rejas, con los ojos enardecidos de rabia y de miedo.

-Hola- dijo-. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te tienen encerrada?

Los ojos de Hilda se contrajeron.

-Me matan de hambre - dijo -. Quieren que me muera.

-¡Qué tontería! - contestó Bert-. ¿Por qué van a querer que te mueras?

-¡Oh! Se trata de mi dinero - le confió ella-. No pueden recibir mi dinero hasta que me muera.

-¡Vamos, si no eres más que una niña!

-No lo soy -dijo Helen, enfadada-. Soy una mujer grande y crecida. Parezco chica porque me matan de hambre y me pegan.

La cara de Bert se obscureció.

-Bueno, ¡averiguaré eso!

-¡Oh! No se lo cuente. Ayúdeme a salir de aquí y conseguiré mi dinero y me casaré con usted.

Por vez primera, Bert comenzó a sospechar cuál era el mal.

- Claro que te ayudaré - dijo consoladoramente-. Espera un ratito tan sólo y te ayudaré a salir.

Anduvo hasta la entrada delantera y golpeó a la puerta. En seguida se abrió una rendija; los ojos estólidos del criado miraron hacia fuera.

-¿Puedo ver a la señora de la casa? - preguntó Bert.

-No - dijo el muchacho, y cerró la puerta.

Durante un instante, Bert se sonrojó de vergüenza ante el desaire, pero después golpeó coléricamente. De nuevo la puerta se abrió dos pulgadas, y los negros ojos miraron hacia fuera.

-Le digo que tengo que ver a la señora de la casa. Tengo que verla a causa de la niña que está encerrada.

-Señora muy enferma. Lamentar mucho - dijo el muchacho. Y volvió a cerrar la puerta.

Esta vez Bert oyó echar el pestillo. Y se alejó a grandes pasos senda abajo. «Naturalmente, le diré a mi mujer que no los visite - se dijo -. Una chica loca y un sirviente piojoso. ¡Ya pueden irse al diablo!»

Helen llamó desde su alcoba.

-¿Quién era, Joe?

El muchacho permaneció en el vano de la puerta.

-Venir un hombre. Decir que tenía que verla. Le digo usted enferma.

-Muy bien. ¿Quién era? ¿Dijo por qué quería verme?

-No sé quién. Decir que tenía que verla por Missie Hilda.

Súbitamente, Helen se acercó a él. Su cara demostraba su disgusto.

-¿Qué quería? ¿Quién era?

-No sé, Missie.

-Y lo despediste. Te tomas demasiadas libertades. Ahora vete de aquí.

Se dejó caer en la silla y se cubrió los ojos.

-Está bien, Missie.

Joe se retiró lentamente.

-¡Oh, Joe, vuelve!

Estaba de pie junto a la silla antes de que ella volviera a abrir los ojos.

Librodot

-Perdóname, Joe. No sabía lo que decía. Obraste bien. Te quedarás conmigo, ¿verdad?

-Sí, Missie.

Helen se levantó y se dirigió agitadamente hacia la ventana Luego dijo:

-No sé qué me pasa hoy. ¿Está bien Miss Hilda?

-Sí, Missie, tranquila ahora.

-Bueno, enciende la chimenea de la sala, ¿quieres?, y más tarde tráela.

En su diseño para la sala de la cabaña, Helen sintió que había creado una especie de monumento a su marido. Había logrado que se pareciera lo más posible a un pabellón de caza. Era una habitación inmensa, con paneles y vigas de pino. A intervalos, las cabezas de diversas clases de ciervos mostraban sus narices inquisitivas. Un lado del cuarto aparecía dominado por una gran chimenea de guijarros sobre la cual colgaba una desgarrada bandera de combate francesa que Hubert había recogido en algún sitio. En una caja chapada y con tapa de cristal se alineaban en espeteras todas las armas de Hubert. Helen sintió que no perdería por completo a su marido en tanto tuviera un cuar como éste para sentarse.

En la sala de Russian Hill había realizado un sueño que le era grato. Deseaba continuarlo aquí, en la nueva casa. El sueño se había casi materializado mediante un ritual. Helen se sentaba ante el fuego y entrelazaba las manos. Luego miraba largo rato cada uno de los trofeos exhibidos, repitiendo para cada uno: «Hubert lo manipuló», y por fin el sueño llegaba. Casi lo veía ante ella. En su mente repasaba la forma de sus manos, la estrechez de sus caderas y la longitud y rectitud de sus piernas. Después de un instante, recordaba cómo decía las palabras, dónde caían sus acentos, la manera cómo su cara parecía brillar y enrojecer cuando se entusiasmaba. Helen recordaba la manera cómo llevaba sus invitados de uno a otro trofeo. Frente a cada uno, Hubert se mecía sobre sus talones y cruzaba los brazos detrás de la espalda mientras refería la muerte del animal hasta los más mínimos detalles.

«La luna no estaba muy bien y no se encontraba rastro alguno en ningún lugar. Fred (Fred era el guía) decía que no teníamos posibilidad de conseguir nada. Recuerdo que aquella mañana se había acabado el tocino. Pero, ¿saben?, tuve simplemente la sensación de que debíamos salir para echar un vistazo.»

Helen podía oírle contar todavía las tontas e insubstanciales historias que invariablemente terminaban así:

«Bueno, la distancia era demasiado grande y desde la izquierda soplaba un viento diabólico, pero yo hice puntería, y pensé: "Bueno, aquí no pasa nada, y maldito sea si no le he cazado". Naturalmente, no fue más que suerte».

Hubert no quería realmente que sus oyentes creyeran que no había sido más que suerte, Aquello era una humilde pose de deportista. Helen lo recordaba, preguntándose por qué a un deportista no se le permitía reconocer y proclamar sus éxitos.

Pero así transcurría el año. Ella lo imaginaba con tanta fuerza que él se posesionaba de la habitación y la llenaba con la surgiente vitalidad del gran cazador. Entonces, cuando había completado el sueño, lo destruía. El timbre de la puerta parecía poseer un tono particularmente doloroso. Helen recordaba las caras de los hombres, tristes y turbadas, mientras le relataban el accidente. El sueño siempre cesaba cuando ellos llegaban con el cadáver hasta los escalones del frente. Una enceguecedora ola de tristeza invadía su pecho, y se hundía más en la silla.

De esta manera mantenía a su esposo vivo, negándose tenazmente a dejar que su imagen se obscureciera en su memoria. Sólo había gozado de su matrimonio durante tres meses. ¡Sólo tres meses! Se resignó a un sentimiento de desesperanzada melancolía. Sabía que alentaba este sentimiento, pero suponía que era un derecho de Hubert, una especie de homenaje que debía tributársele. Debía resistir la tristeza, pero no tratando de rehuirla.

Helen había ansiado esta primera noche en su casa nueva. Con los leños chisporroteando en el hogar y la luz brillando en los ojos de vidrio de las cabezas de los animales, intentó darle en su sueño la bienvenida a la casa nueva.

Joe volvió a entrar en la habitación.

-Fuego listo, Missie. ¿Yo llamo a Missie Hilda ahora?

Helen echó un vistazo por la ventana. El crepúsculo descendía de las cumbres de los cerros. Unos cuantos murciélagos rondaban nerviosamente describiendo curvas. Las codornices se llamaban unas a otras mientras iban al agua, y allá abajo, en el desfiladero, las vacas mugían al dirigirse a los cobertizos de ordeñar. Un cambio ganaba insensiblemente a Helen. Se llenó de una nueva impresión de paz; se sintió protegida y armada contra las tragedias que la habían acosado durante tanto tiempo. Extendió sus brazos hacia fuera y hacia atrás, y suspiró agradablemente. Joe esperaba todavía en el umbral.

-¿Qué? - dijo Helen -. ¿Miss Hilda? No, no la traigas todavía. La cena debe estar lista ya. Si Hilda no quiere salir para cenar, la veré después.

No quería ver a Hilda. Esta nueva y deliciosa quietud se quebraría si la veía. Quería permanecer sentada en la extraña luminosidad del crepúsculo, permanecer sentada escuchando a las codornices que se llamaban unas a otras mientras bajaban de las laderas arboladas para beber antes de que cayera la noche. Helen se echó sobre los hombros un chai de seda y salió al jardín. La paz parecía venir descendiendo precipitadamente de las laderas y la envolvía. En un macizo de flores vio un conejito gris de cola blanca, y el verlo la hizo estremecerse de placer. El conejo volvió la cabeza y la miró durante un momento; luego siguió mordisqueando las nuevas plantas. Repentinamente Helen se sintió tontamente feliz. Iba a suceder algo exquisito y excitante, algo delicioso. En su repentina alegría le habló al conejo: «Sigue comiendo, puedes apropiarte de las viejas flores. Mañana plantaré coles para ti. Te gustaría eso, ¿verdad, Peter? Tú sabes, Peter, ¿tu nombre es Peter? Soy tonta: todos los conejos se llaman Peter. De todos modos, Peter, no he anhelado nada durante una eternidad. ¿No es gracioso eso? ¿O es triste? Pero ahora anhelo algo. Estoy a punto de estallar de expectación. Y no sé qué puede ser ese algo. ¿No es tonto eso, Peter?» Continuó paseando y agitó su mano como saludando al conejo. «Yo creía que las cinerarias serían más agradables para comer», dijo.

El canto del agua la impulsó a bajar hacia el sendero, hacia el lado del arroyo. Mientras se aproximaba a la orilla, una multitud de codornices se deslizó rápidamente hacia el matorral con balbucientes gritos de alarma. Helen se avergonzó de haberlas asustado. «¡Volved! - llamó-. No dispararé contra vosotras. El conejo no se asustó de mí. Caramba, no podría disparar aunque quisiera.» De pronto recordó cómo Hubert la había llevado al campo para enseñarle a disparar una escopeta. Él se había vuelto religiosamente solemne mientras le enseñaba a sostener el arma y a apuntar con ambos ojos bien abiertos. «Ahora echaré al aire una lata - dijo-. No quiero que nunca dispares a un blanco inmóvil... nunca. El que dispara contra un ave en reposo es un mal deportista.» Ella había hecho fuego salvajemente sobre la lata volante hasta que su hombro estuvo rígido, y cuando regresaban, él la acarició. «Pasará mucho tiempo antes de que puedas abatir una codorniz-dijo-. Pero dentro de poco tiempo serás capaz de disparar sobre un conejo.» Entonces ella pensó en las ristras de codornices que él traía a casa con racimos de pájaros colgados de sus pescuezos. «Cuando se caen de las cuerdas, es que ya han estado colgadas lo suficiente para poder comerlas», explicó solemnemente. De golpe Helen se dio cuenta de que no deseaba pensar más en Hubert. La retrospección había casi anulado su sensación de paz.

Estaba casi obscuro. La noche era dulce gracias al aroma de la salvia. Oyó a la cocinera agitando en la cocina la campa, nilla que ella había comprado para anunciar la cena. Helen se ajustó el chal, temblando, y entró.

En el comedor se encontró frente a frente con su hija. Todos los indicios de furor de la tarde habían desaparecido del semblante de Hilda; parecía feliz y satisfecha de sí misma.

-Te encuentras mejor, querida, ¿no es cierto? - exclamó Helen.

-Oh, sí.

Helen dio la vuelta a la mesa y la besó en la frente. Luego, durante un instante, abrazó convulsivamente a Hilda.

-Cuando veas qué hermoso es este lugar, te gustará. Yo sé que te gustará.

Hilda no contestó, pero sus ojos se volvieron astutos.

-Te gustará, ¿verdad, mi vida? - insistió Helen mientras volvía a su sitio.

Hilda se mostraba misteriosa.

-Bueno, quizá me guste. Quizá será preciso que me guste.

-¿Qué quieres decir, querida?

-Quizá no estaré aquí mucho tiempo.

-¿No estarás aquí mucho tiempo?

Helen miró rápidamente al otro lado de la mesa. Evidentemente, Hilda trataba de mantener alguna especie de secreto, pero era demasiado resbaladizo.

-Quizá huya y me case.

Helen se recostó en la silla y sonrió.

-Oh, comprendo. Claro, claro. Sin embargo, sería mejor esperar unos años. ¿Quién es esta vez, querida? ¿El príncipe, de nuevo?

-No, no es el príncipe. Es un hombre pobre, pero le amaré.

Hoy hicimos todos nuestros planes. Creo que vendrá por mí.

Algo se agitó en la memoria de Helen.

-¿Es el hombre que vino a casa esta tarde?

Hilda se levantó de la mesa.

-No te diré nada más - gritó-. No tienes derecho a preguntarme. Espera un ratito... te demostraré que no tengo que quedarme en esta vieja casa.

Salió corriendo de la habitación y cerró estrepitosamente la puerta de su dormitorio tras de sí.

Helen tocó el timbre, llamando al criado.

-Joe, ¿qué dijo exactamente el hombre que vino hoy?

- Decir que debía verla por la niñita.

-Bien, ¿qué clase de hombre era?... ¿De qué edad?

-No viejo, Missie, no joven. Tal vez cincuenta años, supongo.

Helen suspiró. Era simplemente otra de las historias, de los pequeños dramas que Hilda entretejía y contaba. Y eran tan reales para ella, pobre chiquilla. Helen comió lentamente; después, ya en la sala, se sentó delante del fuego agitando perezosamente las brasas de los chisporroteantes leños. Apagó todas las luces. El fuego se reflejaba en los ojos de las cabezas disecadas de las paredes, y la antigua costumbre de Helen se afirmó de nuevo. Se halló a sí misma imaginando qué parecían las manos de Hubert, la estrechez de sus caderas, la esbeltez de sus piernas. Y entonces realizó un descubrimiento: cuando su mente abandonó las manos, éstas desaparecieron. No estaba reconstruyendo la figura de su esposo. Se había marchado, marchado por completo. Por vez primera durante largos años, Helen se tocó la cara y gritó, pues la paz había vuelto, y junto con ella una deslumbradora esperanza. Secó sus ojos y recorrió lentamente la habitación, sonriendo a las cabezas con los ojos fortuitos de un extraño que no supiera cómo había muerto cada animal. La habitación parecía distinta y se la sentía diferente. Maniobró los cerrojos de las amplias ventanas y las abrió de par en par a la noche. El viento nocturno penetró suspirando y bañó los desnudos hombros de Helen con el aire fresco de su paz. Se asomó a la ventana y escuchó. Una serie de rumores venían del jardín y del cerro, desde más allá del jardín. «Esto está sencillamente pletórico de vida - pensó -. Sencillamente estallando de vida.» Gradualmente, mientras escuchaba, oyó un sonido estridente que procedía del otro lado de la casa. «Si hubiera castores, sería un castor carcomiendo un árbol. Tal vez sea un puercoespín destruyendo los cimientos. He oído hablar de esto. Pero tampoco hay puercoespines aquí.» Hubo vibraciones en la casa misma. «Debe de ser algo que roe los leños», se dijo. Entonces se produjo un pequeño estampido. El ruido cesó. Helen salió penosamente. Bajó de prisa por un pasadizo y se detuvo delante de la puerta del cuarto de Hilda. Con sus manos en el pestillo exterior llamó: -¿Estás bien, mi vida?

No hubo respuesta. Helen soltó el pestillo silenciosamente y entró en la habitación. Una de las rejas de roble aparecía cortada: Hilda se había ido.

Durante un momento, Helen permaneció rígida en la ventana abierta, mirando ávidamente hacia la noche gris. Luego su cara palideció y sus labios se inmovilizaron. Sus movimientos eran mecánicos cuando volvió sobre sus pasos hacia la sala. Se encaramó en una silla, abrió la cerradura de la caja de armas y sacó una escopeta.

* * *

El Dr. Phillips estaba sentado junto a Helen Van Deventer en la oficina del *sheriff*. Tuvo que presentarse como médico de la niña, naturalmente, pero pensando también en que así podía evitar que Helen sintiera miedo. Ella no parecía atemorizada. En su luto riguroso, casi salvaje, parecía tan paciente como una piedra desgastada por el mar.

- ¿Y usted lo esperaba? - decía el *sheriff*-. ¿Creyó que podía ocurrir aquello?

El Dr. Phillips miró inquietamente a Helen y aclaró su garganta.

-Era mi paciente desde que nació. En un caso como éste, podía suicidarse o matarse involuntariamente, según las circunstancias. También podía haber seguido viviendo inocentemente sin dar ningún paso violento. Era imposible prever, como usted comprende.

El detective firmaba papeles.

-Fue demasiado brutal para que ella lo hiciera. Desde luego, la chica estaba loca, y no hay razón para examinar sus motivos, que pudieron haber sido cosas insignificantes. Pero actuó de una manera horrible. Nunca lo supo, sin embargo. Su cabeza estaba en el arroyo y el arma a su lado. Ordenaré un veredicto de suicidio. Lamento tener que hablar así en su presencia, Mrs. Van Deventer. El encontrarla así debe haber sido un golpe terrible para usted.

El doctor ayudó a Helen a bajar la escalera del edificio del juzgado.

-No se ponga de ese modo - exclamó-. Está como si marchara a una ejecución. Es mejor así, le digo. No debe sufrir tanto.

Ella no le miró.

-Ahora lo sé. Esta vez sé lo que la vida espera de mí -dijo suavemente-. Ahora sé lo que siempre he sospechado. Y poseo la fuerza para resistir, doctor. No se preocupe por mí.

CAPÍTULO VI

Junius Maltby era un joven bajo, de buena y culta familia y educación decente. Cuando su padre murió arruinado, Junius se halló férreamente atornillado a un empleo de escritorio, contra el cual luchó débilmente durante diez años.

Después del trabajo, Junius se retiraba a su piso, acariciaba los cojines de su silla Morris y pasaba la noche leyendo. Los ensayos de Stevenson le parecían las mejores cosas escritas en inglés; leyó *Viajes con una borrica* muchas veces.

Una noche, poco después de cumplir treinta y cinco años, Junius se desmayó en la escalera de su pensión. Cuando recuperó el sentido, notó por vez primera que su respiración era difícil e insuficiente. Se preguntó cuánto tiempo había estado así. El médico a quien consultó fue amable y hasta optimista.

-Usted no está, de ningún modo, tan mal que no pueda llegar a restablecerse - dijo -. Pero, realmente, debe llenar de ain sus pulmones fuera de San Francisco. Si se queda aquí, con niebla, no vivirá usted ni un año. Trasládese a un clima cálido y seco.

Su enfermedad llenó de placer a Junius, pues le cortaba las amarras que había sido incapaz de romper por sí mismo. Tenía quinientos dólares, no porque hubiera ahorrado dinero alguna vez, sino porque, simplemente, se había olvidado de gastarlo. «Con todo eso - pensó -, o sanaré y empezaré limpio y nuevo, moriré, y asunto concluido.»

Un compañero de oficina le habló del cálido y resguardado valle, Las Praderas del Cielo, y Junius se marchó allí inmediatamente. El nombre le agradó. «O es un presagio de que voy a vivir - pensó -, o es un lindo substituto simbólico de la muerte.» Sintió que el nombre significaba algo personal, y se alegró mucho, porque durante diez años nada en el mundo le había parecido personal.

Había, en Las Praderas del Cielo, varias familias que ofrecían pensión. Junius examinó cada una de ellas y finalmente se fue a vivir a la granja de la viuda Quaker. Ella necesitaba el dinero, y, además, él podía dormir en un cobertizo separado de la casa. Mrs. Quaker tenía dos hijos pequeños y contaba con un peón para trabajar en la granja.

El clima seco obró satisfactoriamente en los pulmones de Junius. Antes del año cumplido su color fue bueno y había ganado peso. Estaba tranquilo y feliz en la granja, y, lo que le gustaba más, había arrojado de sí los diez años de la oficina y se había vuelto soberbiamente perezoso. El fino cabello rubio de Junius estaba ahora despeinado; llevaba los lentes bajos sobre su cuadrada nariz, ya que sus ojos se fortalecían así y el hábito de notarlos siempre allí hacía que los usara. Durante el día entero tenía siempre algún palito asomándole por la boca, costumbre que sólo los hombres más holgazanes y reflexivos adquieren. Esta convalecencia ocurrió en 1910.

En 1911, Mrs. Quaker comenzó a preocuparse por lo que los Vecinos decían. Cuando consideraba la complicación de tener un nombre soltero en su casa, se ponía turbada y nerviosa. Tan pronto como el restablecimiento de Junius pareció seguro, más allá de toda duda, la viuda confesó sus vacilaciones. Él la desposó, inmediata y alegremente. Ahora tenía un hogar y un dorado futuro, pues la flamante Mrs. Maltby era dueña de doscientos acres de laderas herbáceas y cinco acres de fondo de frutales y hortalizas. Junius envió por sus libros, su silla Morris con respaldo adaptable y su buena reproducción de *El Cardenal*, de Velázquez. El futuro era una tarde placentera y llena de sol para él.

Mrs. Maltby despidió pronto al peón y trató de poner al trabajo a su marido; pero tropezó con una resistencia tanto más sorprendente, cuanto que no presentaba ninguna superficie dura sobre la cual golpear. Durante su convalecencia, Junius había llegado a amar la pereza. Le gustaban el valle y la granja, pero le gustaban como eran; no quería plantar cosas nuevas, ni arrancar las viejas. Cuando Mrs. Maltby depositó un azadón en su mano y lo puso a trabajar en la huerta, lo encontró (nada extraño) horas más tarde bamboleando los pies en el arroyo del prado y leyendo su edición de bolsillo de *La Secuestrada*. Él se disculpó; no sabía cómo había sucedido aquello. Y ésa era la verdad.

Librodot

Al principio, ella lo regañaba constantemente por su pereza y por el barro de su traje, pero él desarrolló pronto la facultad de no escucharla nunca. Sería descortés, consideró, reparar en ella cuando no se comportaba como una dama. Sería como mirar fijamente a un lisiado. Y Mrs. Maltby, después de haber cañoneado su brumosa resistencia durante cierto tiempo, recurrió a las lamentaciones y a la indolencia.

Entre 1911 y 1917, los Maltby empobrecieron mucho. Junius, simplemente, no atendía la granja. Llegaron a vender unos cuantos acres de tierra de pastoreo a fin de obtener dinero para alimentos y ropas, y aun entonces no había nunca bastante para comer. La pobreza se sentó con las piernas cruzadas en la granja, y los Maltby empezaron a ir andrajosos. Nunca más tuvieron ropa nueva, pero Junius había descubierto los ensayos de David Grayon. Usaba mono con peto y se sentaba debajo de los sicómoros que flanqueaban el arroyo del prado. A veces leía *Aventuras de Satisfacción* a su esposa y a sus dos hijos.

A principios de 1917, Mrs. Maltby advirtió que iba a tener un niño, y a fines del mismo año la epidemia de gripe española atacó a la familia con gran dureza. Tal vez porque estaban desnutridos, los dos muchachos cayeron simultáneamente enfermos. Durante tres días la casa pareció llena hasta el tope de niños enrojecidos y calenturientos, cuyos dedos nerviosos se esforzaban por aferrarse a la vida por los hilos de las cobijas. Durante tres días lucharon débilmente, y al cuarto ambos murieron. Su madre no lo supo, pues estaba de parto, y las vecinas que habían ido a la casa para ayudarla no tuvieron el valor ni la crueldad de decírselo. La fiebre negra cayó sobre ella misma mientras sufría los dolores del parto y la mató antes de que llegara a ver a su hijo.

Las vecinas que la habían ayudado en el parto contaron, por todo el valle, que Junius Maltby leía libros al lado del arroyo mientras su mujer y sus hijos morían. Pero esto sólo era cierto en parte. Aquel día, él se había remojado los pies en el arroyo, porque no sabía que estaban enfermos, pero después de aquello anduvo errante y se encontró yendo indefinidamente de uno a otro de los niños agonizantes diciéndoles tonterías. Al mayor le contó cómo se hacían los diamantes. En la cabecera del otro explicó la belleza, la antigüedad y el simbolismo de la cruz svástica. Una vida se extinguió mientras él leía en voz alta el segundo capítulo de *La Isla del Tesoro*, y ni siquiera supo lo que había ocurrido hasta que terminó el capítulo y levantó la mirada. Durante aquellos días anduvo perplejo. Sacó las únicas cosas que tenía y se las ofreció, pero no ejercían influjo alguno sobre la muerte. Sabía de antemano que no lo ejercerían, y eso fue más terrible para él.

Cuando se llevaron los cadáveres, Junius volvió al arroyo y |eyó una página de *Viajes con una borrica*. Se rió entre dientes, inciertamente, a causa de la obstinación de *Modestina*. ¿Quién, si no Stevenson, podía haber llamado *Modestina* a una borrica?

Una de las vecinas lo hizo entrar en su casa y lo insultó tan violentamente que él se desconcertó y no la escuchó. Ella se colocó las manos en las caderas y lo miró penetrantemente, con desprecio. Luego le entregó su hijo recién nacido, un varón, y lo dejó en sus brazos. Cuando lo volvió a mirar desde la puerta estaba en pie con el pequeño bruto aullante en los brazos. No veía ningún lugar para depositarlo, de modo que lo sostuvo así durante largo rato.

Las gentes del valle contaban muchas historias sobre Junius. A veces lo odiaban con la aversión que las personas laboriosas tienen por las perezosas, y a veces envidiaban su holgazanería; pero a menudo se compadecían de él. Nadie en el valle se dio cuenta nunca de que era feliz.

Contaban cómo, por consejo de un médico, Junius compró una cabra para que le diera leche para el chiquillo. No averiguó el sexo de su adquisición ni explicó por qué deseaba una cabra. Cuando llegó el animal, Junius lo miró por abajo, y muy seriamente preguntó:

-¿Es una cabra normal, ésta?

-Seguro - dijo el propietario.

-¿Pero no debería haber una ubre o algo parecido entre las dos patas traseras?... para la leche, quiero decir.

Las gentes del valle divulgaron la anécdota por todas partes. Más tarde, cuando se proveyó de una nueva cabra, Junius estuvo dos días sin poder extraer una sola gota de leche. Quería devolver la cabra por defectuosa, hasta que el propietario le enseñó a ordeñarla. Algunas personas proclamaron que sostenía al chico debajo de la cabra y dejaba que él mismo chupara la leche, per esto era falso. Las gentes del valle declararon que no sabían cómo llegó a criar al niño.

Un día Junius fue a Monterrey y contrató a un viejo alema para que le ayudara en la granja. Dio a su nuevo sirviente cinco dólares a cuenta, y nunca más le volvió a pagar. En dos semanas, al peón se le contagió tanto la pereza que no trabajó más que su patrono. Los dos se sentaban cerca de la finca, juntos, discutiendo cosas que les interesaban y les atormentaban los sesos: ¿Cómo aparece el color en las flores?... ¿Existe un arte de los símbolos en la naturaleza?,... ¿Dónde estaba situada la Atlántida? ¿Cómo enterraban los incas a sus muertos?...

Al llegar la primavera plantaban patatas, siempre demasiado tarde, y sin la envoltura de cenizas que sirve para no dejar entrar las cucarachas. Sembraban habas, maíz y guisantes, los vigilaban durante un tiempo, y luego los olvidaban. La cizaña cubrió todo el sembrado. No era cosa inusitada ver a Junius meterse en una perfecta espesura de malezas de malva y emerger exhibiendo un pálido pepino. Había dejado de usar zapatos porque le gustaba la sensación de la tierra cálida en sus pies, y porque no los tenía.

Por la tarde conversaba largamente con Jakob Stutz.

-Cuando los chicos murieron - decía-, creí que había alcanzado la cumbre del horror. Luego mientras lo pensaba, el horror se convirtió en dolor y el dolor degeneró en tristeza. Yo creo que no llegué a conocer a mi esposa ni a los chicos muy bien. Quizá estaban demasiado cerca de mí. Es una cosa extraña, este conocer. No es sino un aprendizaje de detalles. Hay mentes de visión larga y de visión corta. Nunca he sido capaz de ver las cosas más cercanas a mí. Por ejemplo, estoy mucho más enterado del Partenón que de mi propia casa. - Repentinamente el rostro de Junius pareció estremecerse de emoción, y sus ojos se abrillantaron de entusiasmo -. Jakob - dijo -, ¿ha visto usted alguna vez un cuadro del friso del Partenón?

-Sí, y es bueno, también - contestó Jakob.

Junius colocó una mano en la rodilla de su peón.

-Esos caballos - expresó-, esos encantadores caballos... destinados a una pradera celestial; esos jóvenes impulsivos y, s¡n embargo, dignos, partiendo hacia una increíble fiesta que se celebra justamente a la vuelta de la cornisa. Me pregunto: ¿cómo puede saber un hombre lo que un caballo siente cuando está muy contento? Y ese escultor debe haberlo sabido, porque de otra manera no podría haberlos esculpido así.

Y así andaban las cosas. Junius no podía detenerse en un tema. A menudo los dos pasaban hambre porque no acertaban a encontrar un nido entre la hierba cuando llegaba la hora de la cena.

El hijo de Junius se llamó Robert Louis. Junius le llamó así cuando pensó en ello, pero Jakob Stutz se sublevó por lo que consideró una especie de preciosismo literario.

-A los chicos se les debe poner nombres como a los perros -afirmó-. Un sonido es suficiente para el nombre. Hasta Robert es demasiado largo. Debería llamarse «Bob».

Jakob estuvo a punto de salirse con la suya.

-Transigiré - dijo Junius -. Le llamaremos Robbie. Robbie es realmente más corto que Robert, ¿no le parece?

Frecuentemente cedía ante Jakob, pues éste luchaba continuamente un poco contra las telarañas que se hilaban a su alrededor. De vez en cuando, con una suerte de virtuosa furia, limpiaba la casa.

Robbie creció muy serio. Seguía a los hombres a todas partes, escuchando sus discusiones. Junius jamás lo trataba como a un niño, porque no sabía cómo deben ser tratados los niños. Si Robbie formulaba una observación, los dos hombres escuchaban cortésmente e

Librodot

incluían el comentario en su conversación, o hasta lo usaban como germen de una investigación posterior. Examinaban muchas cuestiones en el transcurso de una tarde. Todos los días se hacían varias excursiones a la Enciclopedia de Junius.

Un enorme sicómoro extendió una rama horizontal sobre el arroyo del prado, y en ella se sentaban los tres, los hombres con los pies hundidos en el agua y removiendo los guijarros con la punta, mientras Robbie trataba de imitarlos. Alcanzar el agua era uno de sus criterios de la virilidad. Por aquel tiempo, Jako había abandonado ya los zapatos; Robbie no había usado un pa en su vida.

Las discusiones eran eruditas. Robbie no podía emplear lenguaje infantil, pues nunca lo había oído. No componían una conversación; más bien dejaban que una simiente de pensamiento brotara por sí misma, y después la observaban, maravillados, mientras ella echaba frondosas ramas. Se sorprendían del extraño fruto que su conversación producía, pues no dirigían su pensamiento, ni lo enrejaban, ni lo podaban al modo de tantísimas personas.

Allí, sobre una rama, se sentaban los tres. Sus ropas eran harapos y se cortaban el cabello sólo para alejarlo de los ojos. Los hombres llevaban largas barbas sin arreglar. Contemplaban las tejederas sobre la superficie del charco, debajo de ellos, un charco que había sido ahondado por pies ociosos. El árbol gigante situado encima se movía suavemente mecido por el viento, y, de vez en cuando, dejaba caer una hoja semejante a un pañuelo castaño. Robbie tenía cinco años.

-Yo creo que los árboles de sicómoro son buenos - observó al ver la caída de una hoja en su regazo.

Jakob la recogió y la desgarró.

-Sí - coincidió-; crecen cerca del agua. Las cosas buenas aman el agua. Las cosas malas siempre han sido secas.

-Los sicómoros son grandes y buenos - dijo Junius -. Me parece que una cosa buena o una cosa mansa tienen que ser muy grandes para sobrevivir. Las pequeñas cosas buenas se ven destruidas por las pequeñas cosas malas. Raramente es venenosa o traicionera una cosa grande. Por esta razón, en el pensamiento humano, la grandeza es un atributo del bien y la pequenez del mal. ¿Comprendes eso, Robbie?

-Sí - repuso Robbie, no muy seguro -. Comprendo. Como los elefantes.

-Los elefantes son malos a menudo, pero cuando pensamos en ellos, parecen dóciles y buenos.

-Pero, el agua.... - intervino Jakob -. ¿Comprendes también lo del agua?

-No, lo del agua no.

-Yo sí - dijo Junius -. Que el agua es la simiente de la vida. De los tres elementos, el agua es el esperma, la tierra el útero y la luz solar la matriz del crecimiento.

Así le enseñaban necedades.

Las gentes de Las Praderas del Cielo se apartaron de Junius Maltby tras la muerte de su esposa y sus dos hijos. Los relatos de su insensibilidad durante la epidemia llegaron a tales proporciones, que cayeron finalmente por su propio peso y fueron casi olvidados. Pero aunque sus vecinos olvidaron que Junius había estado leyendo mientras sus hijos morían, no pudieron olvidar el problema en que se estaba convirtiendo. Aquí, en el fértil valle, vivía en medio de una miseria horrenda. Mientras otras familias amasaban pequeñas fortunas, compraban *Ford*s y radios, instalaban electricidad e iban dos veces por semana al cine de Monterrey o de Salinas, Junius degeneraba y se transformaba en un salvaje harapiento. Los hombres del valle estaban resentidos por su excelente tierra baja, cubierta de malezas, sus árboles frutales sin podar y sus cercas caídas. Las mujeres pensaban con odio en su casa desaseada, con su patio en desorden y las ventanas sucias. Tanto los hombres como las mujeres aborrecían su ociosidad y su absoluta falta de orgullo. Durante un tiempo fueron a visitarle, tratando de arrancarle de su haraganería mediante ejemplos inmediatos. Pero él los recibía con el gesto natural y cordial de la igualdad. No se avergonzaba en absoluto de su pobreza ni de sus andrajos. Gradualmente, sus vecinos llegaron a pensar en Junius como en

Librodot

un paria. Nadie volvió a subir el camino particular que llevaba a su casa. Lo proscribieron de la sociedad decente y resolvieron no recibirlo nunca si se le ocurría visitarlos.

Junius nada sabía del disgusto de sus vecinos. Era todavía gloriosamente feliz. Su vida era irreal, romántica y de poca importancia, como su pensar. Estaba contento de sentarse al sol y hundir sus pies en el arroyo. Si no tenía ropas buenas, por lo menos no tenía que ir a sitios en donde las exigieran.

Aunque las gentes habían llegado casi a olvidar a Junius, sentían cierta piedad por el muchachito, Robbie. Las mujeres se decían unas a otras lo horrible que era dejar que el chico creciera en semejante abandono. Pero como en su mayoría eran buenas personas, experimentaban una fuerte repugnancia a inmiscuirse en los asuntos de Junius.

-Esperemos que tenga la edad escolar - dijo Mrs. Banks a un grupo de mujeres en su sala-. Ahora no podríamos hacer nada aunque quisiéramos. Pertenece a su padre. Pero apenas el chico cumpla seis años, el condado tendrá algo que decir, permítame que yo lo diga.

Mrs. Allen asintió con la cabeza y cerró sus ojos gravemente.

-Seguimos olvidando que es hijo de Mamie Quaker tanto como de Maltby. Creo que debíamos haber intervenido desde tiempo atrás. Pero cuando vaya a la escuela le daremos al pobrecito unas cuantas cosas que nunca tuvo.

-Lo menos que podemos hacer es procurar que tenga bastante ropa para cubrirse - añadió otra de las mujeres.

Parecía que el valle acechaba en cuclillas el momento en que Robbie iría a la escuela. Cuando, al iniciarse las clases, después de su sexto cumpleaños, no apareció el muchacho, entonces John Whiteside, el secretario de la junta escolar, escribió una carta a Junius Maltby.

-No había pensado en esto - dijo Junius cuando leyó la carta -. Creo que tendrás que ir a la escuela.

-Yo no quiero ir - dijo Robbie.

-Lo sé. Tampoco yo quiero mucho que vayas. Pero tenemos leyes. La ley tiene un apéndice autoprotector denominado pena. Debemos cotejar el placer de violar la ley con el castigo que ello supone. Los cartagineses castigaban hasta el infortunio. Si un general perdía una batalla por mala suerte, era ejecutado. En la actualidad castigamos a las personas por accidentes de nacimiento y otras circunstancias casi de igual manera.

En la discusión subsiguiente se olvidaron por completo de la carta. John Whiteside escribió una nota muy concisa.

-Bien, Robbie, creo que tendrás que ir - dijo Junius, cuando la recibió-. Naturalmente, te enseñarán una gran cantidad de cosas útiles.

-¿Por qué no me las enseñas tú? - rogó Robbie.

-Oh, yo no puedo. Ya ves que he olvidado las cosas que me enseñaron.

-No quiero ir. No quiero aprender cosas.

-Ya sé que no, pero no acierto a ver otra salida.

Y así, una mañana, Robbie se dirigió penosamente hacia la escuela. Iba vestido con un viejo pantalón con peto, agujereados en las rodillas y en las nalgas; una camisa azul cuyo cuello había desaparecido, y nada más. Sus largos cabellos caían sobre sus ojos grises como la guedeja de un caballito.

Los chicos formaron un círculo a su alrededor en el patio de la escuela y lo contemplaron en silencio. Todos habían oído hablar de la pobreza de los Maltby y de la pereza de Junius. Los muchachos aguardaron ansiosos el momento en que podrían empezar a torturar a Robbie. Había llegado la hora; él permaneció en el círculo y ellos sólo lo contemplaron. Nadie dijo: «¿De dónde sacaste esa ropa?», o: «¡Fijaos qué pelo», en la forma en que se habían propuesto. Los chicos estaban atónitos por su fracaso en atormentar a Robbie.

En cuanto a Robbie, miró al círculo con ojos serios. No estaba asustado en lo más mínimo.

-¿No jugáis? - preguntó-. Mi padre dice que vosotros jugáis.

Y entonces el círculo estalló en alaridos.

-¡No sabe ningún juego!

-Enseñémosle el febe.

-No, el negrito.

-¡Fijaos, fijaos! No sabe ningún juego.

Y aunque no sabían por qué, creyeron que era algo hermoso no saber ningún juego. La delgada cara de Robbie revelaba inteligencia.

-Probaremos el febe primero - decidió.

Se mostró torpe en los nuevos juegos, pero sus maestros no le abuchearon. En cambio, se disputaron el privilegio de enseñarle a sostener el palo del febe. Hay varias escuelas sobre la técnica del febe. Robbie permaneció aparte escuchando un instante, y por último escogió su propio instructor.

El efecto de Robbie sobre la escuela fue inmediato. Los muchachos mayores lo dejaron enteramente solo, pero los más chicos lo imitaron en todo, hasta en agujerear las rodillas de sus monos. Cuando se sentaban al sol, de espaldas a la pared de la escuela, a la hora del desayuno, Robbie les hablaba de su padre y del sicómoro. Ellos escuchaban atentamente y deseaban que sus padres fueran también perezosos y apacibles.

A veces, algunos de los muchachos, desobedeciendo las órdenes de sus padres, se dirigían a hurtadillas a la finca de los Maltby los sábados. Junius iba, naturalmente, a la rama del sicómoro, y, mientras se sentaban a sus flancos, les leía *La Isla del Tesoro*, o describía las guerras de las Galias o la batalla de Trafalgar. Muy pronto, Robbie, con el apoyo de su padre, se convirtió en el rey del patio de la escuela. Esto se demuestra por el hecho de que no tenía ningún compinche, que no le pusieron sobrenombre y que resolvía todas las discusiones. Tan eminente era su posición, que nadie trataba siquiera de reñir con él.

Sólo gradualmente llegó Robbie a comprender que era el cabecilla de los muchachos más chicos de la escuela. Había algo sereno y maduro en él que motivaba que sus compañeros lo buscaran para la dirección. No pasó mucho tiempo antes de que fuera la voz que decidía el juego a realizarse. En el *baseball* era el arbitro, por el motivo de que ningún otro chico tomaba una decisión sin provocar un tumulto. Y aunque participaba en los juegos pésimamente, las cuestiones de reglas y de ética le eran solidas invariablemente.

Tras una prolongada discusión con Junius y Jakob, Robbie inventó dos juegos de éxito popular. Uno se llamaba Coyote Escurridizo, versión popular de La Casa de la Liebre, y el otro Pierna Rota, especie de chito glorificado.

El muchachito despertó el interés de Miss Morgan, ya que en el aula fue una sorpresa tanto como lo había sido en el patio. Sabía leer perfectamente y usaba el vocabulario de los adultos pero no sabía escribir. Conocía los números por muy altos que fueran; no obstante, se negó a aprender hasta la aritmética más sencilla. Robbie aprendía a escribir con máxima dificultad. Su mano titubeaba, escribiendo números deformes en su pizarra. Por fin, Miss Morgan trató de ayudarle.

-Toma una cosa y hazla una y otra vez hasta que lo logres perfectamente - sugirió-. Sé muy cuidadoso con cada letra.

Robbie hurgó en su memoria buscando algo que le gustara. Por último escribió: «No hay nada tan monstruoso que no podamos creerlo de nosotros mismos». Le encantaba ese «monstruoso». Daba timbre y profundidad. Si había palabras que mediante su puro poder auditivo pudieran arrancar de la tierra genios reacios, «monstruoso» era seguramente una de ellas. Una y otra vez escribió la oración, poniendo el mayor cuidado y alargando su «monstruoso». Al cabo de una hora, Miss Morgan fue a ver cómo le iba.

-Caramba, Robert, ¿dónde oíste esto?

-Es de Stevenson, señorita. Mi padre conoce su obra casi de memoria.

Naturalmente, Miss Morgan había oído todos los malos cuentos acerca de Junius, y a pesar de ellos lo había aprobado. Pero ahora comenzaba a experimentar un fuerte deseo de conocerle.

Librodot

Los juegos en el patio de la escuela estaban empezando a perder interés. Robbie se lamentó del hecho ante Junius, una mañana, antes de partir hacia la escuela. Junius se rascó la barba y meditó.

-El espionaje es un buen juego - dijo por último-. Recuerdo que a mí me gustaba el espionaje.

-¿Pero a quién espiaremos?

-Oh, a cualquiera. No importa. Nosotros solíamos espiar a los italianos.

Robbie salió corriendo hacia la escuela, y aquella tarde, tras una larguísima consulta al diccionario, organizó el S. A. S. N. E. C. J. Esto era el Servicio Auxiliar Secreto de Niños para el Espionaje Contra los Japoneses. Si no por otra razón, la misma magnificencia del nombre de esta organización habría forzado a tenerla en cuenta. Uno por uno, Robbie condujo a los muchachos a la sombra del sauce del patio de la escuela, y allí les tomó juramento de discreción absoluta con una fórmula tan feroz que hubiese acreditado a una logia. Más tarde reunió al grupo. Robbie explicó a los muchachos que, indudablemente, se iría a la guerra contra los japoneses algún día.

-Nos corresponde estar preparados -dijo-. Cuanto más descubramos acerca de las prácticas de esta nefanda raza, más informaciones de espionaje podremos proporcionar a nuestro país cuando estalle la guerra.

Los candidatos sucumbieron a esta gloriosa alocución. Estaban aterrados por la gravedad de una situación que requería palabras como éstas. Como espiar era ahora la ocupación de la escuela, el pequeño Takashi Kato, que cursaba el tercer grado, no disfrutó en adelante de un momento privado. Si Takashi levantaba dos dedos en la escuela, Robbie dirigía una mirada significativa a uno de los Niños Auxiliares, y una segunda mano saltaba desesperadamente en el aire. Cuando Takashi regresaba a su casa después de clase, por lo menos cinco muchachos se deslizaban por el matorral paralelo al camino. Finalmente, sin embargo, Mr. Kato, el padre de Takashi, disparó un tiro en la obscuridad, una noche, al ver una cara blanca mirando por su ventana. Robbie convocó de mala gana a los Auxiliares y ordenó que el espionaje cesara a la caída del sol. No podrían hacer nada talmente importante de noche, explicó.

A la larga, Takashi no sufrió por el espionaje practicado a su alrededor, porque, como los Auxiliares tenían que vigilarle, no podían efectuar ninguna excursión importante sin llevarlo con ellos. Se halló invitado a todas partes, pues nadie consentía en quedarse atrás para vigilarlo.

Los Niños Auxiliares recibieron un golpe mortal cuando Takashi, que de alguna manera se había enterado de su existencia solicitó su admisión.

-No comprendo cómo podemos dejarte ingresar - explicó Robbie cortésmente-. Tú sabes que eres japonés y que nosotros odiamos a los japoneses.

Takashi estaba al borde de las lágrimas.

-Yo nací aquí, lo mismo que vosotros - gritó -. Soy tan buen norteamericano como vosotros, ¿no es así?

Robbie meditó con ahinco. No quería ser cruel con Takashi. Luego su semblante se despejó y preguntó:

-Di, ¿tú hablas japonés?

-Claro, bastante bien.

-Perfectamente; entonces puedes ser nuestro intérprete y descifrar mensajes secretos.

El rostro de Takashi se iluminó de placer.

-Claro que puedo - exclamó entusiasta-. Y si queréis, muchachos, espiaremos a mi papá.

Pero la cosa estaba rota. No quedaba nadie contra quien luchar, sino Mr. Kato, y Mr. Kato se ponía demasiado nervioso con su escopeta.

Pasó la víspera de Todos los Santos y el Día de Gracias. Por aquel tiempo, el efecto de Robbie sobre los muchachos se notaba por un aumento de su vocabulario y por un positivo

Librodot

odio a los zapatos o a cualquier clase de ropa buena. Aunque no se daba cuenta, Robbie había impuesto un estilo, no nuevo quizá, pero más rígido de lo que había sido. Era afeminado usar trajes buenos y, aún más, esto se consideraba un insulto para Robbie.

Un viernes por la tarde, Robbie escribió catorce notas y las pasó secretamente a catorce muchachos en el patio de la escuela. Decían:

Una gran cantidad de indios van a quemar en una hoguera al presidente de los Estados Unidos en mi casa, mañana a las diez. Salid a hurtadillas y gritad como zorros en la parte baja de nuestro campo. Yo llegaré y os conduciré al rescate de esta pobre alma.

Hacía varios meses que Miss Morgan proyectaba visitar a Junius Maltby. Las historietas que se relataban de él y el contacto con su hijo habían llevado su interés a un alto grado. De vez en cuando, en el aula, uno de los chicos daba una información asombrosa. Por ejemplo, un niño realmente famoso por su imbecilidad, le contó que Hengest y Horsa habían invadido la Bretaña. Apremiado, confesó que la información procedía de Junius Maltby, y que en cierto modo era una especie de secreto. El viejo cuento de la cabra divirtió tanto a la maestra que lo escribió para una revista, pero ninguna se lo compró. Repetidas veces había fijado una fecha para ir a la granja Maltby.

Se despertó por Ja mañana de un sábado de diciembre y encontró escarcha en la hierba y un resplandeciente sol en el cielo. Después del desayuno se puso su falda de pana y sus botas andariegas, y abandonó la casa. En el patio trató de persuadir a los perros de los ranchos para que la acompañaran, pero ellos sólo sacudieron sus colas y volvieron a dormirse al sol.

La finca Maltby estaba situada a una distancia de dos millas en el pequeño desfiladero denominado Gato Amarillo. Un arroyo corría a lo largo del camino, y crecían exuberantemente heléchos bajo los alisos. Hacía frío en el desfiladero, ya que el sol no había ascendido aún sobre la montaña. Una vez, mientras caminaba, Miss Morgan creyó oír pisadas y voces, pero cuando se apresuró a doblar la curva, no vio a nadie. Sin embargo, el matorral junto al camino crujía misteriosamente.

Aunque nunca había estado allí anteriormente, Miss Morgan conoció el terreno de Maltby cuando llegó. Los helechos se rebaban cansadamente hacia el suelo, sobrecargados de zarzas. Los árboles frutales extendían ramas desnudas desembarazándose de una selva de malezas. Enredaderas de moras silvestres trepaban por los manzanos; ardillas y conejos saltaban entre los pies de Miss Morgan, y las palomas se alejaban, volando con alas sibilantes. En lo alto de un peral silvestre un grupo de azulejos graznaba un lamento cacofónico. Luego, al lado de un olmo que llevaba una afelpada funda de escarcha matinal, Miss Morgan vio las tablas mohosas y alabeadas del techo de Maltby. El lugar, en su quietud, podía estar abandonado desde hacía cien años.

«¡Qué ruinoso y sucio! - pensó-. ¡Qué absolutamente encantador y desaseado!» Entró en el patio por una portezuela que colgaba de su pilar por un solo gozne de acero. Los edificios de la granja se habían puesto grises por la acción del tiempo y, en lo alto de los flancos de los muros, había rebeldes enredaderas. Miss Morgan dobló la esquina de la casa y detuvo sus pasos; abrió la boca y un escalofrío recorrió su espina dorsal. En el centro del patio había un grueso poste clavado, y allí estaba amarrado un hombre harapiento con muchas vueltas de cuerda. Otro hombre, más joven y bajo, pero aún más harapiento, apilaba hacecillos de leña alrededor de los pies del cautivo. Miss Morgan se estremeció y dobló de nuevo la esquina de la casa.

-Estas cosas no suceden - insistió -. Estoy soñando. Estas cosas, simplemente, no pueden suceder.

Y entonces oyó que la más agradable de las conversaciones tenía lugar entre los dos hombres.

El verdugo dijo:

-Son casi las diez.

El cautivo replicó:

-Sí, y cuidado como pones fuego a esta leña. Asegúrate de verlos llegar antes de encenderla.

Miss Morgan estuvo a punto de gritar. Caminó un poco hacia la estaca. El hombre libre se volvió y la vio. Durante un segundo pareció sorprendido, pero recobrándose inmediatamente hizo una reverencia. Viniendo de un hombre que llevaba los talones rotos y la barba desgreñada, la reverencia era ridicula y deliciosa.

-Soy la maestra - explicó Miss Morgan sin aliento -. Salí a pasear y vi esta casa. Por un momento creí que este auto de fe era en serio.

Junius sonrió.

-Es en serio. Es más serio de lo que usted cree. Por un momento pensé que usted era el rescate. La liberación debe tener lugar a las diez, ¿sabe?

Un salvaje gruñido de zorros estalló más abajo de la casa, entre los sauces.

-Eso debe ser la liberación - continuó Junius-. Perdóneme, Miss Morgan, ¿no es ése su nombre? Yo soy Junius Maltby, y este caballero en días ordinarios en Jakob Stutz. Hoy, sin embargo, es el presidente de los Estados Unidos quemado por los indios. Por un instante pensamos que sería Genoveva, pero este señor, aun sin la talla completa, compone mejor un presidente que una Genoveva, ¿no le parece? Además se negó a llevar falda.

-Maldita tontería - dijo el presidente complacido.

Miss Morgan se rió.

-¿Puedo observar cómo le rescatan, Mr. Maltby?

-No soy Mr. Maltby; soy trescientos indios.

El gruñir de los zorros estalló nuevamente.

-Vaya al otro lado, cerca de los escalones - dijeron los «trescientos indios» -. A usted no la confundirán con un piel roja.

Miró hacia el arroyo. Una rama de sauce se agitaba salvajemente. Junius raspó un fósforo en sus pantalones y prendió fuego a la leña acumulada al pie de la estaca. A medida que las llamas brotaban, los sauces parecían estallar en pedazos y cada pedazo Se trocó en un muchacho que chillaba. La masa atacó, armada fortuita y terriblemente como el pueblo francés cuando asaltó la Bastilla. Aun cuando las llamas lamían ya al presidente, el fuego fue extinguido a puntapiés. Los salvadores desataban las cuerdas con manos fervientes, y Jakob Stutz quedó libre y contento. No fue menos impresionante que el rescate la ceremonia siguiente. Mientras los muchachos se cuadraban, el presidente marchó fila abajo y en la pechera de cada muchacho prendió un lingote de plomo, en el cual estaba garabateada profundamente la palabra *Héroe*. El juego había terminado.

-El sábado próximo colgaremos a los villanos culpables que han tramado esta cobarde conspiración - anunció Robbie.

-¿Por qué no ahora? ¡Colguémoslos ahora! - exclamó la tropa.

-No, hombres míos. Hay muchísimas cosas que hacer. Tenemos que levantar una horca. - Volvióse a su padre -: Creo que tendremos que colgarlos a ambos- dijo.

Durante un momento miró codiciosamente a Miss Morgan, y luego la abandonó de mala gana.

Aquella tarde fue una de las más agradables que Miss Morgan vivió. Aunque se le dio un sitio de honor en la rama de sicómoro, los chicos habían dejado de considerarla como maestra.

-Es más bonito si usted se quita los zapatos - la invitó Robbie, y ella descubrió que era más agradable cuando se quitó las botas y sus pies se agitaron en el agua.

Esa tarde Junius habló de las sociedades caníbales de los indios aleucianos. Contó cómo los mercenarios se volvieron contra Cartago. Describió a los lacedemonios peinándose antes de morir en las Termopilas. Explicó el origen de los macarrones y habló del descubrimiento del cobre como si hubiese estado allí. Por último, cuando el terco Jakob

impugnó su idea de la expulsión del Paraíso, brotó una ligera reyerta y los chicos se fueron hacia sus casas. Miss Morgan dejó que tomaran la delantera, pues quería pensar tranquilamente acerca del extraño caballero.

El día en que la Junta Escolar efectuaba su visita era aguardado con terror tanto por la maestra como por sus alumnos. Era un día de ceremonia solemne. Las lecciones se daban nerviosamente y el deletreo erróneo de una palabra parecía un crimen capital. No había ningún día en que los chicos hicieran más desatinos, ni en que los nervios de la maestra estuvieran más de punta.

La Junta Escolar de Las Praderas del Cielo realizó su visita la tarde del 15 de diciembre. Inmediatamente después del almuerzo entraron en fila, con aspecto sombrío y fúnebre, y un poco avergonzados. Primero venía John Whiteside, el secretario, viejo y canoso, cuya condescendiente actitud hacia la educación era a veces criticada en el valle. Pat Humbert venía tras él. Pat fue elegido porque él lo quiso. Era un hombre solitario que no tenía ninguna iniciativa para relacionarse con las gentes y que echaba mano de todos los medios posibles para evitar su contacto. Sus ropas eran tan inflexibles, tan desventuradas, como el traje de bronce de la estatua sentada de Lincoln en Washington. Seguía T. B. Allen, bamboleándose pesadamente por el pasillo. Como era el único comerciante del valle, su sitio en la junta le correspondía por derecho. Detrás de él marchaba a grandes pasos Raymond Banks, voluminoso y jovial y muy encarnado de manos y cara. El último de la hilera era Bert Munroe, miembro recientemente elegido. Como era su primera visita a la escuela, Bert se mostraba un poco tímido mientras seguía a los demás miembros, que iban a sentarse frente al aula.

Cuando la Junta estuvo magistralmente instalada, entraron las esposas y encontraron asientos al fondo de la clase, detrás de los niños. Los alumnos se retorcían inquietos. Sentían que se hallaban rodeados, que la escapatoria, si llegaran a necesitarla, estaba cortada. Cuando se enroscaban en sus asientos, vieron que las mujeres les sonreían benévolamente. Descubrieron un gran paquete que Mrs. Munroe tenía en la falda.

Se inició la clase. Miss Morgan, con una sonrisa forzada en su rostro, saludó a la Junta Escolar.

-No haremos nada fuera de lo ordinario, caballeros -anunció-. Creo que será más interesante para ustedes en su carácter oficial, ver la escuela tal como suele funcionar todos los días.

Poco después hubiera querido no haber dicho semejante cosa. Jamás, hasta donde recordaba, había visto chicos tan imbéciles. Los que se ingeniaron para arrancar palabras por la fuerza a través de sus congelados paladares, cometieron las faltas más horribles. El deletreo fue abominable. La lectura sonaba como la garrulería de los locos. La Junta trató de aparecer digna, pero no pudo evitar una leve sonrisa ante la confusión de los chicos. Una ligera transpiración apareció en la frente de Miss Morgan. Se vio a sí misma exonerada de su puesto por una Junta ultrajada. Las esposas, detrás, seguían sonriendo nerviosamente y el tiempo caía gota a gota. Después que la aritmética fue maltratada y embarullada, John Whiteside se levantó de la silla.

-Gracias, Miss Morgan - dijo -. Si usted lo permite, sólo diré unas cuantas palabras a los niños, y luego puede usted despedirlos. Debiera darles algún premio por tenernos aquí.

La maestra sonrió aliviada.

-Entonces, ¿comprende que no se portaron tan bien como de costumbre? Me alegra que lo sepa usted.

John Whiteside sonrió: había visto tantos maestros jóvenes nerviosos en los días de Junta Escolar.

-Si yo pensara que se estaban portando mejor que nunca clausuraría la escuela - dijo.

Les dijo que debían estudiar mucho y amar a su maestra. Era el breve e insubstancial discursito que venía empleando desde hacía años. Los alumnos mayores se lo habían oído a menudo. Al terminar pidió a la maestra que despidiera a la clase. Los alumnos desfilaron

Librodot

silenciosamente, pero una vez al aire libre, su alivio fue demasiado para ellos. Con alaridos y chillidos hicieron todo lo posible por simular matanzas de todas clases.

John Whiteside estrechó la mano de Miss Morgan.

- Nunca tuvimos una maestra que conservara mejor el orden - manifestó amablemente-. Creo que si usted supiera cuan la quieren los chicos, se sentiría confundida.

-Pero son buenos chicos - insinuó ella lealmente-. Son muy buenos chicos.

-Naturalmente - asintió John Whiteside-. A propósito, ¿qué tal va el pequeño Maltby?

-Pues es un brillante muchacho, un chico muy curioso. Creo que tiene un espíritu agudísimo.

-Hemos estado conversando sobre él en reuniones de la Junta, Miss Morgan. Usted sabe, desde luego, que su vida hogareña no es todo lo que debería ser. Lo noté esta tarde especialmente. La pobre criatura apenas va vestida.

-Bueno, el suyo es un hogar extraño. - Miss Morgan sintió que debía defender a Junius -. No es la clase común de hogar, pero no es malo.

-No me interprete mal, Miss Morgan. Nosotros no vamos a entrometernos. Sólo pensamos que deberíamos darle algunas cosas. Su padre es muy pobre, usted lo sabe.

-Lo sé - dijo ella suavemente.

-Mrs. Munroe le compró unas cuantas prendas. Si usted lo llama, se las entregaremos.

-Oh.... No, yo no... - comenzó.

-¿Por qué no? Sólo tenemos unas camisetas y un par de pantalones y unos zapatos.

-Pero, Mr. Whiteside, eso puede molestarle.

-¿Molestarle el tener ropas decentes? ¡Pamplinas! Creo que le turbaría más el no tenerlas. Pero aparte de eso, hace demasiado frío para que vaya descalzo en esta época del año. Hace una semana que hay escarcha en el suelo todas las mañanas.

-Desearía que no - dijo ella desamparadamente -. En realidad desearía que no lo hicieran.

-Miss Morgan, ¿no le parece que exagera en esto? Mistress Munroe ha sido lo bastante gentil como para comprarle las cosas. Llámelo, por favor, a fin de que ella pueda dárselas.

Un momento después Robbie estaba de pie ante ellos. El pelo desgreñado le caía sobre la cara, y los ojos aún brillaban por la agitación del juego en el patio. El grupo reunido en la clase lo contemplaba amablemente, tratando de no mirar con demasiada mordacidad sus ropas andrajosas. Robbie miraba turbadamente alrededor.

-Mrs. Munroe tiene algo que darte, Robbie - dijo Miss Morgan.

Entonces Mrs. Munroe se adelantó y puso el paquete en sus brazos.

-¡Qué lindo muchachito!

Robbie depositó cuidadosamente el paquete en el suelo y colocó sus manos detrás de sí.

-Ábrelo, Robert- dijo T. B. Allen severamente-. ¿Dónde están tus modales?

Robbie lo miró con resentimiento.

-Sí, señor - contestó, desatando la cuerda.

Las camisetas y los pantalones nuevos aparecieron ante él, y clavó la vista en ellos sin comprender. De pronto pareció darse cuenta de lo que eran. Su cara enrojeció violentamente. Durante un instante miró en torno suyo nerviosamente, como un animal atrapado, y luego se lanzó a través de la puerta, dejando tras sí la pequeña pila de ropa. La Junta Escolar oyó sus pisadas en el pórtico. Robbie se había marchado.

Mrs. Munroe se volvió, impotente, hacia la maestra.

-¿Qué le sucede al muchacho?

-Creo que se sintió turbado - replicó Miss Morgan.

-¿Pero por qué habría de sentirse turbado? Fuimos delicados con él.

La maestra intentó explicarlo, sintiéndose fastidiada.

-Verán, yo creo... en fin, no creo que jamás haya sabido que era pobre hasta hace un momento.

-Fue mío el error - disculpóse John Whiteside-. Lo lamento, Miss Morgan.

-¿Qué podemos hacer por él? - preguntó Bert Munroe.

-No sé. Realmente no sé.

Mrs. Munroe se dirigió a su marido.

-Bert, me parece que si te fueras y conversaras con Mister Maltby eso podría ayudar. Quiero decir que no seas sino amable. Dile simplemente que los muchachitos no deben andar descalzos por la escarcha. Quizá sólo una palabra como ésa servirá de mucho. Mr. Maltby podría decirle a Robbie que debe aceptar la ropa. ¿Qué opina, Mr. Whiteside?

-No me gusta. Habrá que votar para vencer mi objeción. Ya le he causado bastante daño.

-Creo que su salud es más importante que sus sentimientos -insistió Mrs. Munroe.

La escuela se cerró durante la semana de Navidad, a partir del veinte de diciembre. Miss Morgan proyectó pasar sus vacaciones en Los Ángeles. Mientras esperaba en el cruce de caminos un ómnibus para Salinas, vio a un hombre y un muchachito bajando el camino de Las Praderas del Cielo en dirección a ella. Iban vestidos con ropas nuevas baratas y ambos caminaban como si les dolieran los pies. A medida que se aproximaban, Miss Morgan miró atentamente al chico y vio que era Robbie. Su rostro estaba adusto y denotaba descontento.

-¡Toma, Robert! - exclamó-. ¿Qué sucede? ¿Adónde vas?

-Vamos a San Francisco, Miss Morgan - dijo el hombre.

Ella levantó la vista rápidamente. Era Junius con la barba afeitada. No se había dado cuenta de que era tan viejo. Hasta sus ojos, que le parecieron la primera vez bastante jóvenes, resultaban viejos. Pero, naturalmente, estaba pálido porque su barba había protegido su piel del sol. En su semblante había un aire de profundo desconcierto.

-¿Se van de vacaciones? - preguntó Miss Morgan-. Me encantan las tiendas de la ciudad cuando se acerca Navidad. Podría estar mirándolas durante días enteros.

-No-replicó Junius lentamente-. Creo que vamos a permanecer allí largo tiempo. Yo soy contable, Miss Morgan. Por lo menos fui contable hace veinte años. Voy a tratar de conseguir un empleo.

Había dolor en su voz.

-¿Pero por qué hace usted esto? - preguntó ella.

-Ya lo ve - explicó sencillamente -. Yo no sabía que estaba ocasionando un perjuicio a este chico. No había pensado en ello. Creo que debía haberlo pensado. Usted puede comprender que no debió crecer en la pobreza. Puede comprenderlo, ¿verdad? Yo no sabía lo que la gente decía de nosotros.

-¿Por qué no se queda en el rancho? Es un buen rancho, ¿no es cierto?

-Pero yo no podría aprovecharlo, Miss Morgan. No sé nada de agricultura. Jakob tratará de cuidar el rancho; pero, ¿sabe usted?, Jakob es muy perezoso. Más tarde, cuando pueda, venderé el rancho, de manera que Robbie tenga unas cuantas cosas que nunca tuvo.

Miss Morgan estaba enojada, pero al mismo tiempo sintió que iba a llorar.

-Usted no cree todo lo que la gente tonta dice, ¿no?

La miró con sorpresa.

-Claro que no. Pero usted puede comprender que un muchacho que crece no debe ser criado como un animal, ¿eh?

El ómnibus apareció en la carretera y se dirigió hacia ellos. Junius señaló a Robbie.

-Él no quería venir. Huyó a los cerros. Jakob y yo lo recogimos anoche. Ha vivido demasiado tiempo como un animalito, ya ve. Además, Miss Morgan, no sabe qué bonito será todo en San Francisco.

El ómnibus chirrió en la parada. Junius y Robbie subieron al asiento trasero. Miss Morgan estuvo a punto de colocarse a su lado. Repentinamente se volvió y tomó asiento junto al conductor.

«Naturalmente - se dijo -. Naturalmente, quieren estar solos.»

Librodot

CAPÍTULO VII

El viejo Guillermo López murió cuando sus hijas eran bastante mayores, dejándoles cuarenta acres de tierra rocosa y ningún dinero. Vivían en una choza pintada de blanco, con tablas de chilla, una dependencia, un pozo y un cobertizo al lado. Prácticamente no crecía nada en el desfalleciente suelo, excepto *malezas rodantes* y salvia en flor, y, aunque las hermanas trabajaban afanosamente en un pequeño jardín, consiguieron producir muy pocas hortalizas. Durante cierto tiempo sufrieron hambre, pero al final la carne venció. Eran demasiado gordas y demasiado alegres para hacerse mártires por un asunto no religioso como la comida.

Un día Rosa tuvo una idea.

-¿No somos las mejores fabricantes de tortillas del valle? - preguntó a su hermana.

-Heredamos ese arte de nuestra madre - respondió María, piadosamente.

-Entonces estamos salvadas. Haremos enchiladas, tortillas, tamales. Los venderemos a las gentes de Las Praderas del Cielo.

-Escúchame, María. En Monterrey hay varios lugares donde se venden tortillas muy inferiores a las nuestras. Y las personas que las venden son muy ricas. Compran un traje nuevo tres veces al año. ¿Y son sus tortillas comparables a las nuestras? Te pregunto esto recordando a nuestra madre.

Los ojos de María se llenaron hasta el borde de lágrimas de emoción.

-No - declaró apasionadamente-. En toda la extensión de la palabra, no son absolutamente como aquellas tortillas batidas por las santas manos de nuestra madre.

-Bueno, entonces: ¡*adelante*! - dijo Rosa con resolución -. Si son tan buenas, la gente las comprará.

Siguió luego una semana de frenética preparación, en la cual las sudorosas hermanas fregaron y decoraron. Al terminar su labor, su casita ostentaba una nueva capa de pintura por dentro y por fuera. Plantaron geranios cerca del escalón de la puerta delantera y la hojarasca de muchos años fue recogida y quemada. La habitación principal de la casa se transformó en un restaurante que contenía dos mesas cubiertas de hule amarillo. Un tablero de pino en la cerca contigua al camino del condado anunciaba:

TORTILLAS, ENCHILADAS, TAMALES
Y OTROS PLATOS ESPAÑOLES
R. & M. LÓPEZ

El negocio no llegó de prisa. En verdad, llegó muy lentamente. Las hermanas se sentaron en sus mesas amarillas y esperaron. Estaban infantiles y joviales y no muy limpias. Sentadas en las sillas aguardaban la fortuna. Y tan pronto como un parroquiano entraba en la tienda, saltaban instantáneamente en señal de atención. Se reían encantadas de todo lo que sus clientes decían; se vanagloriaban de su abolengo y de la maravillosa contextura de sus tortillas. Se arremangaban hasta los codos para mostrar la blancura de su piel, en apasionada negación de su sangre india. Pero llegaban muy pocos parroquianos. Las hermanas empezaron a encontrar dificultades en su negocio. No podían fabricar sus productos en cantidad, pues se echaban a perder si se les conservaba mucho tiempo. Los tamales requieren carne fresca. De modo que comenzaron a poner trampas para pájaros y conejos; gorriones, mirlos y alondras permanecían encerrados en las jaulas hasta que se los necesitaba para los tamales. Y, sin embargo, el negocio languidecía.

Una mañana, Rosa interpeló a su hermana.

-Debes ensillar al viejo *Lindo*, María. No hay ya mazorcas de maíz. -Colocó una moneda de plata en la mano de María-. Compra sólo unas pocas en Monterrey - dijo-. Cuando el negocie mejore compraremos en cantidad.

María la besó obedientemente y partió hacia el cobertizo.

Librodot

-Y, María... si sobra algún dinero, compra un dulce para ti y para mí... uno grande.

Cuando María regresó a su casa esa tarde, encontró a su hermana extrañamente callada. Faltaban los gritos agudos, los pequeños chillidos, la demanda de todos los detalles del viaje. Rosa estaba sentada en una silla, junto a una de las mesas; en su cara había señales de preocupación.

María se aproximó tímidamente.

-Compré las mazorcas muy baratas - dijo -. Y aquí, Rosa, está el dulce. De la clase más grande, ¡y sólo cuatro céntimos!

Rosa tomó la barrita de caramelo ofrecida y mordió un gran pedazo. Pero seguía frunciendo el ceño pensativamente. María se instaló cerca, sonriendo suavemente, zumbonamente, y deseando en silencio participar de la aflicción de su hermana. Rosa estaba sentada como una roca y chupaba su barrita de caramelo. Súbitamente miró fijo los ojos de María.

-Hoy - dijo solemnemente -, hoy me entregué a un parroquiano.

María sollozó conmovida e interesada.

-No me interpretes mal - continuó Rosa-. No acepté dinero. El hombre había comido tres enchiladas... ¡tres!

María rompió en un agudo y pueril gemido de nerviosismo.

-Cállate - dijo Rosa -. ¿Qué piensas que debo hacer ahora? Es necesario alentar a nuestros parroquianos si hemos de triunfar. ¡Y comió tres enchiladas, María, tres! Y las pagó bien. ¿Qué piensas?

María se sorbió los mocos y se armó de valor moral frente al argumento de su hermana.

-Creo, Rosa, que nuestra madre se alegraría, y creo que tu propia alma se alegraría si pidieras perdón a la Virgen Madre y a Santa Rosa.

Rosa sonrió abiertamente y tomó a María entre sus brazos.

-Eso fue lo que hice. Exactamente en seguida que se marchó. Lo hice cuando apenas había salido de la casa.

María se separó y con los ojos manando lágrimas entró en su alcoba. Diez minutos permaneció arrodillada ante la pequeña Virgen de la pared. Luego se levantó y se arrojó en los brazos de Rosa.

-Rosa, hermana mía - exclamó alegremente-, creo... creo que yo también alentaré a los parroquianos.

Las hermanas López se ahogaron una a otra en un inmenso abrazo y mezclaron sus lágrimas de gozo.

Aquel día marcó el punto decisivo de los asuntos de las hermanas López. Es cierto que el negocio no floreció, pero a partir de entonces vendieron suficientes «Platos Españoles» pan tener comida en la cocina y brillantes vestidos estampados sobre sus anchas y redondas espaldas. Siguieron persistentemente religiosas. Cuando una de las dos pecaba, iba directamente ante la pequeña Virgen de porcelana, ya convenientemente colocada en el vestíbulo para que resultara accesible desde ambos dormitorios, y suplicaba perdón. No permitían que los pecados se acumularan. Las confesiones se sucedían a medida que eran cometidos. Debajo de la Virgen había un lugar brillante en el suelo donde se arrodillaban en camisón.

La vida se volvió muy agradable para las hermanas López. No había siquiera una mácula de rivalidad, pues aunque Rosa era la mayor y la más brava, parecían casi iguales. María era un poco más gorda, pero Rosa un poco más alta, y allí las tenía usted.

Ahora la casa estaba poblada de risas y de gritos de entusiasmo. Cantaban sobre las piedras chatas mientras amasaban las tortillas con sus fuertes y gruesas manos. Que un parroquiano pronunciara algo gracioso, que Tom Breman les dijera, mientras comía su tercer tamal:

Librodot

-Rosa, usted nos hace vivir con demasiado lujo. Esta vida regalada le va a reventar a uno por completo el intestino si no la corta.

Y ambas hermanas se ahogaban de risa media hora después. Un día entero, más tarde, cuando amasaban las tortillas sobre la piedra, recordaban aquel chiste y se reían de nuevo. Porque estas hermanas sabían cómo conservar la risa, cómo mimarla y engatusarla hasta que sus espíritus bebían las últimas heces de su gracia. Don Tom era un hombre excelente, decían. Un hombre gracioso... y un hombre rico. Una vez comió cinco platos de chile con carne. Pero también era un *hombre fuerte*, lo cual no es corriente en un hombre rico. Sobre las piedras para hacer tortillas cabeceaban sabiamente, rememorando ante esta observación, como dos expertos recordando un buen vino.

No debe suponerse que las hermanas eran pródigas en sus favores. No aceptaban dinero por nada que no fuera su comida. Sin embargo, si un hombre comía tres o más de sus platos, los tiernos corazones de las hermanas estallaban de gratitud. Y ese hombre se convertía en un candidato a sus favores.

Una noche infortunada, un hombre cuyo apetito no era igual a tres enchiladas, ofreció a Rosa el dinero de la vergüenza. Había varios parroquianos más en la casa en aquel momento. La oferta fue vertida en el crepitar de la conversación. Instantáneamente el ruido cesó, dejando un silencio horrorizado. María ocultó el rostro entre las manos. Rosa palideció y luego se sonrojó ardientemente con sangre furiosa. Jadeó por la conmoción y sus ojos refulgieron. Sus gordas y fuertes manos ascendieron como águilas y se posaron en las caderas. Pero cuando habló, fue con una curiosa restricción emocional.

-¡Es un insulto para mí! - dijo roncamente -. Usted no sabe, tal vez, que el general Vallejo es casi nuestro antepasado, tan íntimamente emparentadas estamos a él. Por nuestras venas corre sangre pura. ¿Qué diría el general Vallejo si oyera? ¿Cree usted que su mano podría separarse de su espada si pudiera oír tal insulto a dos damas tan emparentadas a su familia? ¿Lo cree? Usted nos dice: «Sois mujeres fáciles». ¡Nosotras, que hacemos las tortillas más primorosas y delgadas de toda California!

Jadeó por el esfuerzo de reprimirse.

-No tuve mala intención - lloriqueó el ofensor -. Honestamente, ante Dios, Rosa, no quise ofenderla.

La ira la abandonó entonces. Una de sus manos levantó el vuelo de su cadera, esta vez como una alondra, y señaló casi tristemente hacia la puerta.

-Vayase - dijo cortésmente -. No pienso que su intención fuese mala; pero el insulto queda en pie.

Y mientras el reo se escurría por el portal, añadió:

-Ahora, ¿tomaría alguien una fuentecilla de chiles con frijoles? ¿Quién los quiere? Chiles con frijoles sin igual en el mundo.

Corrientemente las hermanas eran felices. María, de naturaleza muy delicada y suave, plantó más geranios alrededor de la casa, y revistió la cerca con malvas hortenses. En un viaje a Salinas, Rosa y María compraron y se obsequiaron una a otra con tocados de cintas azules y rosadas como nidos invertidos. ¡Era la última moda! Codo con codo se miraron en un espejo y luego volvieron sus cabezas y sonrieron un poco tristemente, pensando:

-Éste es el gran día. Éste es el tiempo que recordaremos siempre como el tiempo feliz. Lástima que no pueda durar.

En el temor de que no durara, María mantenía grandes jarrones llenos de flores delante de su Virgen.

Pero los presentimientos las asaltaban muy pocas veces. María compró un pequeño fonógrafo con discos: tangos, valses. Cuando las hermanas trabajaban sobre las piedras, hacían funcionar la máquina y amasaban las tortillas al compás de la música.

Por el valle de Las Praderas del Cielo circuló el rumor de que las hermanas López eran malas mujeres. Las damas del valle les hablaban fríamente cuando pasaban. Es imposible

decir cómo lo sabían estas mujeres. Claro está que sus maridos no se lo contaban, pero no obstante lo sabían; ellas siempre saben.

Antes del alba, un domingo por la mañana, María sacó el viejo arnés de correas y lo colocó debidamente sobre los huesos de *Lindo*. «Ten valor, amigo mío», dijo al caballo, mientras hebillaba la grupa, y: «la boca, por favor, mi *Lindo*», mientras insertaba el freno. Después lo hizo retroceder hasta las varas de un antiguo carro. *Lindo* tropezó de nuevo sobre estas varas, exactamente como venía haciéndolo desde hacía treinta años. Cuando María enganchó los tirantes, el animal la miró con una pesada y fatigosa tristeza. El viejo *Lindo* ya no tenía ningún interés por los viajes. Era demasiado viejo hasta para entusiasmarse por ver cosas nuevas. En aquel instante levantó sus labios dejando aparecer unos largos dientes amarillos y dibujando muecas desesperadas. «El camino no es largo», lo consoló María. «Iremos lentamente. No hay por qué temer al viaje, *Lindo*.» Pero *Lindo* lo temía. Odiaba el viaje de ida y vuelta a Monterrey.

El carro se hundió alarmantemente cuando María se encaramó a él. Tomó las riendas cautelosamente entre sus manos. «Vamos, amigo mío», dijo, y sacudió las riendas. *Lindo* la miró temblando. «¿Oyes? ¡Tenemos que ir! Tenemos que comprar algunas cosas en Monterrey.» *Lindo* meneó su cabeza e inclinó una rodilla en una especie de cortesía. «¡Escúchame, *Lindo*!», gritó María imperiosamente. «Digo que tenemos que ir. Soy inflexible. Estoy enojada.» Sacudió las riendas ferozmente sobre el lomo del animal. *Lindo* agachó la cabeza casi hasta el suelo, como un sabueso, olfateando; luego, moviéndose lentamente, salió del patio. Debía trotar nueve millas hasta Monterrey, y nueve millas de vuelta. *Lindo* lo sabía y se desesperaba ante tal acontecimiento. Pero una vez que desaparecieron la inflexibilidad y el enojo, María se recostó en el asiento y tarareó el coro del tango *Luna de Vals*.

Los cerros centelleaban de rocío. María, respirando el fresco aire húmedo, cantó más alto, y hasta *Lindo* encontró juventud suficiente en sus viejos belfos para resoplar. Una alondra de los prados se alejó de poste en poste, cantando furiosamente. A distancia, María vio a un hombre que caminaba por el sendero. Antes de cruzarse con él, supo por el paso vacilante y simiesco que era Allen Hueneker, el hombre más feo y tímido del valle.

Allen Hueneker no sólo caminaba como un mono: parecía un mono. Los chicos que querían insultar a sus amigos, señalaban a Allen y decían. «Ahí va tu hermano». Era una sátira mortal. Allen era tan tímido y le horrorizaba tanto su aspecto, que trató de dejarse crecer patillas para cubrirse la cara, pero el rastrojo basto y ralo creció donde no debía y sólo consiguió perfeccionar su apariencia simiesca. Su esposa se había casado con él porque tenía treinta y siete años y porque Allen era el único hombre entre sus conocidos que no podía protegerse. Más tarde reveló ser una mujer cuyo organismo requería a su debido tiempo cierta dosis de celos para funcionar. No encontrando nada en la vida de Allen de que pudiera estar celosa, inventó historias. A los vecinos les contó sus hazañas con las mujeres, su no merecimiento de confianza y sus obscuros delitos. Contó estas historias hasta que llegó a creérselas, pero los vecinos se reían a sus espaldas cuando hablaba de los pecados de Allen, pues todos sabían en Las Praderas del Cielo cuan tímido y temeroso era el feo hombrecillo.

El viejo *Lindo* dio unos cuantos tumbos frente a Allen Hueneker. María tiró de las riendas como si sofrenara un corcel atronadoramente galopante.

-¡Firme, *Lindo*! ¡Calma! - llamó.

A la levísima presión de las riendas, *Lindo* se volvió de piedra y se hundió en su posición de reposo absoluto: articulaciones flojas y pescuezo colgante.

-Buenos días - dijo María cortésmente.

Allen se escurrió tímidamente hacia el borde del camino.

-Días - contestó y volvióse para mirar con interés afectado la cima de un cerro lateral.

-Voy a Monterrey - continuó María-. ¿Desea que lo lleve?

Allen se retorció buscando en el cielo nubes o gavilanes.

-Voy solamente hasta la parada del ómnibus - dijo al fin, hoscamente.

Librodot

-¿Y qué importa, pues? Será un paseíto, ¿no?

El hombre se rascó las patillas, tratando de decidirse. Después, más para terminar la situación que por el viaje, subió al carro, junto a la gorda María. Ella se estrechó a un lado, para dejarle lugar, y luego se deslizó hacia atrás.

-¡*Lindo*, anda!-llamó-. *Lindo*, ¿me oyes? Anda antes de que me vuelva a enojar.

Las riendas repiquetearon alrededor del pescuezo de *Lindo*. Su nariz descendió hacia el suelo y siguió su penitencia.

Durante cierto rato viajaron en silencio, pero pronto María recordó cuan amable era entablar una conversación.

-¿Va de excursión? - preguntó.

Allen clavó su vista en un roble y no dijo nada.

-Nunca he ido en tren - confesó María tras un instante -, pero mi hermana Rosa ha viajado en ferrocarril. Una vez viajó hasta San Francisco, y después hizo el viaje de vuelta. He oído decir a hombres muy ricos que viajar es bueno. Mi propia hermana, Rosa, también lo cree.

-Sólo voy a Salinas - dijo Allen.

-Ah, naturalmente; he estado allí muchas veces. Rosa y yo tenemos muchos amigos en Salinas. Nuestra madre vino de allí. Y nuestro padre iba a menudo allí a llevar leña.

Allen luchaba contra su turbación.

-No pude hacer andar al viejo *Ford*, si no, hubiera ido en él.

-¿Usted tiene un *Ford*, entonces?

María se impresionó.

-Un viejo *Ford*, solamente.

-Nosotras hemos dicho, Rosa y yo, que algún día también podremos tener un *Ford*. Entonces viajaremos a muchos sitios. He oído decir a hombres muy ricos que viajar es bueno.

Como para ilustrar la conversación, un viejo *Ford* apareció sobre el cerro y bajó rugiendo hacia ellos. María empuñó las riendas.

-*Lindo*, ¡calma! - advirtió.

Lindo no prestaba la menor atención ni a María ni al *Ford*. Mr. y Mrs. Munroe iban en el *Ford*. Bert estiró el cuello mientras pasaban.

-¡Dios! ¿Viste eso? - preguntó riendo-. ¿Viste a ese viejo asesino de mujeres con María López?

Mrs. Munroe sonrió.

-Mira - exclamó Bert -. Sería un buen chiste contar a la vieja Hueneker que vimos a su viejo huyendo con María López.

-No hagas nada semejante - insistió su esposa.

-Pero sería un buen chiste. Tú sabes cómo habla ella de él.

-No, ¡no lo hagas, Bert!

Entretanto, María seguía guiando y conversando candidamente con su mal dispuesto convidado, -Usted no viene a nuestra casa a buscar enchiladas. No hay enchiladas como las nuestras. Pues, mire, aprendimos de nuestra madre. Cuando ella vivía, todos decían, incluso en San Juan y en Gilroy, que ninguna otra mujer podía hacer tortillas tan chatas, tan finitas. Usted debe saber que es el batido, siempre el batido, lo que da una tortilla buena y delgada. Nadie batió jamás tanto tiempo como nuestra madre, ni siquiera Rosa. Ahora voy a Monterrey en busca de harina, porque es más barata allí.

Allen Hueneker se sumergió en su parte de asiento y deseó llegar a la estación del ómnibus.

La tarde declinaba ya cuando María volvía a su casa.

-Pronto llegaremos - dijo alegremente a *Lindo* -. Ten valor, amigo mío, el camino es corto ya.

María bullía de expectación. En un exceso de extravagancia había comprado cuatro barritas de caramelo, pero eso no era todo. Para Rosa traía un regalo, un par de ligas de seda

Librodot

con grandes amapolas rojas aplicadas a los costados. En su imaginación podía ver a Rosa poniéndoselas y luego levantándose la falda... modestamente, por supuesto. Ambas mirarían las ligas en un espejo apoyado sobre el piso. Rosa adelantaría un poquito la punta del zapato y después las hermanas llorarían de felicidad. En el patio, María desensilló lentamente a su jamelgo. Era bueno diferir la alegría, pues al hacerlo la aumentaba. Ella lo sabía. La casa estaba silenciosa. No había vehículos que indicaran la presencia de parroquianos. María colgó el viejo arnés y condujo a *Lindo* a la pradera. Luego sacó las barritas de caramelo y las ligas y se dirigió lentamente hacia la casa. Rosa estaba sentada ante una de las rnesitas, una Rosa callada y reprimida, una Rosa ceñuda y doliente. Sus ojos parecían vidriosos y ciegos. Sus gordas y firmes manos estaban cerradas sobre la mesa. No se volvió ni dio señal alguna de reconocimiento cuando entró María. La hermana se detuvo y la miró fijamente.

-Rosa - dijo tímidamente-. Estoy de regreso en casa, Rosa.

La aludida volvióse con toda calma, contestando:

-Sí.

-¿Estás enferma, Rosa?

Los vidriosos ojos se habían dirigido de nuevo a la mesa.

-No.

-Tengo un regalo, Rosa. Mira, Rosa - y sostuvo en alto las magníficas ligas.

Lentamente, muy lentamente, los ojos de Rosa se deslizaron hacia las brillantes amapolas rojas y luego hacia el rostro de María, que se hallaba en suspenso, lista a estallar en un sonoro entusiasmo. Los ojos de Rosa se bajaron, y dos gruesas lágrimas corrieron por dos surcos a los lados de la nariz.

-Rosa, ¿ves el regalo? ¿No te gusta, Rosa? ¿No quieres ponértelas, Rosa?

-Tú eres mi buena hermanita.

-Rosa, dime, ¿qué ocurre? Estás enferma. Debes contarle a tu María. ¿Vino alguien?

-Sí - dijo Rosa vacuamente -. Vino el comisario.

María parloteó, excitada.

-¿El comisario vino? Ahora llegó la nuestra. Ahora seremos ricas. ¿Cuántas enchiladas, Rosa? Dime cuántas para el comisario.

Rosa salió de su apatía. Fue hacia María y la rodeó maternalmente con sus brazos.

-¡Mi pobre hermanita! - dijo -. Ahora no podremos vender enchiladas nunca más. Ahora deberemos vivir como antes, sin vestidos nuevos.

-Rosa, estás loca. ¿Por qué me hablas de este modo?

- Es verdad. Vino el comisario. «Tengo una denuncia contra ustedes», me dijo. «Tengo una denuncia diciendo que ustedes dirigen una mala casa.»

-«Pero si eso es mentira», dije yo. «Una mentira y un insulto para nuestra madre y para el general Vallejo.»

-«Tengo una denuncia», me dijo. «Ustedes deben cerrar sus puertas o yo las arrestaré por dirigir una mala casa.»

-«Pero si es mentira», traté de hacerle comprender.

-«Recibí una queja esta tarde», dijo. «Cuando tengo una queja, yo no puedo hacer nada más que cumplir mi deber. Así es, Rosa.» Me habló como un amigo. «Soy sólo el servidor de las personas que presentan quejas.» Y ahora comprende, María, hermana mía, que debemos volver al antiguo modo de vida.

Dejó a la agobiada María y volvió a la mesa. Durante un momento María trató de comprenderlo y luego sollozó histéricamente.

-¡Cállate, María! He estado pensando. Tú sabes que es cierto que nos moriremos de hambre si no podemos vender enchiladas. No me censures demasiado cuando te diga esto. He tomado una resolución. Mira, María, iré a San Francisco y seré una mala mujer.

Su cabeza cayó entre sus gordas manos. El sollozar de María había cesado. Se acercó cautelosamente a su hermana.

-¿Por dinero? - murmuró con horror.

Librodot

-Sí - exclamó Rosa amargamente -. Por dinero. Por mucho dinero. Y que la Buena Madre me perdone.

María la dejó entonces y echó a correr hacia el zaguán, donde se situó delante de la Virgen de porcelana.

-He puesto velas - gritó -. He puesto flores todos los días.

Santa Madre, ¿qué pasa con nosotras? ¿Por qué dejas que suceda esto?

Luego se arrodilló y rezó ¡cincuenta Avemarias! Se persignó y se puso de pie. Su cara aparecía tensa pero decidida.

En el otro cuarto, Rosa aún estaba sentada, inclinada sobre la mesa.

-¡Rosa! - chilló María agudamente-. Soy tu hermana. Yo seré lo que tú seas. - Tragó saliva con gran esfuerzo -. Rosa, iré a San Francisco contigo. Yo también seré una mala mujer...

Entonces la reserva de Rosa se quebró. Levantándose, le dio un enorme abrazo. Y durante largo rato las hermanas López lloraron histéricamente una en brazos de la otra.

CAPÍTULO VIII

Molly Morgan descendió del tren en Salinas y esperó el ómnibus tres cuartos de hora. El autocar venía vacío, a excepción del conductor. Subió Molly.

-Nunca he estado en Las Praderas del Cielo, ¿sabe? - dijo -. ¿Queda lejos el camino principal?

-Unas tres millas - contestó el conductor.

-¿Habrá un auto para llevarme al valle?

-No, a menos que la aguarden.

-¿Pero cómo llega la gente hasta allí?

La rueda del vehículo rodó sobre el cuerpo aplastado de una liebre americana, con evidente satisfacción.

-Sólo las golpeo cuando están muertas - se disculpó -. En la obscuridad, cuando se encandilan con las luces, trato de esquivarlas.

-Sí, ¿pero cómo voy a llegar a Las Praderas del Cielo?

-No sé. Caminando, supongo. La mayoría de las personas van andando si no las aguardan.

Cuando la dejó a la entrada del sucio camino lateral, Molly Morgan recogió ceñudamente su maleta y marchó hacia el barranco de los cerros. Un viejo *Ford* chirrió junto a ella.

-¿Va al valle, señorita?

-Oh... sí, sí, voy.

-Bien, suba, pues. No necesita asustarse, Soy Pat Humbert. Tengo una finca en Las Praderas.

Molly examinó al hombre y admitió su presentación.

-Soy la nueva maestra; es decir, creo serlo. ¿Sabe usted dónde vive Mr. Whiteside?

-Seguro; precisamente voy cerca de allí. Es el secretario de la Junta. Yo mismo soy de la Junta, ¿sabe? Nos preguntábamos a quién se parecería usted.

Entonces se turbó por lo que había dicho, y se sonrojó debajo de la capa de color terroso que cubría su rostro.

-Naturalmente quise decir cómo sería usted. La última maestra que tuvimos nos ocasionó bastantes dificultades. Era muy buena, pero estaba enferma... quiero decir, enferma y nerviosa.

Finalmente renunció porque estaba enferma.

Molly tiró de las puntas de los dedos de sus guantes.

-Mi carta dice que debo visitar a Mr. Whiteside. ¿Es aceptable? No quiero decir eso. Quiero decir.... ¿es...? ¿Qué clase de hombre es?

-Oh, se llevará perfectamente con él. Es un anciano excelente. Nació en la casa en que vive. Ha ido a la escuela secundaria, también. Es un hombre bueno. Hace más de veinte años que es secretario de la Junta.

Cuando la dejó frente a la vieja casona de John Whiteside, ella estaba realmente asustada.

«Ahora llega - se dijo -. Pero no hay que temer. No puede hacerme nada.»

Molly sólo tenía diecinueve años. Sintió que aquella entrevista para su primer empleo era un tremendo paso en su existencia entera.

El caminar hacia la puerta no la alentó, pues el sendero estaba situado entre pequeños y compactos macizos de flores circundados de boj recortado, que se reproducía seguramente con la admonición: «Ahora creced y multiplicaos, pero no crezcáis demasiado alto, ni os multipliquéis magnánimamente, y sobre todas las cosas, ¡apartaos de este sendero!» Se advertía la presencia de una mano en estas flores; una mano orientadora y correctora. La gran casa blanca era muy digna. Había persianas venecianas de madera amarilla, entornadas para que no entrara el sol del mediodía. A mitad de camino, por el sendero, Molly divisó la

entrada. Había una galería amplia, cálida y acogedora como un abrazo. A través de su mente voló este pensamiento: «Con seguridad puede predecirse la hospitalidad de una casa por su entrada. Supongamos que tuviera una puertecita y no un pórtico». Pero a pesar de lo acogedor de las anchas gradas y el vasto portal, su timidez se adhirió a ella cuando tocó el timbre. La gran puerta se abrió, y una mujer fuerte y reconfortante apareció sonriendo ante Molly.

-Espero que no vendrá para vender algo- dijo Mrs. Whiteside -. Nunca quiero comprar nada, y siempre lo hago, y después me enfurezco.

Molly se rió. Se sintió súbitamente muy contenta. Hasta ese momento no había sabido realmente cuan asustada estaba.

-Oh, no - exclamó -. Soy la nueva maestra. Mi carta dice que debo hablar con Mr. Whiteside. ¿Puedo verlo?

-Bueno; es mediodía y justamente estaba terminando de almorzar. ¿Usted almorzó?

-Oh, naturalmente. Quiero decir que no.

Mrs. Whiteside se rió entre dientes y se apartó para que entrara.

-Bien, me alegro de que esté segura.

Condujo a Molly a un espacioso comedor, provisto de aparadores de caoba y de cristal. Sobre la mesa cuadrada estaban en desorden los platos de una comida.

-Hola, John debe haber terminado y ya se fue seguramente. Siéntese, señorita. Traeré el asado.

-Oh, no. De veras, gracias, no; sólo hablaré con Mr. Whiteside y luego me retiraré.

-Siéntese. Usted necesita nutrirse para afrontar a John.

-¿Es muy severo con las maestras nuevas? Quiero decir...

-Según - replicó Mrs. Whiteside -, eso depende. Si no han almorzado es un oso cabal. Les grita. Pero cuando acaban de levantarse de la mesa es solamente feroz.

Molly se rió de buena gana.

-Ustedes tienen hijos - dijo -. Oh, ustedes han criado muchísimos hijos... y les gustan.

Mrs. Whiteside se enfurruñó.

-Un hijo me lanzó a mí. Me lanzó más allá del techo. Eso fue demasiado duro para mí. Ahora está fuera, criando vacas, pobre diablo. No creo que lo «elevara» demasiado alto.

Cuando Molly hubo terminado de comer, Mrs. Whiteside abrió de par en par una puerta lateral y llamó:

-John, aquí hay alguien que desea verte.

Empujó a Molly hacia el interior de una habitación que era una especie de biblioteca, pues había grandes armarios cargados de libros gruesos, viejos y agradables, todos afiligranados en oro, y una especie de sala. Había una chimenea de ladrillo con una repisa de pequeñas tejas rojas, y sobre la repisa los más extraordinarios floreros. Colgada de un clavo, encima de la repisa, oscilando realmente, como un rifle colgando de una correa, había una enorme pipa de espuma de mar al estilo Jaeger. Cerca de la chimenea, se veían sillones de cuero con borlas de cuero que colgaban, todos ellos mecedores, con esta clase de resortes que cantan cuando uno se balancea. Y por último, la habitación era una especie de oficina, pues había un anticuado escritorio de topa rodante, y detrás de él estaba sentado John Whiteside. Cuando alzó la vista, Molly comprobó que tenía a la vez los ojos más afables y severos que jamás había visto, y el cabello más blanco, también. Mucho cabello de un blanco azulado, sedoso, un gran plumero de cabellos.

-Soy Miss Morgan - comenzó formalmente.

-Oh, sí, Miss Morgan, la estaba esperando. ¿No quiere sentarse?

Se sentó en una de las grandes mecedoras y los resortes chirriaron con suave dolor.

-Me encantan estos sillones - dijo-. Solíamos tener uno cuando yo era chica - luego se sintió tonta-. He venido para conversar con usted acerca de este puesto. Mi carta así lo indica.

-No esté tan tiesa, Miss Morgan. Hace años que converso con todas las maestras. Y - agregó sonriendo - todavía no sé cómo comenzar.

-Oh... me alegro, Mr. Whiteside. Nunca solicité un empleo antes de ahora. Realmente tenía miedo.

-Bien, Miss Morgan, hasta donde puedo imaginármelo el propósito de esta entrevista es proporcionarme un ligero conocimiento de su pasado y de la clase de persona que usted es. Se supone que yo sabré algo de usted cuando haya terminado. Y ahora que está enterada de mi propósito, creo que se sentirá consciente de sí misma y ansiosa de causar una buena impresión. Quizá si me habla un poquito de usted misma, todo marchará perfectamente. Sólo unas cuantas palabras acerca de la clase de muchacha que es y de dónde viene.

Molly asintió rápidamente.

-Sí, trataré de hacerlo, Mr. Whiteside. - Y sumió su mente en el pasado.

«Era la casa vieja, escuálida, sin pintar, con su ancho pórtico atrás y las redondas tinas apoyadas contra la barandilla. En lo alto de un gran sauce sus dos hermanos, Joe y Tom, prorrumpían en gritos: «Ahora soy un águila». «Ahora soy un loro". «Ahora soy un pollo viejo». «¡Obsérvame!»

»La mampara del pórtico de atrás se abrió y su madre se asomó, cansadamente. Su cabello na quedaba alisado por más que lo peinara. Espesas mechones le colgaban a los lados de la cara. Sus ojos estaban siempre un poco rojos, y sus manos y puños penosamente agrietados. - Tom, Joe - llamó -. Os haréis daño ahí arriba. ¡No me atormentéis así, muchachos! ¿No queréis nada a vuestra madre? - Las voces del árbol se acallaron. Los chillones espíritus del águila y del pollo viejo se empaparon de autorreproches. Molly estaba sentada en el polvo, envolviendo un trapo alrededor de un palo y haciendo todo lo posible por imaginarlo como una dama alta con un vestido. - Molly, entra y quédate con tu madre. Estoy tan fatigada hoy...

»Molly puso el palo derecho en el polvo abundante. - Usted, señorita - murmuró ferozmente-. Usted será azotada en el traste desnudo cuando yo vuelva. - Luego entró obedientemente en la casa.

»Su madre estaba sentada en una silla, en la cocina. - Súbete, Molly. Siéntate conmigo un ratita. ¡Quiéreme, Molly! Quiere a tu madre un poquitín. Tú eres la nenita buena de mamá, ¿verdad? - Molly se retorcía en su silla-. ¿No quieres a tu madre, Molly?

»La chiquilla se sentía muy desdichada. Sabía que su madre lloraría dentro de un momento y entonces se vería obligada a acariciarle su duro cabello. Tanto ella coma sus hermanos sabían que debían querer a su madre. Ésta hacía todo por ellos. Se avergonzaban de aborrecer aquello de estar a su lado, pero no podían evitarlo. Cuando los llamaba y no estaban a la vista, fingían no oír y se alejaban sigilosamente, hablando en voz baja.»

-Bueno, para empezar, éramos muy pobres - dijo Molly a John Whiteside -. Creo que realmente estábamos agobiados por la pobreza. Tenía dos hermanos un poco mayores que yo. Mi padre era viajante, pero aun así mi madre tenía que trabajar. Trabajaba mucho para nosotros.

«Más o menos una vez cada seis meses ocurría un gran acontecimiento. Por la mañana la madre se deslizaba silenciosamente del dormitorio. Su cabello estaba cepillado tan tersamente contó era posible: sus ojos chispeaban y se la veía feliz y casi bonita Susurraba: ¡Quietos, chicos! Vuestro padre está en casa.

»Molly y sus hermanos salían a hurtadillas de la casa, pero incluso en el patio hablaban con excitado murmullo. Las noticias circulaban rápidamente por el vecindario. Pronto el patio se llenaba de niños cuchicheando. -Dicen que tu padre está en casa. ¿Está de veras tu padre en casa? ¿Dónde ha estado esta vez? - Hacia mediodía había, una docena de chicos de pie, en grupitos expectantes, previniéndose unos a otros que permanecieran callados.

»A mediodía la mampara del pórtico se abría de pronto y golpeaba contra la pared. El padre salía de un brinco. - ¡Hola! -vociferaba-. ¡Hola, chicos! - Molly y sus hermanos se le arrojaban encima y abrazaban sus piernas, mientras él los cogía y los lanzaba al aire como a gatitos.

»Mrs. Morgan revoloteaba en torno, cloqueando de emoción. -Niños, niños. No arruguéis el traje de vuestro padre.

»Los vecinitos daban volteretas sobre las manos y luchaban a brazo partido y chillaban de alegría. Era mejor que cualquier día de fiesta.

»-Esperad a ver - gritaba su padre-. Esperad a ver lo que os he traído. Es un secreto ahora. - Y cuando la histeria se había calmado un poco, llevaba su maleta al pórtico y la abría. Había regalos coma nadie había visto jamás, juguetes mecánicos desconocidos: cucarachas de lata que se arrastraban, bailarines negros de madera y asombrosas palas de vapor que funcionaban en la arena. Había soberbias bolas de vidrio con osos y perros en el interior. Tenía algo para cada uno, varias cosas para cada uno. Aquello era todos los grandes días festivos reunidos en uno.

»Habitualmente, era media tarde antes de que los chicos se tranquilizaran lo bastante como para no chillar de vez en cuando. Pero al fin George Morgan se sentaba en las gradas y todos lo rodeaban mientras relataba sus aventuras. Esta vez había estado en Méjico mientras tenía lugar una revolución. Había ido otra vez a Honolulú, había visto el volcán y había surcado las olas. Siempre había ciudades y personas, personas extrañas; siempre aventuras y un centenar de incidentes cómicos, más cómicos que todos los que habían oído. No podía contarlo todo de una vez. Por eso, al volver de la escuela tenían que reunirse para oír más y más. George Morgan correteaba a través de todo el mundo, recogiendo aventuras gloriosas.»

- En cuanto a mi vida de hogar - dijo Miss Morgan-, creo casi que no tuve padre. Muy pocas veces podía verlo a causa de sus viajes de negocios.

John asintió gravemente.

Las manos de Molly crujieron en su regazo y sus ojos se obscurecieron.

«Una vez trajo en una caja un perrito regordete y lanudo, que mojó el piso inmediatamente.

»- ¿Qué clase de perro es? -preguntó Tom, como si fuera un entendido.

»Su padre se rió mucho. ¡Era tan joven! Parecía veinte años más joven que la madre. - Es un perro de un dólar y medio - explicó-. Tú consigues una enorme cantidad de clases de perros por un dólar y medio - aclaró-. Es como... Supongamos que entras en una confitería y dices: "Quiero cinco centavos de pastillas de menta, de goma y de oruzuz y chicles de frambuesa". Bien, yo entré y dije: "Déme un dólar y medio de perro mezclado". De esta clase es. Es el perro de Molly, y ella tiene que Ponerle un nombre.

»Voy a llamarlo George - dijo Molly.

»Su padre se inclinó extrañamente ante ella y dijo: -Gracias, Molly-. Todos advirtieron que no se estaba burlando, tampoco.

»Molly se levantó muy temprano, a la mañana siguiente, y llevó a George por el patio para mostrarle los secretos. Alzó la tabla bajo la que había enterrado dos peniques y un botón de oro de un policía. Puso sus patitas delanteras por encima de la cerca del fondo para que pudiera mirar la escuela, calle abajo. Por último trepó a un sauce, llevando a George debajo de un brazo. Tom salió de la casa y anduvo paseando bajo el árbol. -Cuidado, no lo dejes caer - advirtió Tom, y precisamente en aquel momento el cachorro se zafó de los brazos de Molly y cayó. Al caer, se dio un horrible porrazo. Una pata se le dobló en un caprichoso ángulo y el perrito exhaló largos y horribles gritos, con sollozos entre jadeos. Molly descendió del árbol embotada y aturdida por el accidente. Tom se inclinó sobre el cachorro, blanco y retorcido de dolor el rostro, y George, el perrito, siguió gritando y gritando.

-»No podemos dejarlo - exclamó Tom -. No podemos dejarlo así. - Y fue a la pila de leña y trajo un hacha. Molly estaba demasiado estupefacta para retirar la vista, pero Tom cerró los ojos y golpeó. Los gritos cesaron bruscamente. Tom arrojó lejos de sí el hacha y saltó por la cerca del fondo. Molly lo vio escaparse como si lo persiguieran.

»En aquel momento Joe y su padre salieron por la puerta trasera. Molly recordó qué macilenta y delgada y gris estaba la cara de su padre; hasta la hizo llorar... -Yo lo dejé caer del árbol y se hirió, y Tom lo golpeó, y después Tom huyó.-Su voz parecía malhumorada. El padre ciñó la cabeza de Molly contra su cadera.

»- ¡Pobre Tom! - dijo -. Molly, acuérdate de no decirle nunca nada a Tom acerca de esto, y nunca lo mires como si lo recordaras. - Arrojó un saco de yute sobre el cachorro -. Debemos organizar su entierro - dijo-. ¿Te conté alguna vez el funeral chino al que asistí, el papel de colores que lanzan al aire y los regordetes cerditos asados sobre la tumba? Joe se acercó más, y hasta los ojos de Molly adquirieron un destello de interés, "Pues era de este modo"...»

Molly miró a John Whiteside y vio que parecía estar estudiando un documento sobre su escritorio.

- Cuando yo tenía doce años, mi padre murió en un accidente - dijo.

«Las grandes visitas habitualmente duraban alrededor de dos semanas. Siempre había una tarde en que George Morgan se dirigía al pueblo y no volvía hasta la noche. La madre ordenaba a los chicos acostarse temprano, pero ellos podían oírlo regresar, tropezando un poco contra los muebles, y podían oír su voz a través de la pared. Éstas eran las únicas veces en que su voz sonaba triste y desanimada. Permaneciendo en sus camas con el aliento contenido los chicos sabían lo que significaba aquello. Por la mañana se iría y sus corazones se irían con él.

»Sostenían interminables discusiones acerca de lo que hacía. Su padre era un alegre argonauta, un caballero de plata. Virtud y Belleza (usaba ese escudo). - Alguna vez - decían los muchachos - alguna vez, cuando seamos mayores, iremos con él y veremos todas esas cosas.

»- Yo también iré - insistía Molly.

»-Oh, tú eres una niña. No puedes ir, ya lo sabes.

»-Pero él me permitiría ir, vosotros sabéis que sí. Alguna vez me llevará con él. Ya lo veréis, »Cuando se marchaba, la madre lloraba de nuevo, y sus ojos enrojecían. Quejosamente les reclamaba cariño, como si fuera un paquete que pudieran depositar en su mano.

»Una vez su padre se marchó y no volvió más. Nunca les había enviado dinero ni les había escrito, pero esta vez simplemente desapareció para siempre. Esperaron dos años y luego su madre les dijo que había muerto. Los chicos se estremecieron ante la idea, pero se negaron a creerla, porque ningún ser tan hermoso y apuesto como su padre podía estar muerto. En algún lugar del mundo, se hallaba corriendo aventuras. Había alguna buena ratón por la cual no podía volver a ellos. Algún día, cuando la razón desapareciera, él vendría. Alguna mañana llegaría con regalos más lindos y cuentos mejores que nunca. Pero su madre decía que debía haber sufrido un accidente. Tenía que haber muerto. Su madre estaba loca. Leía esos anuncios que ofrecían ayudarla a ganar dinero en su casa. Los chicos hacían flores de papel y ruborosamente trataban de venderlas. Los varones intentaron vender revistas, y la familia entera estuvo a punto de desfallecer de hambre. Finalmente, cuando no pudieron soportar más, los muchachos huyeron y se incorporaron a la armada. Después, Molly los vio tan raramente coma había vista a su padre, y estaban tan cambiados, tan hoscos y ruidosas, que ella ni siquiera se preocupó, pues sus hermanos le resultaban unas extraños.»

-Cursé el colegio secundario y después fui a San José e ingresé en la Escuela Normal. Trabajé por la comida y el cuarto en casa de Mrs. Allen Morit. Antes de terminar la escuela murió mi madre, de manera que supongo que soy una especie de huérfana, ya lo ve.

-Lo siento - murmuró suavemente John Whiteside.

Molly se sonrojó.

-No busco su compasión, Mr. Whiteside. Usted dijo que necesitaba saber de mí. Todos llegamos a huérfanos alguna vez.

«Molly trabajaba por el alimento y la habitación. Realizaba el trabajo de una sirvienta durante todo el día, sólo que no recibía ningún salario. El dinero para vestirse tenía que reunido trabajando en una tienda durante las vacaciones de verano. Mrs. Morit adiestraba a sus empleadas: - yo puedo tomar una chica inexperta, que no vale un céntimo - decía a menudo -. Y cuando esa chica ha trabajado para mí seis meses, puede ganar cincuenta dólares al mes. Muchísimas mujeres lo saben y me arrebatan mis chicas. Ésta es la primera estudiante que he probado, pero incluso ella demuestra grandes progresos. Lee demasiado, sin embargo. Yo siempre digo que una sirvienta debe estar dormida a las diez, de lo contrario no puede efectuar bien su trabajo.

»El método de Mrs. Morit era de constante crítica y sermoneo, cumplido en un tono justo y firme. - Bueno, Molly, no quiero encontrar defectos, pero si usted no seca mejor la plata, quedará rayada. El cuchillo de la manteca va así, Molly... Después, puedo poner el vaso aquí.

»- Siempre doy una razón para todo - decía a sus amigos.

»Por la noche, después de lavar los platos, Molly se sentaba en su cama y estudiaba, y cuando apagaban la luz, se acostaba y pensaba en su padre. Resultaba ridículo hacerlo, lo sabía. Era una pérdida de tiempo. Su padre llegaba a la puerta, vestido de chaqué, pantalones de fantasía y chistera. Llevaba un enorme ramo de rosas rojas en la mano. -No pude venir antes, Molly. Ponte el abrigo rápidamente. Primero vamos a comprar ese vestido de noche que se exhibe en el escaparate de «Prusia», pero tendremos que apurarnos. Tengo billetes para el tren de Nueva York de esta noche. ¡Aprisa, Molly! No te quedes parada ahí, como una torpe. -Era una tontería. Su padre había muerto. Pero no, realmente no creía que hubiera muerto. En alguna parte del universo vivía brillantemente, y alguna vez retornaría.

»Molly manifestó a una de sus amigas de la escuela:

»- De veras no lo creo, ya lo ves, pero no dejo de creerlo. Si alguna vez supiera que ha muerta, sería terrible. No sé lo qué haría, entonces. No quiera estar segura de que ha muerto.

»Cuando murió su madre, no sufrió gran cosa, pero tuvo vergüenza. Su madre había deseado tanto ser arriada, pero no había sabida cómo inspirar cariño. Sus importunidades habían fastidiada a las chicas y las habían alejado.

-Bien, eso es todo - terminó Molly -. Obtuve mi diploma y luego me enviaron aquí.

-Ésta es seguramente la entrevista más fácil que he llevado a cabo - dijo John Whiteside.

-¿Entonces cree que conseguiré el puesto?

El anciano echó una rápida y parpadeante mirada a la gran pipa de espuma de mar que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

«Ésta es su pipa - pensó Molly -. Comparte ciertos secretos con esa pipa.»

-Sí, creo que conseguirá el puesto. Creo que lo tiene ya. Ahora bien, Miss Morgan, ¿dónde va a vivir? Debe encontrar alimento y habitación en algún sitio.

Antes de saber lo que iba a decir, ya había soltado abruptamente:

-Quiero vivir aquí.

John Whiteside abrió sus ojos con asombro.

-Pero nunca tomamos pensionistas, Miss Morgan.

-Oh, lamento haberlo dicho. Me gustó tanto, ¿comprende?

Él llamó: «Willa», y cuando su esposa apareció en la puerta semiabierta:

-Esta joven quiere estar de pensionista con nosotros. Es la nueva maestra.

Mrs. Whiteside frunció el ceño:

-No sé. Nunca tomamos pensionistas. Es demasiado bonita para estar cerca de ese tonto de Bill. ¿Qué les pasará a sus vacas? Sería mucha molestia. ¿Puede dormir en el tercer dormitorio de arriba? - dijo a Molly -. No da mucho el sol, con todo.

La vida cambió de aspecto. De pronto Molly descubrió que era una reina. Desde el primer día los chicos de la escuela la adoraron, pues ella los comprendía, y, lo que era más, dejaba que la comprendieran. Le llevó algún tiempo darse cuenta de que se había convertido en una persona importante. Si dos hombres discutían en el almacén sobre un punto de historia o de literatura o de matemáticas, y la controversia se estancaba, aquello acababa con «¡Acudamos a la maestra! Si ella no lo sabe, lo averiguará». Molly se sentía orgullosa de ser capaz de decidir tales cuestiones. En las fiestas tenía que ayudar en los adornos y en los refrescos.

-Creo que pondremos ramas de pino por todas partes. Son lindas y huelen tan bien. Huelen a fiesta.

Se suponía que ella lo sabía todo y que debía ayudar en todo, y eso la encantaba.

En el hogar de los Whiteside trabajaba como esclava en la cocina, bajo el refunfuñar de Willa. Al cabo de seis meses, Mrs. Whiteside rezongó ante su marido:

-¡Vamos!, si Bill tuviera un poco de juicio. Pero entonces - continuaba-si *ella* tuviera un poco de juicio...-y allí lo dejaba.

De noche, Molly escribía cartas a los contados amigos que se había ganado en la Escuela Normal, cartas llenas de pequeñas historias sobre sus vecinos y llenas de alegría. Tenía que asistir a todas las fiestas a causa del prestigio social de su posición. Los sábados corría por entre los cerros y traía heléchos y flores silvestres para plantar en derredor de la casa.

Bill Whiteside echó un vistazo a Molly y volvió a escurrirse junto a sus vacas. Pasó mucho tiempo antes de que encontrara valor para hablar con ella. Era un joven corpulento y simple que no poseía el equilibrio de su padre ni el humor de su madre. Eventualmente, sin embargo, se deslizaba tras Moíly y la buscaba a distancia.

Un atardecer, con una especie de sentimiento de acción de gracias por su felicidad, Molly contó a Bill lo de su padre. Estaban sentados en sillas de lona en la amplia galería, esperando la luna. Le contó lo de las visitas, y luego lo de la desaparición.

-¿Comprende lo que siento, Bill? - exclamó -. Mi cariñoso padre está en algún sitio. Es mío. Usted cree que vive, ¿verdad, Bill?

-Puede ser - dijo Bill-. Por lo que usted dice, era una especie de tunante irresponsable, sin embargo. Perdóneme, Molly. Con todo, si está vivo, es curioso que nunca haya escrito.

Molly sintió un escalofrío. Era precisamente la clase de razonamiento que desde hacía tiempo eludía con buen resultado.

En lo alto de un cerro que bordeaba el valle de Las Praderas del Cielo, había una vieja cabaña que dominaba el panorama de la región entera y de todas las rutas de la vecindad. Se decía que el bandido Vázquez había construido la cabaña y vivido en ella un año mientras los policías se abrían paso a través de la comarca, buscándolo. Era un mojón. Toda la gente del valle había ido a verla en una u otra oportunidad. Casi todos preguntaron a Molly si había estado ya allí.

-No - dijo ella -, pero subiré algún día. Iré algún domingo.

Sé dónde está el sendero que lleva hasta allá.

Y una mañana se puso sus botas nuevas y su falda de pana. Bill se acercó y se ofreció para acompañarla.

-No - dijo ella -. Usted tiene que trabajar. No puedo alejarlo de su trabajo.

-¡Que cuelguen al trabajo! - exclamó Bill.

-Bueno... preferiría ir sola. No quiero herir sus sentimientos, pero quiero ir sola, Bill.

Lamentaba no dejar que la acompañara, pero el comentario sobre su padre la había asustado.

«Quiero tener una aventura - se dijo -. Si viene Bill, no será en absoluto una aventura. Será una excursión simplemente.»

Le llevó una hora y media el ascender el empinado sendero bajo los robles. Las hojas sobre la tierra estaban tan resbaladizas como el cristal, y el sol quemaba. El fuerte olor a heléchos, musgo húmedo y yerbabuena llenaba el aire. Cuando Molly llegó por fin a la cima de la colina, estaba húmeda y aireada. La cabaña se hallaba en un pequeño claro del matorral: un cuartito cuadrado de madera, sin ventanas. Su entrada sin puerta era una sombra negra. El lugar era silencioso; esa clase de silencio zumbante que producen las moscas, las abejas y los grillos. Toda ls ladera cantaba suavemente al sol. Molly se acercó de puntillas. Su corazón latía violentamente.

-Esto es lo que se llama una aventura - murmuró -. Ahora estoy en medio de una aventura en la cabaña de Vázquez.

Atisbó la entrada y vio escabullirse a un lagarto. Una telaraña cayó sobre su frente como si tratara de detenerla. No había absolutamente nada en la cabaña, nada sino el sucio piso y las podridas paredes de madera, y el olor seco de la tierra que ha estado largo tiempo protegida del sol. Molly estaba agriadísima. «De noche se sentaba aquí. A veces, cuando oía ruidos como de hombres arrastrándose hacia él, salía de la puerta como un fantasma o una sombra y se fundía en la obscuridad.» Miró hacia Las Praderas del Cielo. Los huertos aparecían en cuadrados verde obscuro; el grano estaba amarillo y detrás de los cerros, un castaño claro matizaba con el color de la alhucema. Entre las granjas, los caminos serpenteaban y ondulaban, esquivando un sembrado, formando curvas alrededor de un inmenso árbol, circundando a medias el flanco de un cerro. Sobre el valle entero se extendía un velo de cálido resplandor. «Irreal - musitó Molly - fantástico. Es un cuento, un verdadero cuento, y yo estoy en plena aventura.» Una brisa surgió del valle como el suspiro de un durmiente y después se apaciguó.

«Durante el día el joven Vázquez miraba hacia el valle exactamente como lo estoy mirando yo. Permanecía aquí mismo y miraba los caminos de allí abajo. Usaba un chaleco púrpura con galones dorados y los pantalones, en sus delgadas piernas, se ensanchaban como bocas de trompeta. Las rodajas de sus espuelas estaban envueltas con cintas de seda, para impedir que sonaran. A veces veía a los policías cabalgando por el camino inferior. Por suerte para él, los hombres se inclinaban sobre los pescuezos de sus caballos y no miraban hacia las cumbres de los cerros. Vázquez se reía, pero tenía miedo, también. A veces cantaba. Sus canciones eran dulces y tristes porque sabía que no podía vivir mucho tiempo.»

Molly se sentó en el camino y apoyó la barbilla en las manos ahuecadas. El joven Vázquez se hallaba de pie, junto a ella, y Vázquez tenía la cara alegre de su padre, sus ojos brillantes como cuando llegaba al pórtico gritando: «¡Hola, chicos!». Aquella era la clase de aventura que su padre disfrutaba. Molly se sacudió levantándose. «Ahora quiero volver al principio y pensarlo todo de nuevo.»

En las últimas horas de la tarde Mrs. Whiteside envió a Bill en busca de Molly.

-A lo mejor se ha torcido un tobillo. - Pero Molly emergió del sendero justamente cuando Bill se aproximaba.

-Empezábamos a preguntarnos si se habría perdido - dijo Bill -. ¿Subió usted hasta la cabaña?

-Sí.

-Curiosa casilla vieja, ¿no es cierto? Una vieja leñera. Hay una docena de casas así, exactamente iguales por aquí. Le sorprendería, no obstante, la cantidad de personas que suben allí para mirarla. Lo gracioso, es que nadie está seguro de que Vázquez haya estado alguna vez allí.

-Oh, yo creo que debe haber estado.

-¿Qué la induce a creer eso?

-No sé.

Bill se puso serio.

-Todos creen que Vázquez era una especie de héroe, cuando en realidad no era sino un ladrón. Empezó robando ovejas y caballos y terminó asaltando diligencias. Tuvo que matar a unas cuantas personas para hacerlo. Me parece, Molly, que debemos enseñar a las gentes a odiar a los salteadores, no a adorarlos.

-Naturalmente, Bill - dijo fastidiada-. Tiene usted muchísima razón. ¿No le importaría que estuviéramos en silencio durante un ratito, Bill? Creo que estoy un poco cansada, y también nerviosa.

El año siguió avanzando. Los sauces echaron brotes, y las flores silvestres cubrieron los cerros. Molly se encontró querida y necesitada en el valle. Asistía incluso a las reuniones de la Junta Escolar. Había habido una época en que aquellas secretas y augustas conferencias se celebraban a puerta cerrada, siendo un misterio y un terror para todos. Cuando se pidió a Molly que pasara a la sala de John Whiteside, descubrió que la Junta discutía las cosechas, contaba historietas, y ponía en circulación chismes moderados.

Bert Munroe había sido elegido a principios del otoño y hacia la primavera era ya el miembro más enérgico. Él era quien planeaba los bailes en el edificio de la escuela, quien insistía en tener teatro y realizar jiras campestres. E incluso ofreció premios a los mejores boletines de clasificaciones de la escuela. La junta llegó a confiar mucho en Bert Munroe.

Una noche Molly bajó tarde de su habitación. Como siempre, cuando se reunía la Junta, Mrs. Whiteside se sentaba en el comedor.

-No pienso asistir a la sesión - dijo Molly -. Que se queden solos por una vez. A veces experimento la sensación de que contarían otra clase de historietas si yo no estuviera allí.

-¡Entre, Molly! No pueden celebrar una reunión de Junta sin usted. Están tan acostumbrados, que se perderían. Además, no estoy en absoluto segura de que quieran contar esas otras historietas.

Obedientemente Molly golpeó la puerta y entró en la sala. Bert Munroe interrumpió cortéstnente el cuento que narraba.

-Estaba relatándoles acerca de mi nuevo peón, Miss Morgan. Empezaré de nuevo, porque es curioso. Mire, yo necesitaba un jornalero y recogí a este sujeto que estaba bajo el puente del Río Salinas. Estaba bastante borracho, pero quería un empleo.

Ahora que lo tengo conmigo, encuentro que no vale un céntimo como peón, pero no me puedo librar de él. Ese hijo de una escopeta ha estado en todas partes. Deberían oírlo hablar sobre los lugares en que ha estado. Mis hijos no me dejarían librarme de él aunque lo quisiera. Puede tomar las cosas más pequeñitas y convertirlas en una magnífica historia. Mis hijos se sientan alrededor, con el oído atento, escuchándolo. Bueno, más o menos dos veces por semana se dirige a Salinas y se queda sin un real. Es uno de esos sucios borrachos consuetudinarios. Los polizontes de Salinas siempre me telefonean cuando lo encuentran en una cuneta. Yo tengo que ir a buscarlo. Y, saben, cuando vuelve, siempre trae alguna especie de regalo en su bolsillo para mi hijo Manny. No hay nada que hacer con un hombre como ese. Lo desarma a uno. No le saco un dólar de trabajo por mes.

Molly sintió nacer en ella un terror enfermizo. Los hombres se reían del cuento.

-Es usted demasiado blando, Bert. Usted no está en condiciones de mantener a un huésped en la finca. Yo seguramente me libraría pronto de él.

Molly se levantó. Temía espantosamente que alguien preguntara el nombre del individuo.

-No me encuentro muy bien esta noche - dijo -. Si ustedes, caballeros, me excusan, creo que me acostaré.

Los hombres se pusieron de pie mientras ella abandonaba el aposento. En su lecho, enterró la cabeza en la almohada.

«Es una locura» - se dijo -. «No hay esperanza en el mundo. Me olvido de todo eso ahora mismo.» Pero descubrió, consternada, que estaba llorando.

Las semanas siguientes fueron de agonía para Molly. Sentía desgana por salir de casa. Al ir y volver de la escuela observaba el camino a lo lejos. «Si veo a cualquier forastero, huiré. Pero es una tontería. Me estoy atontando.» Sólo en su propia habitación se sentía segura. Su terror le hizo perder el color, le quitó el brillo de los ojos.

-Molly, usted debe acostarse - insistía Mrs. Whiteside-No sea tontita. ¿Debo darle un beso como a Bill para que se acueste?

Molly no se iba a acostar. Pensaba en muchas cosas cuando estaba en la cama.

La próxima vez que se reunió la Junta, Bert Munroe no apareció. Molly se sintió reanimada y casi feliz ante su ausencia.

-Se encuentra mejor, ¿verdad, Miss Morgan?

-Oh, sí. Fue sólo una indisposición insignificante, una especie de resfriado. Si me hubiese acostado, me hubiese puesto enferma de verdad.

La sesión había empezado hacía ya una hora cuando Bert Munroe entró.

-Perdón por mi retraso - se disculpó -. Sucedió lo mismo de siempre. Mi... digamos... peón se había dormido en la calle, en Salinas. ¡Qué revoltijo! Ahora está fuera, en el coche, durmiéndola. Tendré que lavar el auto con una manguera, mañana.

La garganta de Molly se estrechó de terror. Durante un segundo pensó que iba a desmayarse.

-Excúsenme, debo retirarme - exclamó, y abandonó corriendo la habitación. Entró en el obscuro pasillo y se apoyó contra la pared. Luego, lenta y automáticamente salió por la puerta de delante y bajó los escalones. La noche estaba poblada de murmullos. Afuera, en el camino, pudo ver la negra mole que era el auto de Bert Munroe. Se sorprendió por el modo con que sus pasos siguieron la trayectoria de su propia volición. «Me estoy matando - dijo-. Ahora estoy perdiéndolo todo. Me pregunto por qué.» La manecilla del coche estaba bajo su mano y ésta se encorvó para abrirla. Entonces una brisa minúscula trajo a su olfato la aguda asquerosidad del vómito. Oyó un ronquido gimoteante y ebrio. Algo se arremolinó súbitamente en su cabeza. Moliy giró sobre sí misma y corrió desesperadamente hacia la casa. En su cuarto cerró la puerta con llave y se sentó rígidamente, jadeando por el esfuerzo de la carrera. Era como si transcurrieran horas antes de que oyera salir a los hombres de la casa dando las buenas noches. Después, el motor de Bert arrancó, y el sonido desapareció gradualmente camino abajo. Ahora que estaba lista para irse se sintió paralizada.

John Whiteside escribía en su escritorio cuando Molly entró en la sala. La miró interrogativamente.

-Usted no está bien, Miss Morgan. Necesita un médico.

Ella se plantó torpemente al lado del escritorio.

-¿Podría conseguir una maestra substituta? - preguntó.

-Claro que sí. Acuéstese y yo llamaré a un médico.

-No es eso, Mr. Whiteside. Quiero irme esta noche.

-¿De qué está hablando? Usted no se encuentra bien.

-Le dije que mi padre había muerto. No sé si ha muerto o no. Temo... quiero irme esta noche.

Él clavó su vista en ella, atentamente.

-¿Dígame a qué se refiere? - dijo suavemente.

-Si llegara a ver a ese hombre borracho de la finca de Mr. Munroe... -Se interrumpió, repentinamente aterrorizada por lo que estaba a punto de decir.

John Whiteside meneó la cabeza muy lentamente.

-No - gritó ella -. No pienso en eso. Estoy segura que no.

-Me gustaría hacer algo por ayudarla, Molly.

-No quiero irme, me encanta el lugar... Pero tengo miedo. Es tan importante para mí.

John Whiteside se levantó, se acercó a ella y puso su brazo alrededor de sus hombros.

-No comprendo del todo - dijo -. No deseo comprenderlo. No es necesario. - Parecía hablar consigo mismo -. No sería muy cortés... comprenderlo.

-Una vez que me vaya podré dejar de creerlo - sollozó Molly.

Él apretó rápidamente sus hombros con el brazo que los rodeaba.

-Corra arriba y prepare su equipaje, Molly - dijo-. Sacaré el auto y la conduciré ahora mismo a Salinas.

Librodot

CAPÍTULO IX

De todas las granjas de Las Praderas del Cielo, la más admirada era la de Raymond Banks. Raymond tenía cinco mil pollos blancos y mil patos blancos. La granja estaba situada en la llanura septentrional, el lugar más bonito de la región entera. Raymond había dispuesto su terreno en bancales de alfalfa y de berzas. Sus largos y bajos gallineros para pollos eran blanqueados con tanta frecuencia, que siempre parecían inmaculados y nuevos. Nada de la inmundicia tan a menudo asociada con las granjas avícolas había en la finca de Raymond.

Para los patos, había un gran estanque redondo al cual fluía constantemente agua fresca de un caño de dos pulgadas. El derrame del estanque corría por hileras de berzas robustas y tupidas o se esparcía por las parcelas de alfalfa. Era algo espléndido, en una mañana de sol, ver la gran bandada de limpios y blancos pollos comiendo y escarbando en la alfalfa verde obscuro, y era aún más espléndido ver los mil patos blancos surcando magníficamente el estanque. Los patos nadaban pesadamente, como si fueran enormes como el Leviatán. El rancho cantaba todo el día con el activo ruido de los pollos.

Desde la cima de un cerro vecino, se podía mirar hacia las parcelas de alfalfa, sobre las cuales remolineaban y caracoleaban miles de manchitas blancas como partículas de polvo en un charco verde. Entonces, quizá, un gavilán de cola roja se cernía, observando cuidadosamente la casa de Raymond. Las manchitas blancas cesaban súbitamente sus movimientos sin sentido y acudían a los protectores gallos. Desde los campos llegaban los desesperados chillidos de miles de pollos asustados por los gavilanes. La puerta trasera de la casa de la granja se cerraba con estrépido y Raymond andaba de aquí para allá llevando una escopeta. El gavilán oscilaba a unos cien pies en el aire y remontaba el vuelo. Los bultitos blancos se desparramaban de nuevo y el remolino continuaba.

Las parcelas verdes estaban valladas de tal manera que un bancal podía labrarse mientras los pollos trabajaban en otro. Desde el cerro podía verse la casa blanqueada de Raymond, colocada en el linde de un bosquecillo de robles. Había muchas flores en derredor de la casa: grandes y maravillosas caléndulas africanas y cosmos altos como árboles; y detrás se hallaba el único jardín de rosas digno de tal nombre en el valle de Las Praderas del Cielo. Las gentes de la localidad consideraban a esta finca como la granja modelo del valle.

Raymond Banks era un hombre fuerte. Sus brazos cortos y gruesos, anchos los hombros y caderas, las pesadas piernas, lo hacían aparecer magníficamente fuerte, fuerte para empujar, arrastrar y levantar. Todas sus partes descubiertas estaban quemadas al rojo por el sol: sus pesados brazos, hasta los codos; su garganta, hasta dentro del cuello de la camisa; sus orejas y su nariz aparecían tostadas y agrietadas. Un cabello fino y rubio no podía proteger su cuero cabelludo del enrojecimiento por el sol. Los ojos de Raymond eran notables, porque mientras sus cabellos y cejas eran amarillo pálido, el amarillo que habitualmente va con ojos azul celeste, los ojos de Raymond eran negros como el hollín. Su boca era abultada y jovial, y completamente puntiaguda su nariz larga y villanamente picada. La nariz y las orejas de Raymond estaban muy castigadas por el sol. Había apenas algún pequeño período del año en que no estuvieran despellejadas y peladas.

Raymond Banks tenía cuarenta y cinco años y era muy jaranero. Nunca hablaba suavemente, sino siempre en un denso semi-grito de falsa fiereza. Decía las cosas, incluso las más comunes, como si fueran graciosas. La gente se reía cada vez que él hablaba. En las fiestas de Navidad, en el edificio de la escuela, Raymond era invariablemente elegido Santa Claus a causa de su robusta voz, su cara roja y su amor por los niños. Los reprendía con tan pesada ferocidad, que los tenía riendo todo el tiempo. Con o sin su traje rojo de Santa Claus, los chicos del valle consideraban a Raymond como a una especie de Santa Claus. Tenía un modo de derribarlos, de achucharlos y aporrearlos, que era un halago y una caricia. De vez en cuando, se ponía serio y les decía cosas que parecían profundas lecciones.

A veces, los domingos por la mañana, un grupo de muchachitos llegaba a la granja de Banks, para observar a Raymond trabajando. Él los dejaba atisbar por las ventanitas de vidrio

Librodot

de las incubadoras. Algunas veces, los pollitos acababan de salir de las cascaras, sacudiendo sus alas mojadas y tambaleándose sobre sus torpes patitas. Los muchachos tenían permiso para levantar las tapas de la incubadora y recoger brazadas de pollos amarillos y afelpados, que producían un ruido como de cien maquinitas sin engrasar. Luego se dirigían al estanque y arrojaban pedacitos de pan a los patos navegantes. Sin embargo, más que todo, les gustaba a los muchachos el tiempo de la matanza.

Raymond sacaba un gallo pequeño de la trampa y lo colgaba de las patas en un marco de madera. Ataba salvajemente las alas batientes con una abrazadera de alambre. El gallo cacareaba muy fuerte. Raymond tenía el cuchillo, con la hoja en forma de lanza, en la caja, a su lado. ¡Cómo admiraban los muchachos ese cuchillo, su depravada hoja y su brillo! La punta era aguda como una aguja.

- Y bien, viejo gallo, has concluido - decía Raymond. Los chicos se acercaban más. Con manos seguras y rápidas, Raymond apretaba la cabeza del pollo y le obligaba a abrir el pico. El cuchillo resbalaba como un relámpago de luz a lo largo del paladar y dentro del cerebro... y fuera, de nuevo. Las alas se estremecían y golpeaban contra su abrazadera. Durante un momento el pescuezo se extendía anhelosamente de lado a lado y un riachuelo de sangre fluía de la punta del pico.

-¡Ahora, mirad! - gritaba Raymond. Su mano desplumaba la pechuga. Otro movimiento y el espinazo estaba desnudo. Las alas no luchaban tan duro ya. Raymond arrancaba las plumas, todas menos las de la extremidad del ala. Luego despojaba las patas, un sólo movimiento para cada una.

-¿Véis? Tenéis que hacerlo rápido-explicaba mientras trabajaba-. Hace dos minutos que las plumas están flojas. Si las dejáis se ponen rígidas.

Bajó el pollo del marco, cortó dos veces con otro cuchillo, tiró y las entrañas fueron a parar a una cacerola. Se secó sus manos rojas en un mantel.

-¡Mira! -chillaron los muchachos -. ¡Mira!, ¿qué es eso?

-Eso es el corazón.

-¡Pero mire! Todavía se mueve. Está vivo todavía.

-Oh, no, no está vivo - les aseguró Raymond -. Ese gallo murió exactamente en el mismo momento en que el cuchillo tocó su cerebro. El corazón sigue latiendo durante un rato, pero el gallo está perfectamente muerto.

-¿Por qué no les corta el cuello, como mi padre, Mr. Banks?

-¡Vaya! porque esto es más limpio y más rápido, y los carniceros los quieren con cabeza. Venden la cabeza dentro del peso, ¿comprendes? Bueno, ¡vamos, viejo gallo!

Penetró en el gallinero en busca de otro forcejeante cacareador. Cuando la matanza finalizó, Raymond sacó todos los buches de la cacerola y los distribuyó entre los muchachos. Les enseñó a limpiarlos y soplarlos a fin de hacer redomas de pollo. Raymond se ponía siempre muy serio cuando explicaba su trabajo. No acepto nunca que los chicos le ayudaran en la matanza, por más que se lo pidieron muchas veces.

- Podéis excitaros y errar el cerebro - dijo -. Eso lastimaría al pollo inútilmente.

Mrs. Banks se reía mucho: risa clara, dulce, que indicaba ligera diversión o hasta inadvertencia. Tenía una manera de reírse apreciativa de todo lo que dijera cualquiera, y para merecer este aplauso la gente trataba de decir cosas graciosas en su presencia. Después de terminar su tarea en la casa, cavaba en el jardín. Había sido una joven de ciudad; «por eso le gustaban las flores», decían los vecinos. Las visitas, al encaminarse hacia la casa, se veían acogidas por la alta y despejada risa de Cleo Banks, y ahogaban sus propias risitas cuando la oían. ¡Era tan alegre! Hacía que la gente se sintiera bien. Nadie podía recordar nunca que ella dijera algo; pero meses después de oírla, podían evocar los tonos exactos de su risa.

Raymond Banks reía raramente. En cambio, simulaba una hosquedad tan exagerada que pasaba por ser un extravagante. Ellos dos eran los habitantes más populares del valle. De vez en cuando invitaban a todos los de Las Praderas del Cielo a un asado en el bosquecillo de robles contiguo a la casa. Asaban pollitos sobre brasas de corteza de roble y preparaban

Librodot

centenares de botellas de cerveza casera. Estas fiestas se esperaban con ansia y se recordaban con gran placer entre las gentes del valle.

Cuando Raymond Banks cursaba el colegio secundario, había tenido por compañero a un muchacho que más tarde se convirtió en el alcaide de la prisión de San Quintín. Y la amistad había continuado. En Navidad aun intercambiaban pequeños regalos. Se escribían cuando sucedía algo importante. Raymond estaba orgulloso de su relación con el alcaide. Dos o tres veces por año recibía una invitación para ser testigo de una ejecución y siempre la aceptaba. Sus viajes a la prisión eran las únicas vacaciones que se tomaba.

A Raymond le gustaba llegar a casa del alcaide la noche anterior a la ejecución. Él y su amigo se sentaban juntos y conversaban sobre sus días de colegiales. Recordaban y charlaban siempre sobre los mismos episodios. Luego, a la mañana siguiente, Raymond saboreaba el nerviosismo, la contenida histeria de los demás testigos en la oficina del alcaide. La lenta marcha del condenado despertaba su sentido dramático y le causaba una viva emoción. El ahorcamiento en sí no era la parte importante; era el aire punzante y agudo de todo el procedimiento lo que le impresionaba. Era como una superiglesia, ceremoniosa, sombría. Todo le hacía sentir una plenitud de experiencias, una sagrada emoción a la que ninguna otra cosa en su vida se aproximaba. Raymond no pensaba en el condenado más de lo que pensaba en el pollo cuando introducía la hoja del cuchillo en su cerebro. Ningún indicio de crueldad ni ningún gozo por el sufrimiento lo llevaba a la horca. Había desarrollado un apetito de emociones profundas, y su magra imaginación era incapaz de saciarlo. En la prisión podía compartir los nervios vibrantes de los demás hombres. De haber estado solo en la cámara de condena sin ninguna persona presente, excepto el prisionero y el verdugo, habría permanecido impasible.

Después de la ejecución, Raymond se deleitaba en la segunda reunión en la oficina del alcaide. Los hombres, destrozados por los nervios, trataban de gastar bromas para restaurar su imaginación violentada. Estaban más divertidos, más bulliciosamente alegres que de ordinario. Escarnecían al testigo ocasional, comúnmente un joven reportero, que se desmayaba o salía de la cámara gritando. Raymond lo disfrutaba todo. Le hacía sentirse vivo; parecía vivir más agudamente que otras veces.

Cuando todo terminaba, compartía un excelente almuerzo con el alcaide antes de regresar a su casa. Hasta cierto punto, la misma emoción surgía en Raymond cuando los chiquillos venían para verlo matar pollos. Podía captar una pequeña chispa de su agitación.

No hacía mucho que la familia Munroe estaba en Las Praderas del Cielo cuando oyó hablar del espléndido rancho de mond Banks y de sus visitas a la prisión. La gente del valle estaba interesada, fascinada y no poco horrorizada por las excursiones para ver colgar a hombres. Antes de conocer a Raymond, Bert Munroe se lo representó como un verdugo tradicional, un hombre flaco, obscuro, de ojos apagados y cadavéricos, un hombre frío y enervado. El solo pensar en Raymond llenaba a Bert de una especie de presagio interesante.

Cuando le conoció, finalmente, y vio los alegres ojos negros y el saludable rostro tostado, Bert se desilusionó y al mismo tiempo sintió un poco de repugnancia. La misma salud y cordialidad de Raymond parecían incongruentes y extrañamente obscenas. La paradoja de su buen carácter y su amor por los niños era indecorosa.

El primero de mayo, los Banks ofrecieron uno de sus agasajos bajo los robles, en la llanura. Era la estación más encantadora del año: lupinos y estrellas fugaces, *gallitos* y violetas silvestres chispeaban de color en el césped fresco y breve de las laderas. Los robles se habían cubierto de hojas nuevas, brillantes y limpias como acebo lavado. El sol estaba bastante caliente como para impregnar el aire de aroma de salvia y todos los pájaros brindaban una frenética y bulliciosa fiesta. Desde los corrales llegaba la satisfecha algarabía de las gallinas escarbando y el cuacuá cínico y satisfecho de los patos.

Por lo menos cincuenta personas se colocaron alrededor de las largas mesas bajo los árboles. Cientos de botellas de cerveza se apretaban en cubas de sal y hielo, una mezcla tan fría que la cerveza se congelaba en los cuellos de las botellas. Mrs. Banks iba de un lado a

Librodot

otro entre los invitados, riéndose al saludar y al contestar a los saludos. Raramente pronunciaba una palabra. En las parrillas, Raymond asaba pollitos, mientras un grupo de admiradores permanecía a su alrededor dando jocosos consejos.

-Si cualquiera de ustedes puede hacerlo mejor, que se adelante - les gritaba Raymond -. Voy a poner los bistés para quien sea lo bastante loco como para no querer pollo.

Bert Munroe se hallaba cerca, observando las manos roja de Raymond. Bebía una botella de cerveza fuerte. Bert estaba fascinado por las poderosas manos rojas que daban vuelta a los pollos constantemente sobre la parrilla.

Cuando se llevaron las grandes fuentes de pollo asado a las mesas, Raymond volvió a los bosques con el objeto de cocinai un poco más, para aquellos hombres refinados que requiriesen un segundo o hasta un tercer pollito. Raymond estaba solo ya pues su público se había congregado en las mesas. Bert Munrol levantó la vista de su plato de carne y vio que Raymond se em contraba solo junto a los bosques. Depositó su cuchillo y se puso a pasear.

-¿Qué ocurre, Mr. Munroe? ¿No estaba bueno su pollo? -preguntó Raymond con afable ansiedad.

-Comí la carne y estaba perfecta. Como muy rápido, supongo. Nunca como pollo, ¿sabe?

-¿De veras? Nunca pude comprender que a alguien no le gustase el pollo; pero conozco a muchas personas a quienes no les gusta. Permítame servirle otro pedacito de carne.

-¡Oh! Creo que he comido bastante. Siempre pienso que la gente come demasiado. Las personas deberíamos levantarnos de la mesa sintiendo un poquitín de hambre. Entonces uno se conserva bien, como los animales.

-Me parece que tiene razón - dijo Raymond. Dio vuelta a los pequeños esqueletos sobre el fuego -. Noto que me siento mejor cuando no como tanto.

-Claro que sí. Lo mismo que yo. Lo mismo que los demás. Todos comemos demasiado.

Los dos hombres se sonrieron uno al otro afectuosamente porque habían coincidido en este punto, aunque ninguno de ellos creía muy firmemente en él.

-Posee usted un buen pedazo de tierra aquí - observó Raymond, para redoblar su creciente amistad con un segundo entendimiento.

-Pues no sé. Dicen que hay hierba loca en ella, pero yo no he visto ninguna todavía.

Raymond rió.

-Solían decir que la finca estaba hechizada antes de que usted viniera y la arreglara tan bien. ¿Ha visto algún fantasma usted?

-Ni uno. Me asusta más la hierba loca que los fantasmas. Realmente, odio la maleza loca.

-No le culpo porque la conozco. Naturalmente, con los pollos no me molesta mucho, pero les causa un gran desbarajuste a ustedes, los que crían ganado.

Bert recogió un palo del suelo y lo golpeó suavemente contra las brasas parpadeantes.

-He oído decir que usted conoce al alcaide, allá en San Quintín.

-Le conozco bien. Fui a la escuela con Ed cuando yo era un chiquillo. ¿Le conoce usted, Mr. Munroe?

-Oh... no, no. A través de los periódicos. Un hombre de su posición figura en los diarios.

La voz; de Raymond era seria y orgullosa.

-Sí. Se le hace muchísima publicidad. Pero es un tipo simpático, Mr. Munroe, un tipo simpático que a usted le gustaría conocer. Y a pesar de tener a todos esos presidiarios en sus manos, es divertido y amistoso. Usted no creería, al conversar con él, que soporta una responsabilidad tan grande como ésa.

-¿De veras? Uno no lo pensaría. Quiero decir, uno pensaría que estaría algo así como preocupado con todos esos presidiarios en sus manos. ¿Le ve usted a menudo?

Librodot

-Pues... sí. A menudo. Le conté que concurrí a la escuela con él. Fui su condiscípulo. En fin, no me ha olvidado. De vez en cuando me invita a la prisión si hay una ejecución.

Bert se estremeció, a pesar de haber estado buscando eso precisamente.

-¿De veras?

-Sí. Creo que es un honor. No entran muchas personas, excepto los periodistas y testigos oficiales, comisarios y policías. Desde luego, además paso un buen rato con Ed todas las veces.

Una cosa extraña le sucedió a Bert. Le parecía estar separado de su cuerpo. Su voz actuó sin su voluntad. Oyóse a sí mismo diciendo:

-Supongo que al alcaide no le gustará si usted lleva a un amigo.

Escuchó sus palabras con asombro. No había querido, en absoluto, decir todo eso.

Raymond removía las brasas vigorosamente. Estaba confundido.

-Vaya, no sé, Mr. Munroe. Nunca se me ocurrió. ¿Usted desea ir conmigo?

De nuevo la voz de Bert actuó sola.

-Sí - dijo.

-Bien, le diré qué resuelvo. Escribiré a Ed. Le escribo a menudo, ¿comprende? De modo que no sospechará nada. Deslizaré en la carta que usted desea ir. Entonces quizá enviará dos invitaciones la próxima vez. Naturalmente, no puedo prometerle nada. ¿No quiere comer otro pedacito de carne?

Bert estaba asqueado.

-No. He comido bastante - dijo -. No me encuentro muy bien. Creo que me iré a echar bajo un árbol un ratito.

-Tal vez haya agitado un poco la levadura en la cerveza, Mr. Munroe. Debe tener mucho cuidado cuando la vierta.

Bert se sentó en las crujientes hojas secas, al pie de un roble. Las mesas ocupadas por estrepitosos invitados estaban a su derecha. El ronco reír de los hombres y los gritos penetrantes de las mujeres llegaban débilmente hasta él a través de un muro de pensamientos. Entre los troncos podía ver a Raymond Banks moviéndose todavía ante las brasas, asando pollos para aquellos contados apetitos increíbles que quedaban sin aplacar. Las náuseas que le habían obligado a alejarse estaban cambiando sutilmente. La sofocada sensación de malestar se transformaba en un singular y palpitante apiñamiento de deseo. El deseo dejaba perplejo a Bert y lo afligía. No quería ir a San Quintín. Lo haría desventurado el espectáculo de un ahorcamiento. Pero se alegraba de haber pedido ir. Su misma alegría le preocupaba. Mientras Bert le observaba, Raymond se arrolló las mangas en sus gruesos brazos rojos antes de limpiar las parrillas. Bert se levantó de un brinco y se dirigió hacia él. Repentinamente le sobrevinieron de nuevo las náuseas. Se desvió y apresuró hacia la mesa donde su esposa se hallaba sentada diciendo chanzas a propósito del esqueleto carcomido de un pollo.

-Me marcho a casa - dijo Bert -. Me siento malísimo.

Su mujer depositó el esqueleto del pollo y se secó los dedos y la boca en una servilleta de papel.

-¿Qué te pasa, Bert?

-No sé. Simplemente, que me siento malísimo.

-¿Quieres que vaya contigo a casa en el auto?

-No, tú quédate. Jimmie te conducirá a casa.

-Bien - dijo Mrs. Munroe -, despídete de Mr. y Mrs. Banks.

Bert se apartó tenazmente.

-Despídete de ellos por mí - dijo -. Me encuentro demasiado mal.

Y se alejó de prisa.

Una semana más tarde, Bert Munroe partió hacia la granja Banks y paró su *Ford* frente a la entrada. Raymond salió de detrás de un arbusto, donde había estado tratando de disparar sobre un gavilán. Se adelantó despacio y estrechó la mano de su visitante.

-Tanto he oído hablar de su finca, que pensé venir a echarle un vistazo - dijo Bert.

Raymond estaba encantado.

-Déjeme guardar el rifle y se lo enseñaré todo.

Durante una hora caminaron por la granja, Raymond explicando y Bert admirando la limpieza y eficiencia del criadero de aves.

-Entre a beber un vaso de cerveza - dijo Raymond, luego de recorrer la finca -. No hay nada como la cerveza fría en un día como éste.

Cuando estuvieron sentados, Bert comenzó:

-¿Escribió esa carta al alcaide, Mr. Banks?

-Sí.... la escribí. Debo recibir una respuesta muy pronto.

-Me figuro que usted se preguntará por qué le he interrogado. Bueno, creo que un hombre debe ver todo lo que pueda.

Eso es la experiencia. Cuanta más experiencia tiene un hombre, mejor es. Un hombre debe verlo todo.

-Me parece que eso está bien, muy bien - convino Raymond.

Bert apuró su vaso y se secó la boca.

-Naturalmente, he leído en los diarios detalles acerca de esta clase de ejecuciones, pero no es como ver una de veras. Dicen que hay trece escalones hasta el sitio donde está la horca, para mala suerte. ¿Es cierto?

El rostro de Raymond exhibió una expresión concentrada.

-Francamente, no sé, Mr. Munroe. Nunca los conté.

-¿Luchan y forcejean mucho después que los dejan caer?

-Así lo creo. Usted ve que están atados con correas y hay un paño negro sobre sus cabezas. No se pueden ver mucho. Yo diría que aquello parece más bien un meneo que un forcejeo.

La cara de Bert estaba roja y atenta. Sus ojos resplandecían de interés.

-Los diarios dicen que tardan de quince a treinta minutos en morir. ¿Es cierto?

-Sí... supongo que sí. Claro que están realmente lo que podría llamarse muertos en el minuto que caen. Es como cuando uno corta la cabeza de un pollo y el polo aletea, pero está realmente muerto.

-Sí... me figuro que así es. Simplemente un reflejo lo llaman. Supongo que para algunas personas es muy duro ver aquello por vez primera.

Raymond sonrió con tenue complacencia.

-Indudablemente. Casi siempre alguien se desmaya. Luego los reporteros novatos de los diarios lloran a veces, lloran como criaturitas. Algunas personas se marean, se marean de verdad... devuelven su almuerzo allí mismo. La mayoría de los que van por vez primera son así. Bebamos otra botella de cerveza, Mr. Munroe. Está agradable y fría, ¿no?

-Sí, es una cerveza excelente - asintió Bert, abstraído-. Tendré que conseguir su receta. Un hombre debería disponer de un poco de cerveza para el tiempo caluroso. Debo irme ahora, Mr. Banks. Gracias por haberme mostrado la finca. Usted podría proporcionar algunas indicaciones acerca de pollos a esa gente de Petaluma.

Raymond se ruborizó de placer.

-Trato de estar a la altura de las cosas nuevas. Le comunicaré cuando sepa algo de Ed, Munroe.

Durante las dos semanas siguientes Bert Munroe estuvo nervioso y en extremo irritable. Esto era tan inusitado que su esposa protestó.

-Tú no estás bien, Bert. ¿Por qué no vas a que te examine un médico?

-¡Oh! Estoy perfectamente -insistió él.

Pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en la granja, pero sus ojos correteaban hacia el camino del condado cada vez que lo atravesaba un automóvil. Un sábado Raymond Banks llegó en su camioneta y se detuvo ante la entrada de Munroe. Bert dejó caer la pala y salió a su encuentro. Cuando un granjero se encuentra con otro, muy raramente entran a una casa En cambio, recorren lentamente la tierra, arrancando briznas de césped de los campos, u

hojas de los árboles, palpándolas con sus dedos mientras conversan. Principiaba el verano. Las hojas de los árboles frutales no habían perdido aún sus verdes delicados, claros, pero los capullos habían desaparecido todos y el fruto asomaba. Ya las cerezas mostraban un poco de color. Bert y Raymond caminaban lentamente por el suelo cultivado, bajo los árboles frutales.

-Los pájaros están rechonchos este año - dijo Bert-. Se llevarán la mayor parte de las cerezas, me parece.

Sabía perfectamente bien por qué había venido Raymond.

-Bueno, recibí noticias de Ed, Mr. Munroe. Dice que vaya usted conmigo. Dice que no dejan ir a muchos porque tratan de mantener alejadas a las personas morbosamente curiosas. Iremos el próximo jueves. Hay una ejecución el viernes. - Bert caminaba a su lado en silencio, los ojos en el suelo -. Ed es un tipo simpático. Le agradará - continuó Raymond-. Nos quedaremos con él la noche del jueves.

Bert recogió una escamonda pasada por alto y la dobló en un arco tenso con sus manos.

-Lo he estado pensando - dijo -. ¿Sería lo mismo para usted si yo desistiera en el último momento?

Raymond lo miró fijamente.

-¡Cómo!, yo creí que usted quería ir. ¿Qué le ocurre?

-Usted pensará que soy muy blando, me parece, si le explico.

El hecho es... lo he estado pensando y... me asusta ir. Me asusta no poder sacarme aquello de la cabeza después.

-No es tan malo como suena - protestó Raymond.

-Tal vez no. Eso no lo sé. Pero me asusta que resulte malo para mí. No todos ven las cosas de la misma manera.

-No, eso es cierto.

-Procuraré darle una idea de cómo lo siento, Mr. Banks. Usted sabe que yo no como pollo. Nunca dije a nadie por qué no lo como. Simplemente digo que no me gusta. Le he puesto en un inmenso aprieto. Le diré... le explicaré.

El tallo se quebró en sus manos; arrojó los dos trozos y metió las manos en los bolsillos.

-Cuando era chico, más o menos de unos doce años, solía repartir comestibles antes de ir a la escuela. Bien, cerca de la cervecería vivía un viejo lisiado. Tenía una pierna cortada a la altura del muslo y en lugar de una pata de madera usaba una de esas antiguas muletas.., especies de medias lunas en la parte superior de dos palos redondos. Usted las recuerda. Iba de un lado para otro bastante bien, pero con cierta lentitud. Una mañana en que yo pasaba con mi cesta de comestibles, el viejo estaba en su patio matando un gallo. Era el más grande Rhode Island rojo que jamás vi. O quizá porque yo era tan pequeño el pollo parecía tan grande. El viejo tenía la muleta asegurada bajo su axila y sostenía al gallo por las patas...

Bert se interrumpió y recogió otra escamonda del suelo. Ésta también se dobló bajo sus manos. Su semblante palidecía a medida que hablaba.

-Bien - continuó-; este viejo tenía un hacha en la otra mano. Precisamente cuando iba a cortar el pescuezo del gallo, su muleta se zafó unos milímetros, el pollo se retorció en su mano y él le cortó una de las alas. Bueno, entonces el anciano enloqueció simplemente. Cortó y cortó fallando siempre el golpe, en plena pechuga y en pleno estómago. Luego la muleta resbaló un poco más y le hizo perder enteramente el equilibrio, justo cuando el hacha bajaba. Cortó una de las patas del pollo y se rebanó su propio dedo.

Bert se enjugó la frente con la manga. Raymond acumulaba una montañita de barro con el filo de su zapato.

- Bien, cuando sucedió eso, el viejo dejó caer el gallo al suelo y entró cojeando en la casa, con el dedo agarrado. Y aquel gallo seguía arrastrando sus tripas por el suelo... seguía agitándose y cacareando.

La estaca volvió a quebrarse y esta vez Bert tiró los pedazos violentamente.

Librodot

-Bien, Mr. Banks, nunca he matado un pollo desde entonces y nunca he comido su carne. He tratado de comerlos, pero siempre veo a ese maldito *Rhode Island* rojo arrastrándose.

Por vez primera miró directamente a Raymond Banks agregando:

-¿Comprende cómo sucedió aquello?

Raymond rehuyó sus ojos y alejó la vista.

-Sí. Sí, señor, debió ser bastante horrible.

Bert se acercó más.

-Bien, he seguido pensando acerca de esa ejecución. Podría ser como el pollo. Cuando era chico, soñé con ese pollo repetidas veces. Todas las veces que mi estómago se revolvía y me daba una pesadilla, soñaba con ese pollo. Ahora bien, suponga que yo fuera a esa ejecución con usted. Podría soñar con ella también. No hace mucho colgaron a una mujer en Arizona, y la cuerda le arrancó la cabeza. Suponga que suceda eso. Sería cien veces peor que el pollo. ¡Qué!, nunca me recuperaría de una cosa así.

-Pero prácticamente nunca ocurre - protestó Raymond-. Le digo que aquello no es casi tan malo como suena.

Bert parecía no oírle. Su cara se estremecía de horror ante sus pensamientos.

-Luego usted dice que algunas personas se marean y algunas se desmayan. Yo sé por qué. Es porque esas personas se imaginan que están arriba, en la horca, con la cuerda alrededor de su cuello. Se sienten realmente como el hombre a quien le está ocurriendo. Yo mismo lo he hecho. Me imaginé que iba a ser colgado al cabo de veinticuatro horas. Es la más tremenda pesadilla del mundo. Y yo he estado pensando.... ¿Con qué objeto voy a acudir hasta allí y horrorizarme? Me enfermaría. Sé que sí. Pasaría por todo lo que pasa el pobre diablo en la horca. Sólo pensándolo anoche sentí la cuerda alrededor de mi cuello. Después me fui a dormir. La sábana cubrió mi cara, y soñé que era ese condenado bonete negro.

-Le repito que no piense cosas así - exclamó Raymond coléricamente-. Si usted piensa cosas como ésa, no tiene que ir conmigo. Le digo que no es tan terrible cuando uno lo ve. No es nada. Usted dijo que quería ir y yo le conseguí permiso. ¿Para qué quiere entonces seguir charlando así? No hay ninguna necesidad de charlar como acaba de hacerlo. Si no quiere ir, ¿por qué diablos no lo dice sencillamente y después se calla?

El aire de horror desapareció de los ojos de Bert. Casi ansiosamente se sobrecogió de ira.

-No necesita enfurecerse, Mr. Banks. Sólo le explicaba por qué no quería ir. Si usted poseyera alguna imaginación, no tendría que decírselo. Si poseyera alguna imaginación, lo comprendería por usted mismo y no iría a ver matar a algún pobre diablo.

Raymond se volvió despectivamente.

-Usted no es nada más que un cobarde - dijo, y se dirigió hacia su camioneta. Condujo furiosamente por la carretera hacia su rancho, pero cuando hubo llegado y guardado el camión, se dirigió lentamente a su casa. Su esposa estaba cortando rosas.

-¿Qué te ocurre, Ray? Pareces enfermo - exclamó.

Raymond contrajo el ceño.

-Me duele la cabeza, eso es todo. Me acostaré. ¿Tú sabes que Bert Munroe quería ir conmigo la semana próxima?

-Sí.

-Bien, ahora no quiere ir.

-¿Qué es lo que le pasa?

-Ha perdido la serenidad; eso es. Le asusta verlo.

Su esposa se rió.

-Bueno, no sé si a mí misma me *gustaría* verlo.

-Tú eres mujer, pero se supone que él es un hombre.

A la mañana siguiente Raymond se sentó indiferentemente y desayunó muy poco. Su esposa parecía preocupada.

-¿Todavía te duele la cabeza, Ray? ¿Por qué no haces algo?

Raymond no prestó atención a su pregunta.

-Tengo que escribir a Ed, y no sé qué decirle.

-¿Cómo no sabes?

-En fin, temo estar a punto de resfriarme. No sé si me hallaré en condiciones de ir allí el jueves. Es un viaje largo y frío al cruzar la bahía.

Mrs. Banks estaba sentada reflexivamente.

-¿Por qué no le pides que venga aquí alguna vez? Nunca ha estado aquí, y tú allí muchísimas veces.

Raymond se animó.

-¡Por Júpiter! Ésa es una idea. Hace años que voy a verlo.

Le mandaré una nota para que venga a vernos esta vez.

-Podríamos ofrecerle un asado - sugirió Mrs. Banks.

La cara de Raymond volvió a nublarse.

-Oh, no me parece. Un amigo íntimo como Ed no debería estar con una multitud. Pero la cerveza.., mira, tendrías que ver cómo le encanta a Ed la cerveza. Le escribiré una nota ahora mismo.

Sacó una pluma, una hoja de papel y un tintero. Mientras su pluma balbuceaba sobre el papel, su rostro se enfurruñó de nuevo.

-¡Maldito sea ese Munroe, de todos modos! Por su culpa me metí en un gran lío. ¿Cómo iba a saber que por su causa me acobardaría?

CAPITULO X

Los padres de Pat Humbert eran ya mayores cuando él nació; se habían hecho viejos, torpes y rencorosos antes de que su hijo tuviera veinte años. Toda la vida de Pat había transcurrido en una atmósfera de vejez, de dolores, enfermedades, quejas y presunciones de ancianidad. Mientras crecía, sus padres despreciaban sus opiniones porque era joven. «Cuando hayas vivido tanto tiempo como nosotros, verás las cosas de diferente manera», le decían. Más tarde, encontraron su juventud odiosa porque carecía de penas. La edad de ellos, así lo decían, era una etapa superior, un estado que se acercaba a lo divino en dignidad e infalibilidad. Hasta el reumatismo era deseable como un premio por la gran sabiduría de la vejez. Pat se vio inducido a creer que ninguna cosa joven tenía virtud alguna. La juventud era una incómoda y chapucera preparación para la excelente ancianidad. La juventud no debía pensar nada más que en la obediencia que debía a la vejez, en la cortesía y veneración debidas a la vejez. Por otra parte, la vejez no debía nunca cortesía, fuera la que fuere, a la juventud.

Cuando Pat cumplió dieciséis años, todo el trabajo de la harija recayó en él. Su padre se retiró a una mecedora, junto a |a chimenea, en una sala a prueba de aire, desde donde emitía Ordenes, edictos y críticas.

Los Humbert habitaban una antigua y obscura granja de cinco piezas; una sala de recibir cerrada, fría y tremenda como una condena; una estancia caliente y sofocante oliendo siempre a ungüentos acres, a remedios patentados; dos dormitorios y una gran cocina. Las personas mayores se sentaban en mecedoras conj cojines y se quejaban amargamente si Pat no volvía de su tarea! varias veces al día para reavivar el fuego en el hogar. Hacia el fin de sus vidas, odiaban realmente a Pat por el hecho de ser joven.

Vivieron largo tiempo. Pat tenía treinta años cuando murieron ambos en el espacio de un mes. Estaban descontentos, enconados, disgustados al final de sus vidas y, sin embargo, cada uno se aferró tenazmente a la débil chispa, y sólo murieron tras una prolongada lucha.

Hubo dos meses de horror para Pat. Durante tres semanas asistió a su madre mientras ella yacía rígida en la cama, con el aliento saliendo y entrando en sus pulmones. La enferma lo observaba con ojos pétreos y acusadores mientras él trataba de aliviarla. Cuando murió, sus ojos le acusaban aún.

Pat abrió la terrible sala de recibir; los vecinos se sentaron en hilera ante el ataúd, como una especie de público, mientras tenía lugar el servicio religioso. Desde la alcoba llegaba el sonido de llanto malhumorado del viejo Mr. Humbert.

El segundo período de asistencia comenzó inmediatamente después del primer funeral y continuó tres semanas más. Entonces los vecinos se sentaron en hilera ante otro ataúd. Antes de los funerales la sala había estado siempre cerrada, excepto durante la limpieza mensual. Las cortinas estaban corridas para proteger las verdes alfombras del sol. En el centro de la habitación había una mesa de patas doradas y superficie de mármol que sostenía, sobre un tapiz del *Angelus* de Millet, una enorme Biblia con tapa labrada. A cada lado de la Biblia descansaban unos vasos rechonchos que contenían apretados ramos de siemprevivas. En la sala había cuatro sillas rectas, una contra cada muro: dos para el ataúd y dos para los que velaban. Dos grandes cuadros de marcos dorados colgaban de las paredes; eran fotografías coloreadas y ampliadas de cada uno de los viejos Humbert, pero tomadas de tal manera que sus ojos seguían a cualquier intruso por todo el cuarto. El tercer cuadro mostraba el cadáver de Elaine en su bote en el pequeño y triste río. La mortaja pendía sobre la borda y se hundía en el agua. En una mesa esquinera había una alta campana de cristal dentro de la cual descansaban tres oropéndolas embalsamadas sobre una rama de cerezo. Tan fría y sepulcral era esta sala que nunca había sido ocupada sino por cadáveres y visitas de duelo. Era verdaderamente una pequeña cámara mortuoria privada. Pat había visto partir desde esta sala a tres tías y un tío rumbo al cementerio.

Librodot

Pat permanecía silenciosamente junto a la tumba mientras sus vecinos daban forma a un pabellón de tierra. Ya la tumba de su madre se había asentado un poco, dejando una grieta dentada alrededor de su túmulo. Los hombres pasaban las manos por el nuevo túmulo ahora, trazando una erguida parhilera y alisando el declive de los costados. Eran nobles trabajadores del suelo; les gustaba efectuar una buena tarea, ya fuera un surco o un montículo de tumba. Después que estuvo perfecto, todavía caminaban en torno palmeteándolo ligeramente aquí y allá. Las mujeres habían vuelto a los coches y esperaban que llegaran sus maridos. Los hombres se dirigieron hacia Pat y estrecharon su mano murmurando algo solemne y amistoso. Los carromatos, birlochos y coches se alejaban desapareciendo uno por uno en la distancia. Pat permanecía aún en el cementerio, la vista clavada en las dos tumbas. No sabía qué hacer ahora que no había nadie que le reclamara algo.

El otoño estaba en el ambiente, con su olor penetrante y sus vientecillos espasmódicos que soplaban y luego morían en medio de su impulso. Palomas silvestres descansaban en fila sobre la cerca del cementerio, todas mirando hacia un lado, todas inmobles. Un fragmento de un viejo periódico amarillento voló a lo largo del suelo y se pegó alrededor de los tobillos de Pat. Éste se inclinó, lo recogió, lo miró durante un momento y luego lo tiró. El sonido de las ruedas chirriantes de un coche venía del camino. T. B. Allen ató su caballo a la cerca y se dirigió hacia Pat.

-Hemos pensado que a lo mejor usted querría ir a algún lado esta noche - dijo con voz turbada-. Si así lo desea, nos agradaría que viniera a cenar a casa..., y que pasara la noche con nosotros también.

Pat empezaba a salir del coma que se le había echado encima.

-Debería marcharme de aquí - dijo, buscando a tientas otro pensamiento -. No hago nada bueno aquí.

-Es mejor huir de esto - dijo Allen.

-Es duro partir, Mr. Allen. Es una cosa que algunas veces usted querrá recordar y otras olvidar, creo. Pero es duro partir, porque entonces usted sabe que se acabó todo..., para siempre.

-Bueno, ¿por qué no viene a cenar mientras tanto a casa?

Todos los reparos de Pat se abatieron y confesó:

-Nunca cené fuera de casa. A ellos - cabeceó hacia las tumbas-, a ellos no les gustaba estar fuera después que obscurecía. El aire de la noche no era bueno para ellos.

-Pues quizá sería conveniente que usted comiera en casa. No debe volver a la finca vacía, por lo menos esta noche. Un hombre tiene que protegerse un poco a sí mismo.

Tomó a Pat del brazo y le hizo volverse en dirección al portal, continuando:

-Sígame en su carro. - Y mientras salían por el portal, se le escapó una pequeña elegía -. Es una cosa adecuada morir en el otoño - dijo -. No sería bueno morir en la primavera sin saber nada de lo que se refiere a la cantidad de lluvia ni a la manera cómo se perfilan las mieses. Pero en el otoño se acaba todo.

-Ellos no se preocupaban, Mr. Allen. Nunca preguntaron por las mieses y odiaban las lluvias, a causa del reumatismo. Querían simplemente vivir. No sé por qué.

En la cena hubo tajadas de carne fría y patatas fritas con un poco de caldo, y budín de pan con pasas. Mrs. Allen trató de consolar a Pat hablándole frecuentemente de los difuntos, de lo buenos y amables que eran, de la honestidad de su padre y del famoso arte culinario de su madre. Pat sabía que mentía para ayudarle, y él no lo necesitaba. No se encontraba en ninguna agonía dolorosa. El denso letargo persistía aún en él, de tal modo que le resultaba un gran esfuerzo moverse o hablar.

Recordaba algo que había sucedido en el entierro. Cuando las personas que llevaban el féretro lo levantaron de sus dos sillas, una de ellas tropezó contra la mesa de mármol. El accidente derribó uno de los floreros de siemprevivas y empujó la Biblia, que cayó sobre el tapiz. Pat sabía que por decencia debía restaurar el antiguo orden. Las sillas debían ser

Librodot

colocadas contra las paredes y la Biblia enderezada. Finalmente debía volver a cerrar con llave la sala de recibo. La memoria de su madre le exigía estas cosas.

Los Allen le rogaron que pasara allí la noche, pero después de unos segundos se despidió con un indiferente buenas noches y salió penosamente a ensillar su caballo. El cielo estaba negro y frío entre las claras estrellas y los cerros susurraban débilmente bajo una temperatura en descenso. A través de su letargo, Pat oyó el golpear de los cascos del caballo sobre el camino, el grito de las aves nocturnas y el ulular del viento entre las hojas secas. Pero más reales para él eran las voces de sus padres resonando en su cabeza: «Habrá heladas - decía su padre-. Odio las heladas más que las ratas.» Y su madre repiqueteaba: «Hablando de ratas... tengo el presentimiento de que hay ratas en la bodega. Me pregunto si Pat ha puesto las trampas del año pasado. Se lo dije, pero él se olvida de todo lo que le digo.»

Pat contestaba a las voces:

-Puse veneno en la bodega. Las trampas no son tan buenas como el veneno.

-Un gato es mejor - decía la plañidera voz de su madre-. No sé por qué nunca tenemos un gato o dos. Pat nunca tiene un gato.

-Yo consigo gatos, mamá, pero comen culebras y se enfurecen y huyen. No puedo conservarlos.

La casa estaba negra e inenarrablemente triste cuando llegó. Pat encendió la lámpara reflector y el fuego en el hogar a fin de calentar la cocina. Cuando la llama bramó por entre la madera, se hundió en una silla y se halló muy cómodo. Sería estupendo, pensó, traer la cama a la cocina y dormir junto al hogar. El arreglo de la casa podía efectuarse mañana o cualquier día a propósito.

Cuando abrió de par en par la puerta que comunicaba con la sala, una ola de aire frío, inanimado, vino a su encuentro. Las aletas de su nariz fueron atacadas por el olor a flores fúnebres, a vejez, a remedios. Se dirigió aprisa hacia su dormitorio y transportó su catre a la cálida e iluminada cocina.

Al cabo de un rato, Pat apagó la luz y se acostó. El fuego crepitaba suavemente en el hogar. Por una vez la noche era silenciosa, y luego gradualmente la casa comenzó a bullir con vida maligna. Pat descubrió que su cuerpo estaba tenso y frío. Esperaba escuchar los sonidos de la sala, los chirridos de las mecedoras y el fuerte respirar de las personas ancianas. La casa crujió, y aunque había esperado escuchar ruidos, Pat se sobresaltó violentamente. Su cabeza y piernas se humedecieron de sudor. Silenciosa y desazonadamente se deslizó de la cama y cerró con llave la puerta que conducía a la sala. Luego volvió a su catre y se tendió temblando bajo las sábanas. La noche se había vuelto muy quieta y él se sentía solitario.

A la mañana siguiente, Pat se despertó con la fría sensación de un deber que cumplir. Trató de recordar lo que era. Naturalmente, la Biblia que yacía caída sobre la mesa. Tenía que ponerla de pie. El florero de siemprevivas debía de ser colocado verticalmente y después tenía que limpiar toda la casa. Pat sabía que debía hacer estas cosas a pesar de la repugnancia que experimentaba por abrir la puerta de ingreso a la sala. Su mente se apartó de las cosas que vería cuando abriera la puerta: las dos mecedoras, una a cada lado de la estufa; los almohadones de las sillas conservarían las impresiones de los cuerpos de sus padres. Conocía los olores a vejez, ungüentos y a flores marchitas que le esperaban al otro lado de la puerta. Pero aquello era un deber. Tenía que realizarlo.

Encendió fuego y preparó el desayuno. Mientras bebía el café caliente, le asaltó un razonamiento extraño a su antigua manera de vivir. Los pensamientos inusitados que se apiñaron sobre él le sorprendieron a la vez por su audacia y por su sencillez.

-¿Por qué he de entrar allí? - preguntóse -. No hay nadie a quien cuidar, nadie siquiera a quien hablar. No tengo por qué entrar allí si no quiero.

Se sintió como un chico que falta a la escuela para caminar por una selva profunda y agradable. Pero para combatir su libertad, llegó a sus oídos la voz plañidera de su madre:

-Pat tiene que limpiar la casa. Pat nunca se preocupa de las cosas.

La alegría de la rebelión surgió en él.

Librodot

-¡Tú estás muerta!-le dijo a la voz-. Tú no eres sino algo que está sucediendo en mi mente. Nadie puede esperar ya que yo haga las cosas. Nadie sabrá nunca si hago las cosas que debo hacer. No entro allí y no voy a entrar nunca.

Y mientras el espíritu era aún fuerte en su interior, se dirigió a la puerta, arrancó la llave y la arrojó a las altas malezas detrás de la casa. Cerró los postigos de todas las ventanas, excepto los de la cocina y los clavó con largas alcayatas.

La alegría de su nueva libertad no duró mucho. Durante el día la tarea de la granja lo mantenía activo, pero antes de que obscureciera se sentía nostálgico de los antiguos deberes que consumían las horas y acortaban el tiempo. Sabía que tenía miedo de entrar en la casa, miedo de aquellas impresiones en tos almohadones y de la Biblia desarreglada. Había encerrado a dos viejos y delgados fantasmas, pero no les había quitado el poder de atribularlo.

Aquella noche, después que hubo cocinado su cena, se sentó junto a la estufa. Una soledad aterradora, como una niebla densa, cayó sobre él. Escuchó los ruidos furtivos de la vieja casa, los murmullos y golpecitos. Tan tensamente escuchó que, después de un instante, pudo oír los sillones meciéndose en la otra habitación, y una vez descubrió el sonido de destornillar una tapa de un tarro de ungüento. Pat no pudo soportar más. Fue al granero, ensilló su caballo y se encaminó al Almacén General de Las Praderas del Cielo.

Tres hombres se hallaban sentados alrededor de la ventruda estufa, contemplando sus complicados tubos con extasiada abstracción. Hicieron lugar para que Pat se trajera una silla. Ninguno lo miró, porque un hombre de luto merece las mismas inmunidades sociales que un lisiado. Pat se acomodó en su silla y observó la estufa.

-Recuérdenme que debo comprar harina antes de irme.

Todos los hombres sabían a qué se refería. Sabían que no necesitaba harina, pero cada uno de ellos, bajo circunstancias similares habría formulado alguna excusa semejante. T. B. Allen abrió la ventanilla de la estufa y miró adentro y luego escupió sobre las brasas.

-Una casa como ésa es muy solitaria al principio - comentó.

Y Pat se sintió agradecido, por más que sus palabras constituían un desatino social.

-Necesitaré tabaco y también cartuchos para escopeta, Mr. Allen - dijo a modo de pago.

Después de aquello, Pat cambió sus hábitos de vida. Resueltamente trató de reunirse siempre con grupos de hombres. De día trabajaba en su granja, pero de noche se le encontraba invariablemente donde había reunidas dos o tres personas. Cuando daban un baile en el edificio de la escuela, Pat llegaba temprano y se quedaba hasta que el último invitado se había ido. Se sentaba en casa de John Whiteside; llegaba el primero a los incendios. En días de elección, permanecía en los comicios hasta que cerraban. Dondequiera que se congregaba un grupo de personas, era seguro que se presentaba Pat. De tanto andar al acecho de compañía, llegó a tener casi un instinto especial para descubrir estímulos que arrastrarían multitudes.

Pat era un hombre feo, lleno de ganglios, de nariz larga y pesadas mandíbulas. Se parecía mucho a Lincoln joven. Su figura era tan inadecuada para la ropa como la de Lincoln. Las aletas de su nariz y sus oídos eran grandes y llenos de pelo. Parecía que unos animalitos peludos se escondían en ellos. Pat no tenía conversación; sabía que añadía poco a las reuniones que frecuentaba y trataba de compensar esa carencia trabajando, haciendo favores, arreglando cosas. Le gustaba ser designado para las comisiones encargadas de preparar bailes en la escuela, porque entonces podía visitar a los demás miembros para discutir los planes pertinentes; podía pasar noches enteras decorando la escuela o corriendo por el valle para pedir sillas prestadas a una familia y platos a otra. Si una noche cualquiera no encontraba ninguna reunión a la cual asistir, conducía su camión *Ford* hasta Salinas y veía un par de películas. Después de aquellas dos primeras noches de terrible soledad, nunca pasó ninguna otra en su casa. El recuerdo de la Biblia, de las sillas esperando, de los olores a viejo eran espantosos para él.

Durante diez años, Pat Humbert erró por el valle en busca de compañía. Se vio elegido para la Junta Escolar; se reunió con los masones y con los Asociados Excéntricos de Salinas y jamás se supo que hubiese faltado a una sesión.

A pesar de su vehemente deseo de compañía, Pat nunca se convirtió en afiliado de los grupos con los cuales se reunía. Más bien se quedaba en la periferia, no hablando nunca a menos que se le dirigiera la palabra. Las gentes del valle consideraban inevitable su presencia. Se servían de él despiadadamente y no sabían que él no deseaba nada mejor.

Cuando las reuniones terminaban, cuando Pat finalmente se yeía precisado a regresar, conducía su *Ford* hasta el granero y luego se precipitaba a la cama. Procuró con poco resultado olvidar las terribles habitaciones del otro lado de la puerta. Su imagen le aguijoneaba la mente algunas veces. El polvo estaría espeso ahora y las telarañas se extenderían por todos los rincones y por todos los muebles. Cuando la visión invadía y destruía sus defensas antes de que pudiera dormir, Pat temblaba en su cama y ensayaba todas las formulillas soporíferas que conocía.

Dado que detestaba tanto su casa, Pat no la cuidaba. El viejo edificio yacía desgastándose por el abandono. Un rosal blanco Baksia, que hacía unos años era un pequeño y redondo arbusto, asomó a la vida repentinamente y trepó por el frente de la casa. Cubrió el pórtico, colgó guirnaldas sobre las cerradas ventanas y dejó caer largos gallardetes desde los aleros. En el espacio de diez años la casa parecía un enorme montículo de rosas. Los que pasaban por el camino del condado, se detenían para maravillarse ante su tamaño y belleza. Pat apenas sabía del rosal. Se negaba a pensar en la casa cada vez que podía hacerlo.

La granja Humbert era productiva. Pat la atendía bien y ganaba dinero, y, como sus gastos eran escasos, poseía unos cuantos miles de dólares en el Banco. Amaba a la granja por ella misma, pero también la amaba porque lo alejaba del miedo durante el día. Cuando estaba trabajando, el terror de hallarse solo, la soledad glacial, no podían atacarlo. Cosechaba buenas frutas, pero las cerezas constituían su principal interés. Las hileras de vides se extendían paralelas al camino del condado. Todos los años podía vender más temprano sus cerezas en el mercado que cualquier otra persona del valle.

Pat tenía cuarenta años cuando los Munroe llegaron al valle. Los acogió como a vecinos. Había, pues, ya otra casa a la cual podía ir a pasar una tarde. Y como Bert Munroe era un hombre cordial, le agradaba que Pat cayera de visita. Pat era un buen granjero. Bert a menudo le pedía consejo. Pat no hizo mucho caso de Mae Munroe, excepto ver y olvidar que era una muchacha bonita. No pensaba frecuentemente en las personas como individuos, sino más bien como antídotos para el veneno de su soledad, como evasiones de sus aprisionados fantasmas. Una tarde en que se anunciaba el verano, Pat trabajaba en sus viñas. Se arrodilló entre los surcos de vides y cavó junto a las raíces de los sarmientos con un azadón. Las cepas se formaban rápidamente ya y las hojas eran de color verde pálido y encantadoras. Pat trabajaba lentamente en el surco. Estaba contento con el trabajo y no temía la noche que se aproximaba porque iba a cenar a casa de Munroe. Mientras trabajaba oyó voces procedentes del camino. Aunque estaba oculto entre las vides, supo por los tonos que Mrs. Munroe y su hija Mae se paseaban cerca de su casa. De pronto oyó a Mae exclamar con placer:

-¡Mamá, mira eso!

Pat interrumpió su trabajo para escuchar.

-¿Has visto alguna vez una rosa tan hermosa en tu vida, mamá?

-Es linda, cómo no - dijo Mrs. Munroe.

-Acabo de pensar en lo que me recuerda - continuó Mae-. ¿Tienes presente la postal de esa hermosa casa de Vermont? Tío Keller la mandó. Esta casa, con el rosal encima, es exactamente igual a aquella de la postal. Me gustaría verla por dentro.

-Bueno, no hay muchas esperanzas de eso. Mrs. Allen dice que nadie en el valle ha estado en esa casa desde que murieron el padre y la madre de Pat, y eso fue diez años atrás. No dijo cómo era.

Librodot

-Con un rosal así, debe ser muy bonita por dentro. Me pregunto si Mr. Humbert me dejará verla alguna vez.

Y las dos mujeres siguieron caminando hasta que sus voces se perdieron.

Cuando hubieron desaparecido, Pat se levantó y miró el gran rosal. Nunca había pensado en lo hermoso que era..., un almiar de hojas verdes y casi cubierto de rosas blancas. «Es bonito - dijo-. Y es como una bonita casa de Vermont. Es como una casa de Vermont, y... bueno, es lindo, un lindo arbusto.» Después, como si hubiera visto a través del arbusto y a través de la pared, le asaltó una visión de la sala de recibir. Volvió prestamente a su trabajo en medio de las vides, esforzándose por quitar la casa de su mente. Pero las palabras de Mae retornaron a él una y mil veces: «Debe ser muy bonita por dentro». Pat se preguntó cómo sería por dentro una casa de Vermont. Conocía la sólida y espaciosa casa de John Whiteside, y, con el resto del valle, había admirado la afelpada comodidad de la casa de Bert Munroe, pero una casa bonita nunca la había visto, es decir, una casa que pudiera llamarse realmente bonita. En su imaginación recorrió todas las casas que conocía y ninguna era lo que Mae debía haber querido significar. Recordó la imagen de una revista, una habitación de piso lustrado con maderamen blanco y una escalera; podía haber sido Mount Vermont. Esa imagen le había impresionado. Quizá fuera a ésa a la que Mae se había referido.

Quiso ver la postal de la casa de Vermont, pero si pedía el favor de verla, ellas sabrían que él había estado escuchando. Mientras lo pensaba, Pat se obsesionó con el deseo de ver una casa bonita que se pareciera a la suya. Apartó el azadón y caminó por delante de su casa. Verdaderamente el rosal era maravilloso. Soltaba un dosel sobre el pórtico, fijaba un toldo de blancas estrellas sobre las ventanas cerradas. Pat se preguntó por qué no lo había notado antes.

Aquella noche hizo algo que no hubiera podido concebir antes. En la puerta de Munroe rompió un compromiso para pasar una tarde en compañía.

-Hay cierto negocio en Salinas que debo atender - explicó-. Me arriesgo a perder dinero si no voy inmediatamente.

En Salinas fue directamente a la Biblioteca pública.

-¿Tiene fotografías de las casas de Vermont... casas bonitas? - preguntó al bibliotecario.

-Probablemente encontrará algunas en las revistas. Venga. Le mostraré donde puede verlas.

Tuvieron que avisarle cuando la Biblioteca estuvo a punto de cerrar. Encontró reproducciones de interiores, pero de interiores nue jamás había imaginado. Las habitaciones estaban construidas según un plan; cada decoración, cada mueble, hasta los pisos y jas paredes estaban relacionados, eran parte del plan. Dentro de Pat, algún profundo e instintivo sentido de arreglo había respondido a las imágenes. No había sabido que las habitaciones pudieran ser así: todas de una pieza. Todas las habitaciones que había visto eran el resultado de una gradual y accidental acumulación. Tía Sofía enviaba un florero, papá compraba una silla. Colocaron una estufa en el hogar porque calentaba más; la Sperry Flour Company publicó un gran almanaque y mamá enmarcó su lámina; una casa de ventas por correo anunciaba una nueva clase de lámparas. Y hubo una nueva lámpara. Así se formaban las habitaciones. Pero en las fotografías aquellas, alguien tenía una idea y todo en la habitación era parte de la idea. Poco antes de que la Biblioteca cerrara, encontró dos grabados juntos. Uno mostraba una habitación como las que él conocía, y, exactamente a su lado, había otro de la misma habitación con todo el desorden desaparecido y con la idea dentro. No parecía en absoluto el mismo sitio. Por vez primera en su vida, Pat estuvo ansioso por regresar a su casa. Quería echarse en la cama y meditar, porque una extraña idea nueva trataba penosamente de asomar a la vida en su mente.

Pat no pudo dormir aquella noche. Su cabeza estaba abrumada de planes. Una vez se levantó y encendió la lámpara para comprobar su cuenta en el Banco. Un poco antes del alba se vistió y preparó el desayuno, y mientras comía, sus ojos se desviaron una y otra vez hacia

la puerta cerrada con llave. Había una luz de maliciosa alegría en sus ojos. «Estará oculto allí dentro - dijo -. Es mejor que abra los postigos antes de entrar allí.»

Cuando por último llegó la luz del día, tomó una barra de hierro y dio vuelta a la casa, abriendo violentamente los clavados postigos a medida que pasaba. Las ventanas de la sala de recibir no las tocó porque no quería revolver el macizo de rosas. Finalmente, regresó a la cocina y permaneció ante la puerta cerrada con llave. Por un momento la vieja visión lo detuvo. «Pero será sólo por un minuto, argüyó. Empezaré a hacerla añicos ahora mismo.» La barra de hierro cayó estrepitosamente sobre la cerradura. La puerta saltó al abrirse, chillando lastimosamente sobre sus secos goznes, y la horrible habitación quedó ante los ojos de Pat. El aire estaba brumoso por las telarañas; un olor mohoso y añejo fluyó por la puerta. Allí estaban las dos mecedoras a cada lado de la herrumbrosa estufa. Aun a través del polvo pudo ver las pequeñas cavidades en los almohadones. Pero eso no era lo terrible. Pat sabía dónde residía el centro de su temor. Atravesó rápidamente la habitación, limpiándose las telarañas de los ojos. La sala estaba obscura todavía pues sus postigos se hallaban cerrados. Pat no tuvo que buscar a tientas la mesa; sabía perfectamente dónde estaba. ¿No lo había perseguido durante diez años? Levantó mesa y Biblia juntas, salió corriendo por la cocina y las arrojó al patio.

Ahora podía ir más despacio. El miedo había desaparecido. Las ventanas estaban clavadas tan fuertemente que se vio obligado a usar la barra para abrirlas. Primero salieron las mecedoras, rodando y saltando cuando golpearon el suelo, luego, los cuadros, los adornos de la repisa, las oropéndolas embalsamadas. Y cuando los muebles, la ropa, los felpudos y floreros fueron arrojados por la ventana, Pat descubrió las alfombras y, apretujándolas, las tiró afuera también. Finalmente, trajo baldes de agua y empapó por completo las paredes y el cielo raso. El trabajo le proporcionó un intenso placer. Trató de quebrar las patas de las sillas, al arrojarlas. Mientras el agua se calaba en el viejo y obscuro papel de la pared, reunió todos los muebles de debajo de las ventanas, los apiló y les prendió fuego. Viejas telas mustias y maderas barnizadas ardían hoscamente y despedían una sucia hediondez de polvo y humedad. Sólo cuando un balde de petróleo se vertió sobre la pila brotaron llamas. Las mesas y sillas crepitaban mientras entregaban sus fantasmas al fuego. Pat inspeccionaba la pila alborozadamente.

- Estabais sentados allí dentro todos estos años, ¿eh? - exclamó-. Creísteis que nunca me atrevería a quemaros. Bien, sólo me gustaría que estuvierais cerca para ver lo que voy a hacer, cachivaches podridos y apestosos.

Las verdes alfombras quemaron por entero y dejaron brasas rojas y escamosas. Los viejos floreros y las jarras estallaron en pedazos. Pat pudo oír el siseo del mentol chorreando por los recipientes e hirviendo en el fuego. Sintió que estaba presidiendo la muerte de su enemigo. Sólo cuando la pila hubo ardido hasta quedar sólo las brasas, la dejó. Para entonces, las paredes estaban completamente embebidas, de manera que el empapelado se desgajó en largas y anchas tiras.

Aquella tarde, Pat se dirigió a Salinas y compró todas las revistas sobre decoración de casas que pudo encontrar. Por la noche, después de cenar, escudriñó las páginas. Por fin, en una de las revistas, encontró la habitación perfecta. Había existido un problema respecto a algunas de las restantes; no había ninguno respecto a ésta. Y la podía hacer muy fácilmente. Derribando el tabique entre la estancia y la sala, tendría una habitación de treinta pies de largo y quince de ancho. Las ventanas podían ser ensanchadas, el hogar agrandado y el piso raspado, teñido y lustrado. Pat sabía que él podía hacer todas estas cosas. Le dolían las manos de ganas de estar trabajando. «Mañana empezaré», dijo. Entonces otro pensamiento lo detuvo: «Puedo muy bien comunicarle lo que estoy haciendo ahora. ¡Toma! Si se lo dijera, sabría que le oí decir aquello sobre la casa de Vermont. No puedo dejar que la gente sepa lo que estoy haciendo. Me preguntarían Por qué lo hago». Él mismo se preguntó por qué lo hacía. «No es de mi maldita incumbencia el por qué, se explicó a sí mismo. No tengo que ir por ahí contándole a la gente por qué. Tengo mis razones. ¡Por Dios! Lo haré de noche.» Pat

se rió suavemente. La idea de cambiar en secreto su casa le entusiasmaba. Podía trabajar aquí solo y nadie se enteraría. Cuando todo estuviera terminado, podía invitar a unas cuantas personas y afirmar que siempre había sido así. Nadie recordaría cómo era diez años atrás.

Y ordenó su vida de esta manera: durante el día trabajaba en la granja y de noche se precipitaba a la casa con un sentimiento de excepcional alegría. El grabado de la habitación concluida fue pegado en la cocina. Pat lo miraba veinte veces por día. Mientras construía asientos de ventana, preparaba el papel gris y cubría el maderamen con esmalte color crema, veía ante sí la habitación terminada. Cuando necesitaba materiales, marchaba a Salinas al declinar la tarde y traía de vuelta sus pertrechos después de obscurecer. Trabajaba hasta medianoche y se acostaba intensamente feliz.

Las gentes del valle lo echaban de menos en sus reuniones. En el almacén le interrogaban, pero él tenía lista su excusa:

-Estoy siguiendo uno de esos cursos por correspondencia - explicó -. Estudio de noche.

Los hombres sonrieron. La soledad era demasiado para un hombre, lo sabían. Los solterones en las granjas siempre se ponen un poco excéntricos, tarde o temprano.

-¿Qué estudia, Pat?

-¡Oh! ¿Qué? Estoy tomando lecciones de... construcción.

-Usted debería casarse, Pat. Los años se le van pasando.

-No sea tonto - dijo Pat, sonrojándose violentamente.

Mientras trabajaba en la habitación, Pat imaginaba una pequeña comedia: la habitación estaba terminada y el mobiliario en su lugar. El fuego ardía rojizamente; las lámparas arrojaban reflejos caliginosos sobre el piso lustrado y los resplandecientes muebles. «Iré a la casa de ella y diré de improviso: «He sabido que le gustan las casas de Vermont». ¡No! No puedo decir eso. Diré. «¿Le gustan las casas de Vermont? Bueno, tengo una habitación que es como una habitación de Vermont».

Los preliminares no eran nunca por completo satisfactorios. No podía llegar a la manera perfecta de atraerla a su casa. Acababa por omitir esa parte. Podría reflexionarlo más tarde.

Después, ella entraba en la cocina. La cocina no estaría cambiada, pues eso convertiría a la otra habitación en una sorpresa jjiayor. Se quedaría frente a la puerta, que él abriría de par en par. Allí estaba la habitación, más bien obscura, pero llena de luz obscura realmente. El fuego se henchiría como un ancho arroyo y las lámparas se reflejarían en el piso. Podrían descubrirse las colgaduras de zaraza satinada y el gordo tigre del encorvado tapete de la repisa. El peltre fosforecía con suntuosidad restringida. Todo era cálido y cómodo. El pecho de Pat se contrajo de placer.

Sin embargo, ella estaba junto a la puerta y... ¿qué diría? Bueno, si se sintiera como él, tal vez no diría nada. Se sentiría casi con ganas de llorar. Quizá permaneciera allí uno o dos minutos, sólo mirando. Entonces Pat diría: «¿No quiere entrar y sentarse un rato?» Y por supuesto eso rompería el embrujo. Ella comenzaría a hablar sobre la habitación con divertidas frases sofocadas. Pero Pat obraría con naturalidad. «Sí, siempre me gustó.» Decía esto en voz alta mientras trabajaba. «Sí, siempre pensé que era agradable. Se me ocurrió el otro día que a usted le gustaría verla.»

La comedia terminaba así: Mae se sentaba en la silla de brazos frente al fuego. Sus lindas manos regordetas descansaban en su regazo. Mientras estaba sentada allí una mirada lejana aparecía en sus ojos... Y Pat nunca llegaba más lejos, porque a esa altura le vencía la conciencia de sí mismo. Ir más lejos, sería como espiar por una ventana a dos personas que quisieran estar solas. El momento eléctrico, el palpitante momento de toda la cuestión era cuando abría la puerta de par en par; cuando ella Permanecía en el umbral, atónita ante la belleza del cuarto.

Al cabo de tres meses la habitación estuvo terminada. Pat Puso la lámina de la revista en su cartera y se marchó a San francisco. En la oficina de una compañía de muebles extendió su lámina sobre el escritorio y dijo:

-Quiero muebles como éstos.

-No los desea originales, por supuesto.

-¿Cómo, originales?

-Vamos, muebles antiguos. No los podría comprar por menos de treinta mil dólares.

El rostro de Pat se abatió. Su habitación pareció derrumbarse.

-¡Oh!... No lo sabía.

-Podemos conseguirle buenas copias de todo, aquí - dijo el gerente.

-Pues claro. Eso está bien. ¿Cuánto costarían las copias?

Llamóse a un agente de compras. Los tres recorrieron los artículos del grabado y el gerente confeccionó una lista: mesa con incrustaciones de color, mesa de hojas y patas plegadizas, una silla Windsor, una con asiento de paja y respaldo-escalerilla, una con respaldo de orejeras, un banco de chimenea, alfombrillas de borde mellado, colgaduras de zaraza satinada, lámparas con globos escarchados y plaquetas de cristal, un aparador de frente abierto, porcelana de fosfato de cal con dibujos, candeleros de peltre y farolillos.

-Bien. Resultará unos tres mil dólares, Mr. Humbert.

Pat contrajo el ceño pensativamente. Después de todo, ¿para qué ahorrar dinero?

-¿Cuándo puede enviarlos?

Mientras aguardaba la noticia de que los muebles habían llegado a Salinas, Pat lustró el piso hasta que brilló como un lago helado. Al salir de la habitación, borraba sus débiles pisadas con un pulidor. Y luego, por fin, los bultos llegaron. Tuvo que hacer cuatro viajes a Salinas en su camión para traerlos, viajes llevados a cabo secretamente, por la noche. Había un aire de intriga alrededor del asunto.

Pat descargó los muebles en el granero. Transportó sillas y mesas y, tras muchísimas miradas a la lámina, los acomodó en sus sitios exactos. Aquella noche el fuego llameó y las lámparas esmeriladas se reflejaron en el piso. El tigre gordo encorvado sobre la chimenea pareció temblar a la danzante luz de la llama.

Pat entró en la cocina y cerró la puerta. Después, muy lentamente, la abrió de nuevo y se quedó mirando. La habitación brillaba suavemente con cordialidad, con acogedora cordialidad. El peltre era aún más vivo de lo que él creyera. La vajilla en el aparador abierto prendía chispas en sus bordes. Durante un momento Pat se quedó en el vano de la puerta tratando de lograr el tono conveniente de voz. «Siempre me gustó - dijo de la manera más improvisada-. Simplemente se me ocurrió el otro día que a usted le gustaría verla.» Se detuvo, asaltado por un horrible pensamiento. «¡Qué!, ¿no puede venir aquí sola? Una chica no puede ir de noche a la casa de un hombre soltero. La gente hablaría y, además, ella no lo haría.» Estaba amargamente desilusionado. Su madre tendría que venir con ella. Pero... quizá su madre no estorbará. Puede quedarse aquí atrás, así como... a un lado.

Ahora que estaba listo, una poderosa renuncia lo sujetaba. Una noche y otra noche pasaban mientras difería el pedirle que viniera. Realizó su comedia hasta que supo exactamente dónde se situaría ella, cómo se la vería, qué diría. Temía cosas alternativas que ella pudiera decir. Transcurrió una semana y todavía postergaba la visita que había de traerla a conocer su cuarto.

Una tarde construyó su valor con ladrillos de voluntad. «No puedo aplazarlo siempre. Es mejor que vaya esta noche.» Después de cenar se vistió su mejor traje e inició la marcha hasta la casa de los Munroe. Quedaba sólo a un cuarto de milla de distancia. No la invitaría para esta noche. Quería que el fuego ardiera y las lámparas estuvieran encendidas cuando ella llegara. La noche era fría y muy obscura. Cuando Pat daba traspiés en el polvo del camino, pensó con desaliento qué tal lucirían sus zapatos lustrados.

Había cantidad de luces en la casa de Munroe. Frente a la entrada, estaban estacionados una serie de autos. Es una fiesta, se dijo Pat. La invitaré cualquier otra noche. No podría hacerlo delante de mucha gente. Por un momento, pensó, incluso, en regresar. «Sería extraño sin embargo si la invitara la primera vez que la veo después de meses. Podría sospechar algo.»

Cuando entró en la casa, Bert Munroe lo tomó de la mano, exclamando:

-¡Es Pat Humbert! ¿Dónde ha estado metido, Pat?

-He estado estudiando de noche.

-Bueno, es una suerte que haya venido. Yo pensaba ir a verlo mañana. Sabrá la noticia, por supuesto.

-¿Qué noticia?

-Pues que Mae y Bill Whiteside van a casarse el sábado próximo. Iba a pedirle que ayudara en la boda. Será una fiesta casera, con refrescos después. Usted solía ayudar en el edificio de la escuela todo el tiempo antes de que le agarrara ese antojo de estudiar. - Tomó el brazo de Pat y trató de conducirlo al vestíbulo. El murmullo de gran número de voces llegaba desde la habitación al final del vestíbulo.

Pat resistió firmemente.

-Magnífico, Mr. Munroe. ¿El sábado próximo, dijo? Me encantaría ayudar. No, no puedo quedarme ahora. Debo ir al almacén ahora mismo. - Volvió a estrecharle la mano y atravesó lentamente la puerta.

En su desdicha quiso ocultarse un rato, enterrarse en algún lugar obscuro, donde nadie pudiera verlo. Encaminóse automáticamente hacia su casa. El serpenteante edificio estaba sombrío e indeciblemente triste cuando llegó. Pat entró en el granero, con paso deliberado subió la corta escalera y se echó en el heno. Por encima de todas las cosas no quería entrar en la casa. Y después, en todos los años venideros, dos espíritus perplejos vivirían en la hermosa habitación y, en su cocina, Pat comprendería cómo contemplaban ávidamente el espectro de una lumbre.

CAPITULO XI

Cuando Richard Whiteside llegó al lejano Oeste en el año 50, inspeccionó las obras auríferas y las desechó como objetivo para sus esfuerzos. «La tierra da solamente una cosecha de oro - dijo -. Cuando esta cosecha se divide entre mil arrendatarios, no alimenta a ninguno por mucho tiempo. Esta es una mala inversión.»

Richard recorrió los campos y cerros de California; en su mente había la definida intención de fundar una casa para hijos aún no nacidos y para los hijos de estos hijos. Pocas personas en California en aquellos días sentían responsabilidad por sus descendientes.

Al atardecer de un hermoso y claro día, guió sus dos caballos bayos a la cumbre de los pequeños cerros que rodean Las Praderas del Cielo. Detuvo la pareja y clavó la vista en el verde valle. Y Richard supo que había encontrado su hogar. En su errar por la región se había encontrado con muchos lugares hermosos, pero ninguno le había inspirado aquel sentimiento de consumación. Recordó a los colonos de Atenas y de Lacedemonia buscando nuevas tierras descritas por los oráculos; pensó en los aztecas avanzando afanosamente tras su águila orientadora. Richard se dijo: «Ahora bien: si pudiera ver un signo, sería perfecto. Sé que éste es el lugar, pero si sólo pudiera ver un presagio para recordar y contar a los niños»... Miró al cielo, pero estaba limpio tanto de pájaros como de nubes. Luego surgió la brisa que soplaba sobre los cerros al atardecer. Los robles hicieron pequeños gestos furtivos en dirección al valle y, sobre la ladera, un minúsculo torbellino levantó unas cuantas hojas y las arrastró hacia adelante. Richard se rió entre dientes. «¡Contesta! Muchas ciudades hermosas se fundaron a causa de un signo de los dioses no mayor que éste.»

Después de unos minutos se apeó de su ligero carro y desenganchó los caballos. Una vez atados, los animales se movieron con melindrosos pasitos hacia el pasto junio a la vera del camino. Richard tomó una cena de jamón frío y pan, y luego desenrolló sus mantas y las colocó sobre el césped de la ladera. Mientras el ocaso gris se espesaba en el valle, se tendió en su cama y contempló Las Praderas del Cielo, el sitio que iba a ser su hogar. En el extremo lejano, cerca de un bosquecillo de espléndidos robles, estaba el caserío; detrás del sitio elegido había un cerro y un pequeño pliegue cubierto de matojos, un arroyo, seguramente. La luz se hizo incierta y mágica. Richard vio una hermosa casa blanca con un cuidado jardín delantero y, cerca, la blanca torrecilla de un depósito. Había lucecillas amarillas en las ventanas, manchitas de luces de bienvenida. La ancha puerta del frente se abría y una bandada entera de chiquillos salía a la galería... seis chicos por lo menos. Atisbaban en la creciente obscuridad, miraban particularmente a lo alto del cerro donde Richard yacía sobre sus mantas. Después de un momento volvían a entrar en la casa y la puerta se cerraba detrás de ellos. Con el cerrar de la puerta, la casa, el jardín y el blanco depósito desaparecieron. Richard suspiró satisfecho y se echó de espaldas. El cielo estaba punzado de estrellas.

Durante una semana Richard recorrió furiosamente el valle Compró doscientos cincuenta acres en Las Praderas del Cielo; se dirigió a Monterrey para hacer registrar el título y la escritura y, cuando la tierra fue suya con seguridad, visitó a un arquitecto.

Le llevó seis meses edificar su casa, alfombrarla y amueblarla, cavar un pozo y construir un depósito. Hubo obreros en torno a ja finca de Whiteside todo el primer año de la posesión de Richard.

Un vecino que se inquietó por estos trabajos le preguntó al nuevo propietario.

-¿Está por aparecer su familia, Mr. Whiteside?

-No tengo familia - dijo Richard -. Mis padres han muerto. No tengo esposa.

-¿Entonces para qué diablos está construyendo una casa grande como ésta?

El rostro de Richard se puso torvo.

-Voy a vivir aquí. He venido para quedarme. Mis hijos y los hijos de éstos vivirán en esta casa. Habrá muchísimos Whiteside nacidos aquí, y muchísimos muertos aquí. Atendida debidamente, la casa durará quinientos años.

Librodot

-Comprendo lo que usted quiere decir, perfectamente - dijo el vecino -. Parece magnífico, pero así no es como obramos aquí. Edificamos una pequeña cabaña, y si la tierra rinde, edificamos un poco más. No es conveniente invertir demasiado en un lugar. Uno puede querer mudarse.

-Yo no quiero mudarme - exclamó Richard -. Precisamente contra eso estoy yo construyendo. Levantaré una estructura tan fuerte que ni yo ni mis descendientes podremos mudarnos. Como precaución, seré enterrado aquí cuando muera. A los hombres les resulta duro abandonar las tumbas de sus antepasados.

Su semblante se suavizó.

-Vamos hombre. ¿No comprende lo que estoy haciendo? Estoy fundando una dinastía. Estoy erigiendo una mansión de familias y familias que sobrevivirán no para siempre, pero sí durante varios siglos por lo menos. Me complace, mientras edifico esta casa, saber que mis descendientes caminarán sobre sus pisos, que niños cuyos bisabuelos no están concebidos aún nacerán en ella. Cimentaré el germen de una tradición dentro de mi casa.

Los ojos de Richard refulgían mientras hablaba. Los golpes de los martillos de los carpinteros salpicaban su discurso.

El vecino pensó que estaba tratando con un loco, pero sintió una especie de reverencia por la locura. Deseó saludarla de alguna manera. Si no hubiese sido americano, habría tocado su sombrero con los dedos. Dos hijos adultos de este hombre cortaban troncos a tres millas de distancia, y su hija se había casado e ido a Nevada. Su familia se dispersó antes de que empezara de veras.

Richard construyó su casa de madera de pino, que no se pudre. La modeló según el estilo de las más bonitas casas de campo de Nueva Inglaterra, pero, como tributo al clima de Las Praderas del Cielo, rodeó todo el edificio con una amplia galería. El techo se entejó sólo provisionalmente, pero, tan pronto como su orden pudo llegar a Boston y una nave pudo regresar, las tejas fueron arrancadas y substituidas por pizarra del este. Lo del techo era algo importante y simbólico para Richard. Para las gentes del valle, el techo de pizarra resultaba algo de gran lujo. Más que cualquier otra cosa, eso del techo convirtió a Richard Whiteside en el primer ciudadano del valle. Este hombre era firme, y su hogar estaba aquí. No intentaba huir a un nuevo campo dorado. ¿Cómo?... Su techo era de pizarra. Además, era un hombre educado. Había ido a Harvard. Tenía dinero y tenía la fe de construir una casa grande y lujosa en el valle. Cultivaría la tierra. Era el fundador y patriarca de una familia, y su techo era de pizarra. El pueblo apreciaba y valoraba más Las Praderas del Cielo a causa del techo de pizarra. Si Richard hubiese sido un político deseoso de un cargo local, no habría podido dar un paso más astuto que techar su casa con pizarra. Ese tipo de techo centelleaba secretamente en la lluvia; el sol lo transformaba en un espejo de acero.

Finalmente, la casa estuvo terminada; dos peones comenzaron a plantar los huertos y a preparar la tierra para la simiente. Un pequeño rebaño de ovejas mordisqueaba el pasto en la ladera, detrás de la casa. Richard supo que sus preparativos habían terminado. Estaba listo para recibir una esposa. Cuando llegó una carta de un pariente lejano, diciendo que había llegado a San Francisco con su esposa e hija y que se alegraría de verlo, Richard supo que no necesitaba buscar más lejos. Antes de ir a San Francisco supo que se casaría con aquella hija. Era lo adecuado. No habría accidentes de sangre si se casaba con esta muchacha.

Aunque pasaron por la formalidad del noviazgo, el asunto se arregló tan pronto como se conocieron. Alicia estaba contenta de dejar la dominación de su madre y empezar un imperio doméstico propio. La casa había sido edificada para ella. No había permanecido allí veinticuatro horas cuando ya desplegó papeles festoneados y perforados en los estantes de la despensa, de la clase exacta que Richard recordaba en la despensa de su madre. Ordenó la casa a la manera vieja y cómoda, la manera inalterable, cíclica - lavar el lunes, planchar el martes y así sucesivamente-, las alfombras levantadas y sacudidas dos veces por año; jamones, tomates y pepinillos conservados y puestos sobre estantes en el sótano todos los

Librodot

otoños. La granja prosperaba, las ovejas y vacas aumentaban, y en el jardín, botones de oro, diantos, claveles y malvas se fijaron un florecimiento anual. Y Alicia iba a tener un hijo.

Richard había sabido que todo esto sucedería. La dinastía estaba establecida. La estufa de la sala humeaba lo suficiente para llenar la casa con un delicioso incienso de humo de madera. La gran pipa de espuma de mar que le había regalado su suegro trocaba su blanco nuevo y cretoso por un amarillo vivo y cremoso.

Cuando se acercaba el nacimiento del niño, Richard trataba a Alicia casi como a un inválido. Al atardecer, cuando se sentaban delante del fuego, arropaba una manta alrededor de sus pies. Su gran temor era que algo marchara mal en la gestación del niño. Hablaban del cuadro que ella miraría para influir en el aspecto del primogénito, y, a fin de sorprenderla, Ricard mandó buscar a San Francisco una pequeña reproducción en bronce del David de Miguel Ángel. Alicia se ruborizó de su desnudez, pero antes de mucho tiempo se aficionó apasionadamente a la figurilla. Cuando se acostaba, la ponía encima de su mesilla de noche. Durante el día la llevaba consigo de habitación en habitación mientras trabajaba y al atardecer la dejaba sobre la repisa de la chimenea, en la sala. A menudo, cuando miraba sus limpias y fuertes extremidades, una leve sonrisa de inteligencia y de búsqueda iba y venía en su rostro. Estaba enteramente convencida de que su hijo se parecería al *David*.

Richard se sentaba a su lado y acariciaba su mano consoladoramente. A ella le gustaba que él le acariciara la palma de la mano, lo bastante fuerte como para no sentir cosquillas. Él le hablaba tranquilamente:

-La maldición ha sido extirpada - dijo -. Mi gente, Alicia, tuya en grado más lejano, vivió en una misma casa durante ciento treinta años. Desde ese hogar central nuestra sangre se mezcló con la buena sangre pura de Nueva Inglaterra. Una vez, mi padre me contó que nacieron en la casa setenta y tres chicos. Nuestra familia se multiplicó hasta la época de mi abuelo. Mi padre era hijo único y yo fui hijo único. Aquello constituyó la tristeza de la vida de mi padre. Tenía sólo setenta años cuando murió, Alicia, y yo era su único hijo. Cuando yo tenía veinticinco años y no había empezado realmente a vivir, la vieja casa se incendió. No sé qué fue lo que inició el fuego.

Colocó la mano de ella sobre el brazo de su sillón, suavemente, como si fuera un débil animalito. Una brasa había rodado del hogar, alejándose del fogón de ladrillo. La empujó hacia atrás, entre las otras brasas, y luego levantó de nuevo la mano de Alicia. Ella sonrió ligeramente al *David*, que estaba encima de la repisa.

-Existía una práctica en los tiempos antiguos - le relataba Richard. Su voz se hizo dulce y lejana como si hablara desde aquellos tiempos antiguos. Años más tarde, Alicia pudo llegar a adivinar por el movimiento de su cabeza, por el tono de su voz y por su expresión, cuando estaba a punto de hablar de los tiempos antiguos. Por que los Tiempos Antiguos de Herodoto, de Jenofonte, de Tucídides, eran cosas personales para él. En el ignorante Oeste, los relatos de Herodoto eran tan nuevos como si los hubiera inventado él. Leía las Gorras Persas, las Guerras del peloponeso y los Diez Mil todos los años. Ahora acariciaba la mano de Alicia un poco más firmemente y continuaba. En los tiempos antiguos, cuando, a través de continuas desgracias, los habitantes de una ciudad llegaban a creerse bajo la maldición o aun bajo la malquerencia de algún dios, ponían todas sus pertenencias en naves y zarpaban para fundar una nueva ciudad. Dejaban su vieja ciudad vacía y la abrían a cualquiera que la deseara.

-¿Quieres alcanzarme la estatua, Richard? - pidió Alicia -. A veces me agrada sostenerla en mi mano.

Él saltó y depositó el *David* en su regazo.

-Escucha, Alicia. Hubo sólo dos niños en las dos generaciones anteriores a que la casa ardiera. Puse mis posesiones en una nave y zarpé hacia el Oeste para fundar un nuevo hogar. Debes comprender que el hogar que perdí llevó ciento treinta años para formarse. Yo no pude reemplazarlo. Una casa nueva sobre la tierra vieja habría sido penoso para mí. Cuando vi este

Librodot

valle, sentí que era el lugar para la nueva sede familiar. Y ahora las generaciones se están formando. Soy muy feliz, Alicia.

Ella se acercó para apretar su mano, en agradecimiento por poder hacerlo feliz.

-¡Ah!-dijo él repentinamente-, había hasta un presagio, cuando penetré por primera vez en el valle. Pregunté a los dioses si éste era el lugar, y contestaron. ¿Es bueno esto, Alicia? ¿Quieres que te cuente los presagios y mi primera noche en la colina?

-Cuéntamelo mañana por la noche - replicó ella -. Será mejor que me retire ahora.

Él se levantó y la ayudó a desenvolver la manta que rodeaba sus rodillas. Alicia se inclinó bastante pesadamente sobre su brazo mientras la ayudaba a subir las escaleras.

-Hay algo místico en la casa, Alicia, algo maravilloso. Es la nueva alma, el primer nativo de la nueva raza.

-Se parecerá a la estatuita - dijo Alicia.

Cuando Richard hubo arropado las mantas de modo que ella no sintiera frío, regresó a la sala. Podía oír a los chicos en la casa. Subían y bajaban las escaleras, chapoteaban en las cenizas de la chimenea. Oía sus voces llamándose suavemente unos a otros en la galería. Antes de acostarse puso los tres grandes libros sobre el estante superior de la biblioteca.

El parto fue muy duro. Cuando concluyó, mientras Alicia yacía pálida y exhausta en su lecho, Richard tomó a su hijito en brazos y lo depositó a su lado.

-Sí - dijo ella, complacientemente-, se parece a la estatua. Ya lo sabía, naturalmente. Y David será su nombre, por supuesto.

El médico de Monterrey bajó las escaleras y se sentó con Richard junto al fuego. Arrugó la frente tétricamente y dio vueltas y vueltas a un anillo masónico en su dedo mayor. Richard abrió una botella de aguardiente y llenó dos copitas.

-Voy a brindar por mi hijo, doctor.

El médico acercó su copa a la nariz y resolló como un caballo:

-Licor excelente. Es mejor que brinde por su esposa.

-¡Naturalmente! - bebieron-. Y este otro por mi hijo.

-Dedíqueselo a su esposa, también.

-¿Por qué? - preguntó Richard, sorprendido.

El médico metía ya las ventanas de su nariz en la copa.

-Una especie de acción de gracias. Estuvo muy cerca de quedar viudo.

Richard vació el brandy en su garganta.

-No sabía. Pensé... no sabía. Creí que los primeros eran siempre difíciles de dar a luz.

-Déme otro trago - reclamó el médico -. Usted no va a tener más hijos.

Richard se detuvo en el acto de verter.

-¿Qué quiere usted decir con eso? Evidentemente voy a tener más hijos.

-No con esta esposa, no. Ella está lista. Tenga otro hijo y no tendrá más esposa.

Richard se sentó muy silencioso. El suave griterío de niños que había oído en la casa durante el pasado mes se acalló repentinamente.

El médico se rió agriamente.

-¿Por qué no se emborracha si así es como se siente?

-¡Oh, no, no! No creo que en estas circunstancias pueda emborracharme.

-Bien, déme otro trago antes de que me vaya, de todos modos. Voy a tener un viaje frío.

Richard no comunicó a su esposa que no podría tener más hijos, hasta que hubieron pasado seis meses. Quería que recobrara sus fuerzas antes de exponerla al choque de la revelación. Al hablarle finalmente, sintió el peso de la culpa de su secreto. Ella sostenía al niño en su falda, y ocasionalmente se inclinaba para llevarse a la boca uno de sus dedos extendidos hacia arriba. El niño observaba con vagos ojos y sonreía húmedamente mientras movía sus dedos erguidos para que ella los chupara. El sol inundaba la ventana. A cierta distancia, pudieron oír a uno de los peones maldiciendo a una yunta de rastra con monotonía de sonsonete. Alicia alzó la cabeza y frunció el ceño ligeramente.

-Es hora de que lo bauticemos, ¿no te parece, Richard? ¿Te parece que es demasiado tarde para cambiarle el nombre? - siguió preguntando Alicia, luchando con la grave indecisión que la atormentaba.

-No, no es demasiado tarde. ¿Por qué quieres cambiarlo? ¿Cómo quieres llamarlo?

-Quiero llamarlo John. Es un nombre del Nuevo Testamento. -Levantó la vista en busca de su aprobación-; y además, es el nombre de mi padre. Mi padre se alegrará. Por otra parte, no me ha parecido muy propio ponerle el nombre de aquella estatua, aunque sea una estatua del joven David. No es I como si la estatua tuviera ropa encima...

Richard no trató de seguir esta lógica. En cambio se lanzó a su confesión. En un segundo se acabó todo. No se había dado cuenta de que emplearía tan poco tiempo. Alicia sonreía con una peculiar sonrisa enigmática que lo desconcertó. A pesar de lo mucho que se había familiarizado con ella, esta sonrisa, un poco zumbona, un poquitín triste y plena de secreta sabiduría le negaba la entrada a sus pensamientos. Ella se recogía detrás de la sonrisa. Era como si dijera: «Sé cosas que harían aparecer ridículos tus conocimientos si yo optara por contártelas». El niño alargaba sus dedos hacia su cara, y ella los doblaba hacia atrás y hacia delante.

- Espera un poco - dijo al fin -. Los médicos no lo saben todo. Espera un poco más, Richard. Tendremos otros hijos. Apartó al chico y deslizó la mano bajo su pañal.

Richard salió y se sentó en los escalones de la entrada. Detrás, la casa volvía a rebosar de vida, cuando unos minutos antes había estado silenciosa y muerta. Había miles de cosas que hacer. El seto de boj que mantenía al jardín en su lugar no había sido podado durante seis meses. Mucho tiempo atrás había trazado un cuadrado en el patio lateral para plantar una parcela de césped, y el cuadrado quedó esperando la semilla. No había sitio para secar la ropa todavía. La barandilla de la escalera delantera estaba a su lado. Richard extendió la mano y la acarició como si fuera el pescuezo arqueado de un caballo.

Los Whiteside llegaron a ser la primera familia de Las Praderas del Cielo apenas se establecieron. Eran educados, tenían una espléndida granja y, aunque no ricos, no les apremiaba el dinero. Vivían con comodidad, en una hermosa casa. La casa era el símbolo de Ja familia: holgada, lujosa para aquellos días, cálida, hospitalaria y blanca, renovada y repasada a menudo, lo que la colocaba por encima de las demás casas del valle como seguramente un castillo del Rhin está colocado sobre su aldea. Las familias admiraban la casa blanca y también se sentían más seguras porque estaba allí. Encarnaba la autoridad, la cultura, el discernimiento y los buenos modales. Los vecinos podían adivinar, mirando su casa, que Richard Whiteside era un caballero que no cometería ni diría cosas crueles ni indiscretas. Estaban orgullosos de la casa, del mismo modo que los arrendatarios de tierras en un ducado están orgullosos de la casa solariega. Si bien algunos de los vecinos eran más ricos que Whiteside, parecían saber que no podían construir una casa como aquella aunque la imitaran exactamente. A su casa se debió en esencial el hecho de que Richard se convirtiera en el arbitro de modales del valle, y, además, de eso, en una especie de juez extraoficial en las pequeñas disputas. La confianza de sus vecinos, a su vez, fomentó en Richard un sentimiento paternal hacia el valle. A medida que envejecía llegó a considerar todos los asuntos como propios y el pueblo se enorgullecía de que así fuera.

Cinco años transcurrieron antes de que su intuición le dijera a Alicia que estaba lista para tener otro hijo.

-Llamaré al médico - resolvió Richard cuando ella se lo manifestó -. El médico sabrá si es seguro o no.

-No, Richard. Los médicos no saben. Te digo que las mujeres saben más de sí mismas que los médicos.

Richard la obedeció, porque temía lo que el médico pudiera decirle. «Es el grano de divinidad de las mujeres - se explicó a sí mismo-. La naturaleza ha plantado este conocimiento certero en las mujeres a fin de que la raza pueda multiplicarse.»

Librodot

Todo marchó bien durante seis meses, luego sobrevino una devastadora enfermedad. Cuando finalmente fue llamado el médico estaba demasiado furioso para hablar a Richard. El parto fue terrible. Richard, sentado en la sala, asía los brazos de su silla y escuchaba el débil lamento en el dormitorio de arriba. Richard estaba tan abrumado de miedo que ni siquiera alzó la vista cuando el médico entró en la habitación.

-Saque la botella - dijo el médico, cansadamente-. Un brindis para usted, por ser un maldito tonto de Dios.

Richard no levantó la vista ni contestó. Durante un momento el médico continuó mirándolo ceñudamente y luego habló con suavidad.

-Su esposa no ha muerto, sólo sabe el cielo por qué. Ha sufrido lo bastante para matar a un escuadrón de soldados. ¡Estas mujeres débiles! ¡Tienen la vitalidad de monstruos! ¡La criatura ha muerto!

Repentinamente quiso castigar a Richard por desatender sus primeras órdenes, y continuó:

-No ha quedado casi nada de la criatura para enterrarla.

Volvióse y dejó la casa bruscamente, porque detestaba lamentarse tanto por alguien como se lamentaba por Richard Whiteside.

Alicia quedó inválida. El pequeño John no recordaba cuándo su madre no había estado inválida. Todo lo que de su vida pudo recordar fue que había visto a su padre subiéndola y bajándola por las escaleras, en brazos. Alicia no hablaba muy frecuentemente, pero cada vez más la zumbona y sabia sonrisa estaba en sus ojos. Y no obstante su debilidad, dirigía la casa notablemente bien. Las incultas muchachas campesinas, que servían en la casa como una codiciada preparación para sus propios matrimonios, acudían en busca de órdenes antes de cada comida. Alicia, desde el lecho o desde su mecedora, lo planeaba todo.

Todas las noches Richard la llevaba a la cama. Cuando yacía sobre las blancas almohadas, él acercaba una silla y se sentaba a su lado por un instante, acariciando la palma de su mano hasta que se adormecía. Todas las noches preguntaba:

-¿Estás contento, Richard?

-Estoy contento - decía él. Y entonces le contaba cosas de la granja y de las gentes del valle. Era una especie de informe diario de acontecimientos. Mientras hablaba, la sonrisa asomaba al rostro de ella y permanecía allí hasta que sus ojos decaían, y él apagaba la luz. Era un ritual.

En el décimo cumpleaños de John le dieron una fiesta. Chicos de todas partes del valle vinieron y erraron de puntillas por la vasta casa, contemplando la magnificencia de que habían oído hablar. Alicia estaba sentada en la galería.

-No tenéis que estar tan callados, chicos - dijo -. Corred y divertiros.

Pero no podían correr y gritar en la casa Whiteside. Lo mismo podían haber gritado en la iglesia. Cuando hubieron recorrido todas las habitaciones, no pudieron soportar más la tensión. La concurrencia entera se retiró al granero, desde el cual partían chillidos salvajes hacia la galería, donde Alicia, sentada, sonreía.

Aquella noche, cuando estuvo en cama, preguntó:

-¿Estás contento, Richard?

El rostro de él resplandecía aún por el placer que le había causado la fiesta.

-Estoy contento - dijo.

-No debes preocuparte por lo de los chicos, Richard - continuó ella-. Espera un poco. Todo se arreglará perfectamente. - Éste era su gran conocimiento, que lo cubría todo-. Espera un poco.

Ninguna pena puede sobrevivir la sofocación de un corto tiempo. Y Richard sintió que la de ella era una sabiduría mayor que la suya.

-No hay mucho que esperar - siguió Alicia.

-¿Qué?

-Vamos, piensa, Richard. Él tiene diez años ahora. Dentro de diez años se casará y luego, ¿no comprendes?... Enséñale lo que sabes. La familia está a salvo, Richard.

-Claro, ya lo sé. La casa está a salvo. Voy a empezar a leerle Herodoto, Alicia. Ya es bastante mayor.

-Creo que mañana Myrtle debería limpiar todas las habitaciones de los huéspedes. Hace tres meses que no las ventila. John Whiteside siempre recordaba cómo su padre le leía los tres grandes autores: Herodoto, Tucídides, Jenofonte. La pipa de espuma de mar estaba ya castaño rojiza, delicada y uniformemente coloreada.

-Toda la historia está aquí - dijo Richard -. Todo aquello de que el género humano es capaz se halla registrado en estos tres libros. El amor y la trapacería, la estúpida deshonestidad, la falta de perspicacia y la valentía, la nobleza y la tristeza de la raza. Tú puedes juzgar el futuro por estos libros, John, pues nada puede suceder que no haya sucedido y no se haya registrado en estos libros. Comparada con ellos, la Biblia es una crónica muy incompleta de un obscuro pueblo.

Y John recordaba lo que su padre sentía por la casa... cómo era un símbolo de la familia, un templo erigido alrededor del hogar.

John cursaba el último año de Harvard, cuando su padre murió repentinamente de neumonía. Su madre le escribió diciéndole que debía terminar su carrera antes de regresar.

«No estarías en condiciones de hacer nada que no haya sido hecho - escribió-. El deseo de tu padre fue de que terminaras».

Cuando finalmente llegó a su casa, encontró a su madre muy envejecida. Estaba completamente postrada en cama ahora. John se sentó a su lado y se enteró de los últimos días de su padre.

-Me pidió que te dijera una cosa - dijo Alicia -. «Haz que John se dé cuenta de que nos debe mantener en marcha. Yo quiero sobrevivir en las generaciones.» Y muy poco después de eso se puso a delirar.

John miraba por la ventana el redondo cerro de atrás de la casa.

-Tu padre deliró durante dos días. En todo aquel tiempo hablaba de niños... nada más que de niños. Los oía correr subiendo y bajando las escaleras y los sentía tirando de la colcha de su cama. Quería alzarlos y tenerlos, John. Luego, un momento antes de morir, los sueños se despejaron. Era feliz. Dijo: «He visto el futuro. Habrá muchísimos chicos. Estoy contento, Alicia».

John apoyaba ya la cabeza en sus palmas. Y entonces su madre, que nunca había rechazado nada, sino que había sometido cada problema al tiempo, se irguió en el lecho y le habló duramente:

-¡Cásate! -gritó-. Quiero verlo. Cásate... quiero una mujer fuerte que pueda tener hijos. Yo no pude tener ninguno después de ti. Hubiese muerto con tal de tener uno más. Busca una esposa en seguida. Quiero verla.

Se recostó sobre sus almohadas, pero sus ojos delataban su desventura y la sabia sonrisa no estaba en su rostro.

John no se casó hasta después de seis años. Durante aquel tiempo su madre fue secándose hasta convertirse en un diminuto esqueleto cubierto de piel azulada, casi transparente, y sin embargo se aferraba a la vida. Sus ojos seguían a su hijo reprobadoramente; él se sentía avergonzado cuando ella lo miraba. Al fin un compañero de John vino a conocer el Oeste y trajo a su hermana consigo. Fueron de visita a la granja Whiteside durante un mes, y al cabo de este tiempo John se declaró a Willa y fue aceptado. Cuando se lo contó a su madre, ésta exigió que la dejaran sola con la muchacha. Media hora más tarde, Willa salió de la habitación de la enferma violentamente sonrojada.

-¿Qué te pasa, querida? - preguntó John.

-Nada. Está muy bien. Tu madre me formuló gran cantidad de preguntas, y después me miró durante un buen rato.

-Es tan vieja - explicó John -. Su mente es tan vieja.

Entró en el cuarto de su madre. La febril y ceñuda mirada había desaparecido de su semblante y en cambio había la antigua sonrisa zumbona de sabiduría.

-Está muy bien - dijo-. Me gustaría esperar para poder ver los chicos, pero no puedo. Me he adherido a la vida todo el tiempo que pude. Estoy cansada.

Casi era posible ver como su tenaz voluntad aflojaba las garras sobre su cuerpo. Por la noche, cayó en la inconsciencia y tres días más tarde murió callada y dulcemente, como si estuviese dormitando.

John Whiteside no pensaba en la casa de igual manera que su padre. La amaba más. Era la corteza exterior de su cuerpo, Y así como su espíritu podía abandonar su cuerpo e irse de viaje, del mismo modo podía él abandonar la casa, aunque tuviera que regresar a ella. Renovaba la pintura blanca cada dos años, plantaba el jardín él mismo y recortaba el seto de boj. No ocupaba el poderoso lugar que su padre había ocupado en el valle. John era menos severo y estaba menos convencido de todo. Cuando tenía que decidir en una discusión, era demasiado propenso a encontrar interminables ramificaciones de ambos lados. La gran pipa de espuma de mar estaba muy obscura ya, de un color casi negro, en el que había manchas rojas.

A Willa Whiteside le gustó el valle desde el principio. Alicia había sido reservada y silenciosa, más bien una persona que amilanaba. La gente del valle la veía raramente, y cuando eso sucedía, ella los trataba cortés y amablemente; era generosa y cuidadosa con sus sentimientos. Los hacía sentirse como labriegos visitando un castillo.

A Willa le gustaba visitar a las mujeres del valle, sentarse en las cocinas tomando un té desagradable y hablando de las innumerables cosas importantes que inciden sobre el manejo de la casa. Llegó a ser una traficante general de recetas. Cuando iba a efectuar una visita, llevaba una pequeña libreta en la cual escribía las fórmulas confiadas. Sus vecinas la llamaban Willa y muchas veces venían por la mañana a tomar el té en su cocina. Quizá fue en parte su influencia la que motivó que John se volviera gregario. Perdió el poder que su padre había mantenidc gracias a su aislamiento. A John le agradaban sus vecinos. En las cálidas tardes de verano se sentaba en su silla de lona en Ia galería y obsequiaba a aquellos hombres que podían eludir e trabajo. Había conciliábulos políticos en la galería, pequeñas asambleas entre vasos de limonada. La estructura social y política del valle entero se erigía en este pórtico, y siempre alegremente. John miraba la vida a su alrededor con una especie de divertida ironía, y, en razón de su perspectiva, dejaron de existir en el valle todas esas feroces y violentas opiniones políticas y religiosas que habitualmente envenenan a los distritos rurales. Cuando, durante las discusiones entre los hombres, se hablaba de alguna crisis o calamidad local o nacional, a John le gustaba traer los tres grandes libros y leerles en voz alta alguna situación paralela en el mundo antiguo. Profesaba un amor tan intenso por los antiguos como lo había profesado su padre.

Los domingos comía con una pareja vecina y a veces con un ministro viandante como invitados. Las mujeres ayudaban en la cocina hasta que el almuerzo estaba listo. En la mesa el ministro sentía escabullirse el empedernido fuego de su misión en el aire de benévola tolerancia, hasta el punto de que, cuando se trajo el postre y se bebió la sidra, un vehemente baptista, según se contaba, se había reído sinceramente ante una chanza dirigida al bautismo por inmersión.

John disfrutaba hondamente de estas cosas, pero su sala era el centro de su existencia. Los sillones de cuero, cuyas depresiones y protuberancias resultaban moldes de confortable anatomía, eran pedazos de él. En la pared se hallaban los cuadros con los cuales había crecido, grabados en acero de ciervos y alpinistas suizos y cabras monteses. Los cuadros estaban tan estrechamente ligados a su vida que ya no los veía ya, pero la Pérdida de cualquiera de ellos habría sido tan dolorosa como una amputación. Hacia el atardecer sobrevenía su mayor placer. Un pequeño fuego ardía en la chimenea de ladrillos rojos. John se sentaba en su silla acariciando la gran pipa de espuma de mar. De vez en cuando, para lubricarla, frotaba suavemente el lustrado hornillo a lo largo de su nariz. Leía las Geórgicas o

quizá Varrón, sobre la agricultura. Willa, bajo su propia lámpara, plegaba sus labios apretadamente mientras bordaba mantelitos con dibujos florales como regalos de Navidad para sus parientes del Este, quienes le enviaban a ella otros manteles.

John cerró su libro y se acercó a su escritorio. La tapa siempre se pegaba y requería un golpe rápido. Cedía de pronto y ascendía repiqueteando. Willa desplegó la boca. El aire de intensa agonía que asumía cuando ejecutaba algo cuidadosamente, abandonó su rostro.

-¿Se puede saber qué estás haciendo?

-¡Oh! Sólo averiguando algunas cosas.

Durante una hora trabajó detrás del escritorio, y después dijo:

-Escucha esto, Willa.

Ella volvió a descansar.

-Lo pensé... es una poesía.

Leyó sus versos y esperó humildemente. Willa, con tacto, guardó silencio. El silencio se prolongó excesivamente.

-Me parece que no es muy buena.

Se rió compasivamente.

-No, no lo es.

Estrujó el papel y lo arrojó al fuego.

-Por un momento creí que iba a ser buena.

-¿Qué habías estado leyendo, John?

-Pues estuve examinando simplemente mi Virgilio y pensé probar mi mano en una poesía, porque no quería... oh, en fin, es casi imposible leer algo hermoso sin querer realizar algo hermoso también. No importa.

Bajó la tapa del escritorio y recogió un nuevo libro de la biblioteca.

La sala era su hogar. Aquí se sentía completo, perfecto y feliz. Bajo las lámparas Rochester sus últimas partículas diseminadas se reunían en una cantidad definida y resuelta.

La mayor parte de las vidas se desarrollan en forma de curva. Hay un ascenso de ambición, una redondeada cumbre de madurez, un suave declive de desilusión y por último una acha tada pendiente de espera de la muerte. John Whiteside vivía en una línea recta. No era ambicioso; su granja no sólo le proporcionaba un discreto pasar, sino que producía lo bastante como para contratar hombres que la explotaran para él. No quería nada más allá de lo que poseía o podía procurarse fácilmente. Era uno de los pocos hombres que podían saborear un momento mientras lo retenía. Y sabía que era una buena vida la que llevaba, una vida singularmente buena.

Una sola necesidad entraba en su existencia. No tenía hijos. El hambre de hijos era casi tan fuerte en él como había sido en su padre. Willa no tenía hijos, aunque también los deseaba intensamente. El tema los turbaba y jamás hablaban de esto.

En el octavo año de su matrimonio, merced a algún accidente, químico o divino, Willa concibió, pasó por un período de preñez indoloro y normal, y dio a luz una criatura sana.

El accidente no volvió a repetirse, pero tanto John como Willa estaban agradecidos, casi devotamente agradecidos. El profundo deseo de autoperpetuación que había estado más o menos latente en John brotó a la superficie. Durante unos cuantos años rasgó la tierra con el arado, la escarbó con el rastrillo y la vapuleó con el rodillo. Habiendo sido solamente un amigo para la granja, el deber que se despertaba hacia las generaciones posteriores lo transformó en amo. Hundió las semillas en la tierra y esperó codiciosamente que aparecieran las verdes mieses.

Willa no cambió como su marido. Tomó a William como una cosa natural, lo llamó Bill y se negó a adorarlo. John vio a su Padre en el chico, aunque ninguna otra persona lo vio.

-¿Crees que tiene talento? - preguntó a su esposa -. Tú estás con él más que yo. ¿Crees que tiene inteligencia?

-Así, así. Normal, no más.

-Parece desarrollarse tan lentamente - dijo John, con impaciencia -. Quiero que llegue el tiempo en que empiece a comprender las cosas.

En el décimo cumpleaños de Bill, John abrió su grueso Herodoto y empezó a leerlo. Bill se sentó en el suelo, mirando a su padre. Todas las noches, John leía unas cuantas páginas del libro. Al cabo de una semana, más o menos, una noche levantó la vista de su libro y vio que Willa se estaba riendo de él.

-¿Qué pasa? - preguntó.

-Mira debajo de tu silla.

Se inclinó y descubrió que Bill había construido una casa de fósforos. El niño estaba tan absorbido por el trabajo que n había advertido el término de la lectura.

-¿No ha escuchado nada?

-Ni una palabra. No ha oído una palabra desde la primera noche, en que perdió el interés al segundo párrafo.

John cerró el libro y lo colocó en la biblioteca. No quería demostrar cuan profundamente herido se sentía.

-Es probable que no tenga edad suficiente. Esperaré un año y entonces lo probaré de nuevo.

-Nunca le gustará, John. No saldrá como tú ni como tu padre.

-¿Qué le interesa, pues? - preguntó John, desanimado.

-Simplemente las cosas que gustan a los demás chicos del valle: escopetas, caballos, vacas y perros. Se te ha escapado, John, y no creo que puedas atraparlo ya.

-Dime la verdad, Willa. ¿Es... un imbécil?

-No- dijo ella seriamente-. No, no es un imbécil. En algunos aspectos es más recio y con más talento que tú. No es de tu clase simplemente, John, y debes saberlo de una vez.

John Whiteside sintió que su interés por la tierra decaía. La tierra estaba a salvo. Bill la trabajaría algún día. La casa estaba a salvo también. Desde el principio parecía ser hábil para la mecánica e interesarse por ella. Hacía carritos y, como regalos de Navidad, pedía máquinas de vapor de juguete. John notó otra diferencia en el chico: una faz que resultaba extraña a la familia Whiteside. No sólo era muy callado, sino agudo en un sentido comercial. Vendía sus cosas a los otros muchachos y, cuando se cansaban de ellas, se las compraba a un precio más bajo. Pequeñas donaciones de dinero se multiplicaban en sus manos de modo misterioso. Pasó mucho tiempo antes de que John admitiera que no podía comulgar con su hijo. Cuando obsequió a Bill con una novilla y Bill la cambió inmediatamente por una camada de cerdos, que crió y vendió, John no hizo más que echarse a reír.

-Es indudablemente más inteligente que yo - dijo a Willa-. Una vez mi padre me regaló una novilla y yo la conservé hasta que murió de vejez. Bill es una clase de reversión a un pirata, quizá. Sus hijos serán indudablemente Whiteside. Es una sangre poderosa. Sin embargo, desearía que no mantuviera tan callado todo lo que hace.

* * *

El sillón de cuero de John y su negra pipa de espuma de mar y sus libros lo reclamaron de nuevo para volver a la granja. Fue elegido secretario de la Junta Escolar. Nuevamente los granjeros se reunieron en su casa para conversar. El cabello de John se volvía blanco y su influencia en el valle se afirmaba a medida que envejecía.

La casa de Whiteside era la personalidad de John solidificada. Cuando la gente del valle pensaba en él, no era nunca en el hombre solo en un sembrado, o en un coche, o en el almacén. Un cuadro mental de él era incompleto a menos que se incluyera su casa. Estaba sentado en su sillón de cuero, sonriendo a sus gruesos libros, o reclinándose en una de las sillas del pórtico eo su amplia y agradable galería, o con unas pequeñas tijeras y Una cesta, cortando flores en el jardín, o en la cabecera de su mesa trinchando un asado con arte y cuidado.

En el Oeste, donde, si dos generaciones de una familia han vivido en una casa, ya tiene que ser vieja, se profesa por ellas una suerte de veneración mezclada de desdén. Hay muy pocas en el Oeste. Aquellos norteamericanos inquietos que colonizaron el suelo nunca fueron capaces de permanecer en un mismo lugar durante mucho tiempo. Construyeron casas endebles y pronto se pusieron en marcha hacia alguna nueva promesa. Las casas vía jas son invariablemente frías y feas.

Cuando Bert Munroe se trasladó con su familia a la granja Battle de Las Praderas del Cielo, no tardó mucho en comprenda la posición que mantenía John Whiteside. Tan pronto como pudo, se incorporó a los hombres que se reunían en la galería de Whiteside. Su granja lindaba con el terreno de Whiteside. Poco después de su llegada, Bert fue elegido miembro de la Junta Escolar y entró en contacto oficial con John. Una noche, en una sesión de la Junta, John citó algunos párrafos de Tucídides. Bert aguardó a que los demás miembros se retiraran.

-Quería preguntarle algo acerca de ese libro del cual habló esta noche, Mr. Whiteside.

-¿Se refiere a las Guerras del Peloponeso?

Tomó el libro y lo depositó en manos de Bert.

-He pensado que me gustaría leerlo, si usted no tiene inconveniente en prestármelo.

John vaciló un segundo y luego dijo:

-Naturalmente... lléveselo. Era de mi padre. Cuando lo termine tengo algunos otros que tal vez le gustará leer.

A partir de este incidente surgió entre las dos familias cierta intimidad. Se dieron cenas y se hicieron pequeñas visitas mutuas. Bert se sintió alentado para pedir prestadas algunas herramientas a John.

Una noche en que se cumplía un año y medio de la estancia de los Munroe en el valle, Bill entró muy tieso en la sala de Whiteside y se puso delante de sus padres. En su nerviosismo estuvo muy áspero.

-Voy a casarme - dijo.

Por su forma de decirlo parecía una mala noticia.

-¿Qué es esto? - exclamó John-. ¿Por qué no nos has dicho nada? ¿Quién es ella?

-Mae Munroe.

John se dio cuenta repentinamente de que era una buena noticia, no la confesión de un crimen.

-¡Toma! ¡Muy bien! Me alegro. Es una excelente muchacha... ¿verdad, Willa?

Su esposa desvió los ojos. Había visitado a los Munroe aquella mañana.

Bill estaba plantado impasiblemente en el centro de la habitación.

-¿Cuándo vais a casaros? - preguntó Willa.

John empleó un tono casi hostil.

-Dentro de muy poco. Apenas terminen la casa de Monterrey.

John saltó de su silla, tomó la negra pipa de espuma de mar de la repisa y la encendió. Luego volvió a su silla.

-Te lo tenías muy callado - observó seriamente-. ¿Por qué no nos lo contaste?

Bill no respondió nada.

-Dices que vas a vivir a Monterrey. ¿Eso significa que no vas a traer a tu esposa a vivir aquí? ¿No vas a vivir en esta casa y cultivar esta tierra?

Bill meneó la cabeza.

-¿Estás avergonzado de algo, Bill?

-No, señor - dijo Bill-. No estoy avergonzado de nada. Nunca me gustó hablar de mis asuntos.

-¿No crees que también es un poco asunto nuestro, Bill? -preguntó amargamente-. Tú eres nuestra familia. Tus hijos serán nuestros nietos.

-Mae se educó en la ciudad - interrumpió Bill -. Todos sus amigos viven en Monterrey, tú sabes... amigos con quienes asistió al colegio secundario. No le agrada vivir aquí, donde no se hace nada.

-Comprendo.

-Por eso, cuando dijo que quería vivir en la ciudad, compré una sucursal de la agencia *Ford*. Siempre deseé tener un comercio.

John cabeceó lentamente. Su primitiva ira cedía ya.

-¿No crees que ella consentiría en vivir en esta casa, Bill? Tenemos tanto espacio. Podemos rehacer cualquier parte que no le guste.

-Pero no le gusta el campo. Todos sus amigos están en Monterrey.

La boca de Willa se entreabrió agriamente.

-¡Mira a tu padre, Bill! - ordenó.

John sacudió la cabeza hacia arriba y sonrió gravemente.

-Bien, me parece que estará perfectamente. ¿Cuentas con bastante dinero?

-¡Oh, seguro! Bastante. Y mira, papá. Compramos una casa muy bonita y grande, demasiado grande para los dos, eso es. Lo discutimos y pensamos que tal vez a ti y a mamá os gustaría venir a vivir con nosotros.

John continuaba sonriendo con atenta gravedad.

-¿Y entonces qué sería de la casa y la granja?

-Bueno, también hablamos de eso. Podrías vender la finca y obtener bastante como para vivir toda la vida en la ciudad. Yo podría venderte esta finca en una semana.

John suspiró y se recostó sobre los almohadones de su sillón.

Willa dijo:

-Bill, si creyera que ibas a chillar, te pegaría con un palo.

John encendió su pipa y apretó el tabaco en su interior.

-No puedes marcharte por mucho tiempo - dijo dulcemente -. Algún día sentirás una nostalgia que no podrás resistir. Este lugar está en tu sangre. Cuando tengas hijos sabrás que no pueden crecer en ningún lugar sino en éste. Puedes marcharte por un corto tiempo, pero no puedes dejar de volver. Mientras estés en la ciudad, Bill, nosotros esperaremos aquí y mantendremos la casa pintada y el jardín podado. Tú volverás. Tus hijos jugarán en el estanque. Aguardaremos eso. Mi padre murió soñando con niños. - Sonrió tímidamente -. Casi lo había olvidado.

-Debería pegarle con un palo - murmuró Willa.

Bill se retiró del cuarto muy turbado.

-Volverá - repitió John, después que Bill se hubo marchado.

-Naturalmente - convino su esposa con aspereza.

John levantó la cabeza y la observó con suspicacia.

-¿Piensas de veras eso, Willa? ¿No lo dices simplemente por mí? Eso me haría sentir viejo.

-Claro que lo pienso. ¿Crees que estoy perdiendo mi aliento?

Bill se casó cuando finalizaba el verano e inmediatamente después se mudó a su nueva casa de Monterrey. En el otoño, John Whiteside volvió a inquietarse, del mismo modo que antes de que naciera Bill. Pintó la casa, aunque no había gran necesidad de ello. Podó despiadadamente los arbustos del jardín.

-La tierra no produce bastante - manifestó a Bert Munroe-. La he dejado estar quieta mucho tiempo. Debería cultivarla mucho más.

-Sí - dijo Bert -. Ninguno de nosotros hace producir bastante la tierra. Siempre me he preguntado por qué no tiene usted un rebaño de ovejas. Me parece que sus cerros llevarían encima toda una manada.

-Solíamos tener una manada en tiempos de mi padre. Parece tiempo tan remoto, aquél. Pero, como le digo, he descuidado mucho la finca. Tendré que pedir mucha ayuda.

-Bien, yo le ayudaré y traeré a Jimmie. Usted tiene hombres y contándolo a usted, seremos cinco. Si empezamos por la mañana, cuando no hay viento, y esperamos una lluviecita primero, no habrá ningún peligro.

El otoño presentóse temprano. Hacia octubre, los sauces, a lo largo de los arroyos de Las Praderas del Cielo, estaban amarillos como llamas. Casi fuera del alcance de la vista, en el aire, grandes escuadrones de patos silvestres volaban hacia el Sur, y en el patio de la granja, los patos domésticos batían sus alas, extendían sus cuellos y graznaban anhelantes. Los mirlos volaban sobre los campos. Había una temprana helada en la atmósfera. John Whiteside se impacientaba contra el invierno. Todo el día trabajaba en el huerto ayudando a podar los árboles.

Una noche despertó al oír una ligera lluvia que susurraba sobre las pizarras y chapoteaba suavemente en el jardín.

-¿Estás despierta, Willa? - preguntó, sin ruido.

-Por supuesto.

-Es la primera lluvia. Quería que la oyeras.

-Estaba despierta cuando empezó - dijo ella complacientemente-. Te perdiste la mejor parte, la del chubasco. Estabas roncando.

-Bueno, no durará mucho. Es sólo una primera lluviecita para quitar el polvo.

Por la mañana, el sol brilló a través de una atmósfera resplandeciente de humedad. Había una calidad cristalina en la luz del sol. Acababa de finalizar el desayuno cuando Bert Munroe y su hijo Jimmie pisaron con fuerza los escalones del fondo y entraron en la cocina.

-¡...días, Mrs. Whiteside! ¡...días, John! Pensé que hoy era un buen día para quemar el matorral. Fue una bonita lluvia la que tuvimos anoche.

-Es una buena idea. Siéntese y tome una taza de café.

-Acabamos de levantarnos del desayuno, John. No podría tragar otra cosa.

-¿Tú, Jim? ¿Una taza de café?

-No podría tragar otra cosa - dijo Jimmie.

-Bien, pues entonces comencemos antes de que el pasto se seque.

John entró en el gran sótano que abría su puerta inclinada junto a los escalones de la cocina. Al cabo de un momento sacó una lata de petróleo. Cuando los dos peones vinieron desde el huerto, John proveyó a todos los hombres de sacos de yute húmedos.

-No hay viento - dijo Bert-. Hace buen tiempo para esto. ¡Empiece aquí mismo, John! Nosotros nos quedaremos entre el fuego y la casa hasta que quememos una franja grande. No vale la pena arriesgarse.

John hundió una antorcha de petróleo en el tupido matorral y trazó una línea de fuego a lo largo de su borde. El matorral crujió y chasqueó furiosamente. La llama corrió por el suelo entre los tallos resinosos. Lentamente, los hombres trabajaban detrás del fuego, subiendo el pequeño y pronunciado cerro.

- Ya hay bastante aquí - afirmó Bert -. Ya hay bastante distancia entre la casa hasta aquí. Creo que es mejor que ahora dos de nosotros prendamos fuego desde el lugar más alto.

Empezó a caminar alrededor de la parcela de matas, seguido por Jimmie. En aquel momento, un pequeño torbellino de otoño danzó cerró abajo, enroscándose y echándose de lado mientras venía. Realizó una coquetona incursión en el fuego, levantó chispas y ascuas y las arrojó contra la blanca casa. Entonces, como cansada del fuego, la pequeña columna de aire se desplomó. Bert y Jimmie regresaron corriendo. Los cinco hombres exploraron el suelo y pisaron todas las chispas.

John dijo:

- Suerte que lo vimos. Una cosita tonta como ésa podría quemar la casa.

Bert y Jimmie circundaron la parcela y la incendiaron desde el lado más alto. John y sus dos hombres trabajaron cerro arriba, manteniéndose entre las llamas y la casa. El aire estaba denso y azul por el humo. En un cuarto de hora la parcela de matas estuvo casi quemada.

Repentinamente oyeron un grito procedente de la casa. La casa misma era apenas visible a través del humo del matorral ardiendo. Los cinco hombres se volvieron y se

Librodot

lanzaron a correr. A medida que el humo era menos denso, pudieron ver un remolino espeso y gris fluyendo de las ventanas superiores.

Willa corría locamente hacia ellos sobre el suelo quemado. John se paró cuando llegó a su lado.

-Oí un ruido en el sótano - exclamó ella -. Abrí la puerta de la cocina que conduce al sótano y aquello se precipitó pasando junto a mí. Se halla por toda la casa ahora.

Bert y Jimmie los siguieron.

-¿Las mangueras están cerca del estanque? - gritó Bert.

John desvió su mirada de la casa en llamas.

-No sé - dijo inciertamente.

Bert lo tomó del brazo:

-¡Vamos! ¿Qué espera? Podemos salvar algo. Podemos sacar algunos muebles, sea lo que fuere.

John desprendió su brazo y comenzó a andar despacio cerro abajo, hacia la casa.

-No creo que desee salvar nada - dijo.

-Usted está loco - exclamó Bert.

Corrió y se precipitó alrededor del estanque buscando las mangueras.

El humo y las llamas fluían ya de la ventana. Desde el interior de la casa venía un ruido de furiosa conmoción; el viejo edificio luchaba por su vida.

Uno de los peones caminaba junto a John.

-Si por lo menos aquella ventana estuviera cerrada, tendríamos una posibilidad - dijo en tono de excusa -. Es tan seca esa casa. Y tiene un tiro como una chimenea.

John se dirigió a la tinaja y se sentó en el banquillo de aserrar la leña. Willa miró su rostro un momento y luego se paró silenciosamente a su lado. Las paredes exteriores humeaban ya, y Ia casa rugió con un ruido como un vendaval.

Entonces sucedió una cosa muy extraña y muy cruel. La pared lateral cayó hacia fuera como un decorado teatral, y allí, a doce pies del suelo estaba la sala, intacta todavía por el fuego. Mientras ellos la observaban, las largas lenguas chasqueban en la habitación. Los sillones de cuero temblaron y se estremecieron por el calor, como cosas vivientes. El vidrio de los cuadros se quebró y los grabados en acero se fruncieron quedando como trapos negros. Pudieron ver la gran pipa negra de espuma de mar colgada sobre la repisa. Luego la llama cubrió el cuadrado de la habitación y lo borró. El pesado techo de pizarra cayó estrepitosamente, aplastando paredes y pisos bajo su peso, y la casa se transformó en una inmensa hoguera sin forma.

Bert había regresado y permanecía impotentemente al lado de John.

-Debe haber sido el torbellino - exclamó-. Una chispa debe haber bajado al sótano hasta llegar al petróleo. Sí, señor, debe haber sido el petróleo.

John levantó la vista hacia él y sonrió con una especie de horrorizada diversión.

-Sí, señor, debe haber sido el petróleo - repitió.

El fuego ardía blandamente ahora que su victoria estaba conquistada; un campo de llamas en aumento elevóse alto en el aire. Ya no parecía una casa, en absoluto. John Whiteside se levantó del banquillo de aserrar, enderezó sus hombros y suspiró. Sus ojos se posaron un momento en un punto de la llama, a quince pies del suelo, donde había estado la sala.

-Bueno, eso se acabó - dijo-. Y creo que no sé cómo se siente un alma cuando ve a su cuerpo sepultado en la tierra y perdido. Vamos a su casa, Bert. Quiero telefonear a Bill. Probablemente tendrá un cuarto para nosotros.

-¿Por qué no se quedan con nosotros? Tenemos bastante lugar.

-No, iremos donde Bill.

John observó una vez más la pira. Willa extendió su mano Para cogerle el brazo, pero la retiró antes de haberlo cogido. Él vio el gesto y le sonrió.

-Quisiera haber salvado mi pipa - dijo.

-Sí, señor - intervino Bert efusivamente -. Era la pipa de espuma de mar mejor coloreada que vi jamás. Hay pipas en museos que no están mejor coloreadas que ésa. Esa pipa debe haber sido curada al humo mucho tiempo.

-Lo fue - asintió John -. Muchísimo tiempo. Y, ¿sabe usted?, tenía buen sabor, también.

Librodot

CAPITULO XII

A las dos de la tarde, el ómnibus de la excursión partió de la estación de Monterrey en jira por la península. Mientras botaba por los caminos de la Seventeen Mile Drive, llena de anuncios, los viajeros atisbaban las espectaculares casas de gente adinerada. Los turistas se sentían un poco tímidos cuando miraban por las polvorientas ventanillas, un poco como fisgones, pero privilegiados también. El ómnibus se arrastró a través de la ciudad de Carmel y sobre un cerro, en dirección a la parda Misión Carmelo, con su cúpula curva, y allí el joven conductor se dirigió hacia un lado de la carretera y puso los pies sobre el guardabarro, mientras sus pasajeros eran guiados por la vieja y obscura iglesia.

Cuando volvieron a sus asientos, algunas de las barreras que los viajeros habían levantado entre sí se derrumbaron.

- ¿Oyó? - dijo el hombre próspero -. El guía dijo que la iglesia está construida como un barco con quilla y casco de piedra bien hundidos en la tierra. Eso es para los terremotos... como un barco en una tormenta, usted comprende. Pero no dio resultado.

Un joven sacerdote de limpia cara rosada y orgulloso con su nueva sotana de estameña, contestó desde dos asientos atrás.

-Sí que ha dado resultado. Ha habido terremotos y la Misión aún está en pie; construida con barro y aún sigue en pie.

Terció un anciano, un saludable anciano de ojos anhelantes.

-Suceden cosas curiosas-dijo-. Yo perdí a mi esposa el año pasado. Estuve casado más de cincuenta años.

Miró sonrientemente en torno esperando algún comentario y se olvidó de las cosas curiosas que suceden.

Una pareja en luna de miel estaba sentada, con los brazos enlazados. La muchacha se estrechaba contra su marido.

-Pregunta al conductor adonde vamos ahora.

El ómnibus se movía lentamente, subiendo por el valle Carmel, pasando huertos y campos de alcachofas y un rojo acantilado, veteado de enredaderas verdes. La tarde declinaba ya y el sol se sumergía en la boca del valle, orientada hacia el mar. El camino abandonaba el río Carmel y trepaba por una ladera hasta correr a lo largo de la cumbre de una angosta colina. Allí el conductor enfiló el ómnibus hacia el borde del camino, retrocedió y arrancó luego hacia delante cuatro veces antes de cambiar de frente. Luego acalló el motor y se volvió a los pasajeros.

-Éste es el fin del paseo, señores. Siempre me gusta estirar las piernas antes de iniciar el regreso. Tal vez algunos de ustedes, señores, gustarán de salir y dar una vuelta.

Los viajeros se levantaron de sus asientos, se pararon en el pico de la colina y miraron hacia Las Praderas del Cielo. Y el aire era como una gasa dorada alrededor del sol muriente. El terreno, abajo, estaba dividido en bancales de verdes árboles, en bancales de granos amarillos y en bancales de tierra violeta. Desde las granjas vigorosas, engastadas en sus jardines, el humo de los fuegos del atardecer flotaba hacia arriba hasta que la brisa del cerro lo barría aseadamente. Los cencerros entrechocaban suavemente en el valle; un perro ladró tan distante que el sonido subió hasta los viajeros en agudos y pequeños murmullos. En la parte baja de la colina una manada de ovejas se había reunido bajo un roble.

-Se llama Las Praderas del Cielo - dijo el conductor-. Cultivan buenas verduras allí... buenas cerezas y frutas más tempranas que en cualquier otro sitio.

Los pasajeros contemplaron el valle.

El hombre triunfador aclaró su garganta. Su voz tenía un tono de profecía:

- En la creencia de que poseo cierta visión les diré esto: algún día habrá grandes casas en ese valle, casas de piedra y jardines, canchas de golf y grandes portales y construcciones de acero. Hombres ricos vivirán allí... hombres que estén cansados de trabajar lejos, en la ciudad; hombres que han hecho su montón y desean un lugar tranquilo para ponerse a

descansar y para divertirse. Si tuviera el dinero necesario, lo compraría todo. Me aferraría a esto y alguna vez lo subdividiría.

Se interrumpió y dibujó un pequeño gesto de contracción con su mano.

-Sí, y por Dios que viviría allí yo mismo.

-¡Sh! ¡Sh! -dijo su esposa.

Él miró culpablemente a su alrededor y comprobó que nadie le escuchaba.

La purpúrea sombra del cerro se deslizaba hacia el centro del valle; en algún lugar un cerdo gruñó coléricamente. El joven alzó sus ojos de la tierra y sonrió a su flamante esposa; ella le devolvió una sonrisa firme y reprobadora. Su sonrisa había expresado:

«Yo casi me dejo llevar por ese pensamiento. Sería bonito... pero no puedo, naturalmente.»

Y la de ella había contestado: «No, ¡claro que no puedes! Hay que pensar en la ambición, y todos nuestros amigos esperan algo de nosotros. No puedes rehuir la responsabilidad y ocultar tu cabeza en un sitio como éste. Pero sería bonito». Y ambas sonrisas se suavizaron y permanecieron en sus ojos.

El joven sacerdote se paseó a solas. Murmuró una plegaria, pero la práctica le había enseñado a orar y a pensar en algo más. «Podría haber una pequeña iglesia allí bajo - pensó -. Nada de pobreza allí, ni dolores ni cuitas. Mi gente confesaría pecadillos insignificantes y saludables, que se desprenderían súbi. tamente con la penitencia de unos cuantos *Avemaría*. Habría calma allí; jamás ocurriría nada sucio ni violento que me apesadumbrara o me hiciera dudar y avergonzarme. Los habitantes de esas casas me amarían. Me llamarían Padre y yo sería justo con ellos.» Frunció el ceño y castigó el pensamiento. «No soy un buen sacerdote. Me flagelaré con los pobres, con su dolor y sus luchas. No puedo huir de las tragedias de Dios.» Y pensó: «Quizá vaya a un lugar como éste cuando muera».

El anciano clavó la vista en el valle con sus ojos anhelantes y en sus oídos ensordecidos el silencio surgió como un vientecillo soplando en un ciprés. Los cerros distantes eran borrosos para él, pero podía ver la luz dorada y la purpúrea obscuridad. Su respiración se ahogó y las lágrimas asomaron a sus ojos. Se golpeó con las manos las caderas. «Nunca he tenido tiempo para pensar. He estado demasiado ocupado para pensar en algo. Si pudiera bajar y vivir allí por un tiempo... ¡ca!, meditaría en todas las cosas que me han sucedido y quizá podría formar algo con ellas, algo de una sola pieza que tuviera un significado en vez de todas estas puntas rastreras, estas colas peladas y flotantes. Nada me incomodaría y podría pensar.»

El conductor del ómnibus tiró su cigarrillo al camino y lo hundió en la tierra con el pie.

-Vamos, señores - llamó -. Debemos ir pasando.

Les ayudó a entrar y cerró las puertas, pero ellos se apiñaron junto a las ventanillas y miraron hacia Las Praderas del Cielo, donde el aire pendía azul como un lago, y las granjas estaban sumergidas en la quietud.

-¿Saben? - dijo el conductor -. Siempre he pensado que sería bonito tener una pequeña finca allí. Un hombre podría guardar una vaca, unos cuantos cerdos y uno o dos perros Un hombre podría cultivar lo suficiente para comer, en una pequeña granja.

Apretó el acelerador y el motor rugió durante un momento.

-Creo que les parece gracioso a ustedes, señores, pero siempre me gusta mirar allí bajo y pensar qué tranquilo y fácil podría vivir un hombre en una pequeña finca.

Empujó la palanca del cambio de marchas; el vehículo ganó velocidad y precipitadamente descendió la pendiente hacia el largo valle Carmel y hacia el sol, hacia donde éste se ponía en el océano, en la boca del valle.

*** * ***

Librodot